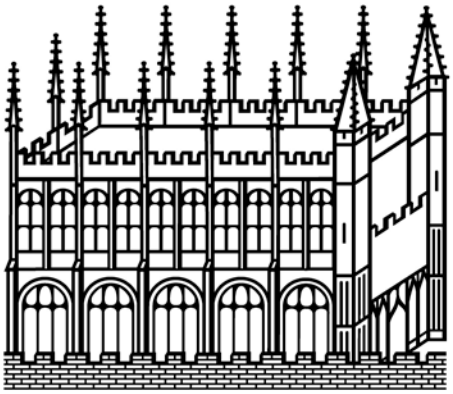


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

54.g.16.

1883.

OS. 12 F. 28

54.g.16.

1883.

OS. 12 F. 28

54.g.16.

1883.

OS. 12 F. 28

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, cerca del Odéon.

D. DIEGO HURTADO

DE MENDOZA.

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES,

POR

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

NUEVA EDICION,

AUMENTADA CON LA SEGUNDA PARTE,
SACADA DE LAS CRONICAS ANTIGUAS DE TOLEDO,

Por H. de LUNA.

PARIS.

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,
N° 3, QUAI MALAQUAIS, CERCA DEL PUENTE DES ARTS,

SE VENDE TAMBIEN POR STASSIN Y XAVIER, CALLE DU COQ; AMYOT, CALLE DE LA PAIX;
TRUCHY, BOULEVARD DES ITALIENS; TH. BARROIS, QUAI VOLTAIRE;
LEOPOLD MICHELSEN, LEIPZIG;
Y POR TODOS LOS PRINCIPALES LIBREROS DEL CONTINENTE.

1847.

LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
3 MAR. 1933
OF OXFORD

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES,

POR

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

BREVE NOTICIA

SOBRE LA NOVELA TITULADA LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

Generalmente se presume que fué el autor de esta novela anónima D. Diego Hurtado de Mendoza (1), el que se supone la escribió en su juventud en Salamanca cuando seguia sus estudios en aquella universidad, por los años de 1520 al 1530, y que no se imprimió por los motivos que se dejan conocer. Luego pasó á Italia en la carrera de las armas, en donde regularmente la leeria á algunos amigos, que habiéndoles gustado se encargaron de imprimirla, sin poner su nombre, lo que se verificó por primera vez (segun Brunet) en Amberes en 1553, en 16°. Como Flandes era entónces una provincia española, probablemente se remitirian á España algunos ejemplares, haciéndose por ellos en Burgos una reimpresion en el siguiente año de 1554, que debe tenerse por la primera hecha en España; tambien en el mismo año se hizo nueva edicion en Amberes, en 12°; apareciendo en el de 1555 una segunda parte, igualmente anónima, y del mismo tamaño, que regularmente se encuentra encuadernada junta con la anterior del 54.

La inquisicion prohibió la primera parte, que era la conocida; pero como seguia imprimiéndose en castellano fuera de España, particularmente en Amberes, y se introducian clandestinamente muchos ejemplares, dispuso expurgarla de varios lances que atacaban algo las creencias religiosas de aquella época (2); reimprimiéndose

(1) No falta tambien quien afirma (Fr. José de Sigüenza) que es obra de un monje gerónimo, llamado Fr. Juan Ortega. Véase D. Nicolas Antonio, en su *Bibliotheca nova*, t. I, pág. 291.

(2) El consejo de la inquisicion encargó á Juan Lopez de Velasco la recopilacion y correccion de las tres obras siguientes: *La Propaladia*, de Torres Naharro; *La vida de La*

ya en esta forma en Madrid en 1573 en 8°, en seguida de la *Propaladia* de Torres Naharro; en Tarragona en 1586, y en Zaragoza en 1599. En 1603 se reimprimió de nuevo en Medina del Campo, y en Valladolid en el mismo año, ambas en 12°, precedida esta última del *Galateo Español*, de Lucas Gracian Dantisco, y del *Destierro de ignorancia*; expresándose en la portada que *estaba castigado*, y de ahí tomaria orígen la equivocada voz de que Gracian fué quien la expurgó, sin duda porque los que la supusieron no habian visto la edicion del 1573, de que se ha hecho referencia. En 1652 se hizo otra impresion en Zaragoza con segunda parte diferente de la de Amberes, compuesta por H. Luna Castellaño, intérpete de lengua castellana en Paris (1); pero debe suponerse que es suplantado el pueblo de la impresion, que parece haber sido hecha en Francia, ya porque no está expurgada como todas las que se imprimieron en España desde el 1573, ya por su locucion viciosa, y ya por el papel y typo de la letra. En 1664 se hizo otra impresion en Madrid, sin segunda parte; en cuyos términos se han seguido haciendo las muchas que en España, y aun en el extrangero, se han impreso hasta el dia.

Los lances graciosos de esta novelita, y la sal con que los cuenta, gustaron mucho, no solo á nuestros nacionales, sino tambien á los mismos extrangeros, habiéndose hecho impresiones en francés, aleman é italiano, esta última con el título de *Il picariglio castigliano;* y esto quizá seria lo que movió á algunos anónimos á escribir las dos segundas partes citadas; porque en efecto la primera deja (segun costumbre de los novelistas de aquel tiempo) pendiente la novela, saliendo al público, como se lleva dicho, dos diferentes: la primera la del año de 1555, anónima y sumamente disparatada, pues se convierte *Lazarillo* en un pez llamado atun, y bajo de esta forma cuenta lo que le pasó con sus compañeros durante la transformacion: y la otra la de 1620, que sigue con mas regularidad el estilo de la primera parte, y que algunos atribuyen á un fraile dominico llamado Fr. Manuel Cardoso, á pesar de estar suscrita por H. Luna.

El mucho mérito de la primera parte oscureció el poco de las dos segundas, en términos de no saberse que se hayan hecho de ellas mas que cuatro impresiones en español, que son: la de Amberes de 1555; una reimpresion de la misma en Milan de 1587; la de Paris, de H. Luna, de 1620, y la supuesta de Zaragoza de 1652.

BENITO MAESTRE.

AL LECTOR.

PROLOGO DEL AUTOR.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oidas ni vistas vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y á los que no ahondaren tanto, los deleite. Y á este propósito dice Plinio: que no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos

zarillo de Tormes, y las obras de *Cristoval de Castillejo*, secretario que fué del emperador D. Fernando, segun consta de una real cédula de privilegio de impresion, datada en San Lorenzo á 5 de agosto de 1573, que se halla inserta en la edicion de la *Propaladia* de Madrid de 1573, en 8°, en casa de Pierres Cosin.

(1) De esta segunda parte de Luna, unida á la primera, se habia ya hecho una impresion en castellano en Paris en 1620, en 12°, por Bouttone, debiendo creerse que esta fué la primera edicion de dicha segunda parte: tambien en el mismo año de 1620 se hizo en Paris, igualmente por Bouttone, otra impresion en francés de las dos partes juntas; siendo traductor de la primera P. B. P., y de la segunda L. S. D.

unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son; y por esto ninguna cosa se deberia romper ni echar á mal (si muy detestable no fuese), sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algun fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, No con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de qué, se las alaben. Y á este propósito dice Tulio: *La honra cria las artes.* ¿Quién piensa que el soldado que es primero en la escala tiene mas aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced si le pesa cuando le dicen: ¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho V. R.! Justó muy ruinmente el Sr. D. Fulano, y dió el sayete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va de esta manera: que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados, cuán poco se les debe, pues fortuna fué con ellos parcial; y cuanto mas hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

LA VIDA

DE LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

CAPITULO PRIMERO.

Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fué.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas, que á mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antona Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué de esta manera: Mi padre (que Dios perdone) tenia cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero mas de quince años: y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mí, tomóla el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venian, por

lo cual fué preso, y confesó y no negó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios que esté en la gloria, pues el evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazon estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué, y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos por ser uno de ellos, y vínose á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metíase á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena; de manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias cuidaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía á nuestra casa, y se iba á la mañana. Otras veces de dia llegaba á la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo al principio de su entrada, pesábame con él, y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenia; mas de que ví que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien; porque siempre traia pan, pedazos de carne, y en el invierno leños á que nos calentábamos; de manera que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á calentar. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veia á mi madre y á mí blancos, y á él no, huia de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decia: Madre, coco. Respondió él riendo: Hideputa! Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: ¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, porque no se ven á sí mismos! Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde (que así se llamaba) llegó á oidos del mayordomo; y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba; y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacia pérdidas: y cuando otra cosa no tenia, las bestias desherraba; y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto. Y probósele cuanto digo y aun mas; porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia y descubria cuanto sabia con miedo, hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia, y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivian en el meson de la Solana, y allí padeciendo mil importunidades acabó de criar á mi hermanico hasta que supo andar, y á mí hasta ser buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas y por lo demas que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, al cual pareciéndole que yo seria á propósito para adestralle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, habia muerto en la batalla de los Gelves; y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haria y que me recibia, no por mozo, sino por hijo; y así le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí. Y cuando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre; y ambos llorando, me dió su bendicion, y dijo: Hijo, ya sé que no te veré mas; procura de ser bueno, y Dios te guie. Criado te he, y con buen amo te he puesto; válete por tí. Y así me fuí para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada de ella un animal de piedra que casi tiene forma de toro; y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto me dijo: Lázaro, llega el oido á este toro y oirás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenia la cabeza á par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada; y díjome: Necio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber mas que el diablo, y rió mucho de la burla.

Parecióme que en aquel instante disperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mí: Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró gerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decia: Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré. Y fué así, que despues de Dios este me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuesta merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos; y dejarse bajar, siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabia de coro; un tono bajo reposado y muy sonable, que hacia resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponia cuando rezaha, sin hacer gestos ni visages con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto tenia otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decia saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parian; para las que estaban de parto; para las que eran mal casadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija; pues en caso de medicina decia que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos y males de madre. Finalmente nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: Haced esto, hareis estotro, coced tal yerba,

tomad tal raiz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decia creian. De estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes que cien ciegos en un año. Mas tambien quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiria y tenia, jamas tan avariento ni mezquino hombre no ví; tanto que me mataba á mi de hambre, y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad; si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre ó las mas veces me cabia lo mas y mejor. Para esto le hacia burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo. Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada: y despues que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura que muchas veces del un lado del fardel descosia y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel; sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longanizas. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podia sisar y hurtar, traia en medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenia lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocia y sentia que no era blanca entera, y decia: ¿Qué diablo es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedi hartas veces me pagaban? en tí debe de estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacia, y luego él tornaba á dar voces, diciendo: ¿Mandan rezar tal y tal oracion? como suelen decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asia y daba un par de besos callados, y tornábale á su lugar; mas durôme poco, que en los tragos conocia la falta; y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, antes lo tenia por el asa asido. Mas no habia piedra iman que así trajese á sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenia hecha; la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió: y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebia seguro. Yo como estaba hecho al vino, moria por él: y viendo que aquel remedio de la paja no me

aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; y al calor de ella, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponia, que maldita la gota se perdia. Cuando el pobrete iba á beber no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podia ser. No direis, tio, que os lo bebo yo, decia, pues no le quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido; y luego otro dia, teniendo rezumando mi jarro como solia, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que agora tenia tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, y ayudándose, como digo, con todo su poder; de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo con todo lo que en él hay me habia caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego: y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose, decia: ¿Qué te parece, Lázaro? lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar de él: mas no lo hice tan presto, por hacerlo mas á mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazon y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacia; que sin causa ni razon me heria, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decia porqué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿Pensais que este mi mozo es algun inocente? pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que le oian, decian: ¡Mirá, quien pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad! y reian mucho del artificio, y decíanle: Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habreis; y él con aquello nunca otra cosa hacia: y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede por le hacer mal y daño. Si habia piedras, por ellas; si lodo, por lo mas alto; que aunque yo no iba por lo mas enjuto, holgábame á mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenia. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traia lleno de

tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creia; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced á cuánto se extendia el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien á entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: *mas da el duro que el desnudo*. Y vinimos á este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, al tercero dia haciamos San Juan. Acaeció que llegando á un lugar que llaman *Almorox*, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto; y de lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme; que aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partillo hemos de esta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas de una uva; yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo deberia hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él, mas aun pasaba adelante, dos á dos y tres á tres, y como podia las comia. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañádomehas: juraré yo á Dios que has tú comido las uvas tres á tres. No comí, dije yo: mas ¿ porqué sospechais eso? Respondió el sagacísimo ciego: ¿ Sabes en qué veo que las comiste tres á tres? en que comia yo dos á dos, y callabas. Reíme entre mi, y aunque mochacho, noté la discreta consideracion del ciego. Mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron; y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del duque de ella, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza habia pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladron: y fué que habia cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que por no ser para la olla, debió de ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabia que habia de gozar, no mirando qué me podria suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el

sobredicho nabo en el asador : el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado. Yo fuí por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza : y cuando vine, hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no habia conocido, por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en frio con el frio nabo, alteróse y dijo : ¿Qué es esto, Lazarillo ? ¡ Lazerado de mí, dije yo, si quereis á mí echar algo! ¿yo no vengo de traer el vino? alguno estaba ahí, y por burlar haria esto. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible. Yo torné á jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantóse y asióme por la cabeza y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cual él tenia luenga y afilada, que en aquella sazon con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo. Con esto y con el gran miedo que tenia y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago; y lo mas principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogado me tuvo : todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño : de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal ateracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! ¡quién estuviera á aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fué tal el corage del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme dentre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenia, arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta : y esto bien lo merecia, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba á ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecia que hacia injusticia en no se las reir. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice por que me maldecia, y fué no dejalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado; que con solo apretar los dientes se me quedaran en casa, y con ser de aquel malvado por ventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para

beber le habia traido, laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires, diciendo: Por verdad mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo de año, que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en mas cargo al vino que á tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida. Y luego contaba cuantas veces me habia descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo, dijo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú; y reian mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre que sin duda debia tener espíritu de profecía; y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se los pagué, considerando lo que aquel dia me dijo salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejalle, y como lo traia pensado y lo tenia en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo mas. Y fué así, que luego otro dia salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche ántes, y porque el dia tambien llovia, andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos. Mas como la noche se venia y el llover no cesaba, díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche mas cierra, mas recia: acojámonos á la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo que con la mucha agua iba grande: yo le dije: Tio, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde travesemos mas ahina sin mojarnos, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pié enjuto. Parecióle buen consejo, y dijo: Discreto eres, por esto te quiero bien: llévame á ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los pies mojados. Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debajo los portales y llevéle derecho de un pilar ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele: Tio, este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovia recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llevábamos de salir del agua que encima nos caia, y lo mas principal porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fué por darme de él venganza, creyóse de mí, y dijo: Ponme bien derecho y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele: Sus, saltá todo lo que podais, porque deis de este cabo del agua. Aun apenas lo habia acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, de toda su fuerza arremete, tomando un paso atras de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atras medio muerto y hendida la cabeza. ¡Cómo! ¿y oliste la longaniza y no el poste? oledle, dije yo. Y déjole en poder de mucha gente que le habia ido á socorrer, y tomo la puerta de la villa en los pies de un trote; y ántes que la noche viniese, dí conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios de él hizo, ni curé de lo saber.

CAPITULO II.

Como Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó.

Otro dia no pareciéndome estar allí seguro, fuíme á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó si sabia ayudar á misa; yo dije que sí, como era verdad; que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una de ellas fué esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y dí en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo mas, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en este. No sé si de su cosecha era, ó lo habia anejado con el hábito de clerecía. Él tenia un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traia atada con un agujeta del paletoque: y en viendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornaba á cerrar el arco: en toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla, ó en el armario algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece á mí, que aunque de ello no me aprovechara, con la vista de ello me consolara: solamente habia una horca de cebollas y tras la llave en una cámara en lo alto de la casa; de estas tenia yo de racion una para cada cuatro dias; y cuando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo: Toma, y vuélvela luego, no hagais sino golosinar; como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa, que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenia tan bien por cuenta, que si por mal de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro. Finalmente yo me finara de hambre, pues ya que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba mas: cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar: verdad es que partia conmigo del caldo; que de la carne, tan blanco el ojo, sino un poco de pan: y pluguiera á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella la cocia, y comia los ojos y la lengua, y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenia; y dábame todos los huesos roidos, y dábamelos en el plato, diciendo: toma, come, triunfa, que para tí es el mundo: mejor vida tienes que el papa. ¡Tal te la dé Dios! decia yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza que no me podia tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir á

la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenia aparejo, por no tener en que dalle asalto : y aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacia al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció : que todavía aunque astuto, con faltalle aquel preciado sentido, no me sentia. Mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese, como él tenia. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caia, que no era de él registrada : el un ojo tenia en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el cajo como si fueran azogue. Cuantas blancas ofrecian tenia por cuenta, y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponia sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino : mas aquel poco que de la ofrenda habia metido en su arcaz, compasaba de tal forma que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, decíame : Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentia falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos á costa agena, comia como lobo y bebia mas que un saludador. Y porque dije mortuorios, Dios me perdone, que jamas fuí enemigo de la naturaleza humana sino entonces : y esto era porque comíamos y bien me hartaban. Deseaba y aun rogaba á Dios que cada dia matase el suyo. Cuando dábamos sacramento á los enfermos, especialmente la extrema uncion, como manda el clérigo rezar á los que estan allí, yo cierto no era el postrero de la oracion ; y con todo mi corazon y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de este mundo : y cuando alguno de estos escapaba (Dios me lo perdone), que mil veces le daba al diablo, y el que se moria otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas : porque en todo el tiempo que allí estuve, que serian cuasi seis meses, solas veinte personas fallecieron ; y estas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir, murieron á mi recuesta : porque viendo el Señor mi rabiosa y contínua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme á mí vida. Mas de lo que al presente padecia, remedio no hallaba, que si el dia que enterrábamos, yo vivia, los dias que no habia muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi cuotidiana hambre, mas lo sentia; de manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces. Mas no la via, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera, por no me atrever á mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venia; y la otra, consideraba y decia : yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dejándole topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si de este desisto y doy con otro mas bajo, ¿ qué será sino fenecer ? Con esto no me osaba menear, porque tenia por fe que todos los grados habia de hallar mas ruines, y á abajar otro punto, no sonára Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal afliccion, que plega al Señor librar de ella á todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un dia que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegóse acaso á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por mano de Dios en aquel hábito, y preguntóme si tenia algo que adobar.

En mí teníades bien que hacer; y no haríades poco, si me remediásedes, dije paso que no me oyó. Mas como no era tiempo de gastallo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije : Tio, una llave de esta arca he perdido, y temo mi señor me azote : por vuestra vida veais, si en estas que traeis, hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traia, y yo á ayudalle con mis flacas oraciones : cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz; y abierto, díjele : Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago. Él tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y dejándome mi llave se fué muy contento, dejándome mas á mí. Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida ; y aun porque me ví de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel habia llevado; y otro dia en saliendo de casa, abro mi paraiso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta : y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida, y así estuve con ello aquel dia y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero dia me vino la terciana derecha; y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion y devociones y plegarias decia : San Juan y ciégale.

Despues que estuvo un gran rato echando la cuenta, por dias y dedos contando, dijo : Si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habian tomado de ella panes; pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos; nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios, dije yo entre mí; parecióme con lo que dijo pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, yo por consolarme abro el arca, y como ví el pan comencélo de adorar (no osando recibillo), contélos, si á dicha el lacerado se errara; y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer, fué dar en ellos mil besos : y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel dia, no tan alegre como el pasado : mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á mas pan aquellos dos ó tres dias ya dichos, moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacia en viéndome

solo, sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara deDios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, dije : Este arqueton es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros; puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño á este pan. Sacarlo entero, no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre, y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro : de manera que en cada cual de tres ó cuatro desmigajé su poco; despues, como quien toma gragea, lo comí, y algo me consolé. Mas él como viniese á comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho, porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado, y llamóme diciendo : Lázaro, mira, mira qué persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué seria. ¿Qué ha de ser, dijo él? ratones que no dejan cosa á vida. Pusímonos á comer, y quiso Dios que aun en esto me fué bien : que me cupo mas pan que la laceria que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo : Cómete eso, que el raton cosa limpia es. Y así aquel dia, añadiendo la racion del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡Oh Señor mio! dije yo entónces : á cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos! ¡ y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo tenia (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquella carecen), ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriese á mis trabajos.

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á sus obras, diciendo : Agora, dones traidores ratones, conviéneos mudar de propósito, que en esta casa mala medra teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho; y ví los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados; y de ellos todavia saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente á uso de esgremidor diestro.

Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre noche y dia, estaba pensando la manera que ternia en sustentar el vivir : y pienso para hallar estos negros remedios que me era luz la hambre,

pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura; y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podria valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y habiendo en el dia pensado lo que habia de hacer, y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voime al triste arcaz, y por do habia mirado tener menos defensa, le acometí con el cuchillo, que á manera de barreno de él usé: y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazon, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y al tiento del pan que hallé partido, hice segun de yuso está escripto. Y con aquello algun tanto consolado, tornando á cerrar me volví á mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacia mal, y echábalo al no comer; y así seria, porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro dia fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo habia hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y decir: ¿Qué diremos á esto? nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora. Y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquella de razon habia de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas para tapallos. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de dia, destapaba yo de noche.

En tal manera fué, y tal priesa nos dimos, que sin duda por esto se debió de decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejia de dia, rompia yo de noche. Y en pocos dias y noches pusimos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, mas corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamára, segun la clavazon y tachuelas sobre sí tenia. De que vió no aprovecharle nada su remedio, dijo: Este arcaz está tan maltratado, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton á quien se defienda, y va ya tal, que si andamos mas con él, nos dejará sin guarda; y aun lo peor, que aunque hace poca, todavía hará falta faltando, y me pondrá en costa de tres ó cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos. Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que á los vecinos pedia, contino el gato estaba armado dentro del arca: lo cual era para mí singular auxilio, porque puesto caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dábase al diablo, preguntaba á los vecinos qué podria ser, comer el queso y sacarlo de la ra-

tonera, y no caer y ni quedar dentro el raton, y hallar caida la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacia, porque no fuera menos de haber caido alguna vez. Díjole un vecino: En vuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y esta debe de ser sin duda: y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir. Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo; y dende en adelante no dormia tan á sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roia el arca. Luego era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponia, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mí no dejaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas y á mí con ellas, pensando que se iba para mí, y se envolvia en mis pajas ó en mi sayo, porque le decian que de noche acaescia á estos animales buscando calor irse á las cunas donde estan criaturas, y aun mordellas y hacerles peligrar. Yo las mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: Esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para tí á la cama, que son muy frias y buscan calor. Plega á Dios que no me muerda, decia yo, que harto miedo le tengo. De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño que mi fé la culebra, ó el culebro por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca: mas de dia mientras estaba en la iglesia ó por el lugar, hacia mis saltos.

Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo. Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenia, y parecióme lo mas seguro metella de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego, la tenia tan hecha bolsa, que me acaesció tener en ella doce ó quince maravedís todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, quel maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy á menudo. Pues así como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella. Mas cuando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia.

Quisieron mis hados, ó por mejor decir mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba, salia por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba (segun mi desastre quiso) muy recio: de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda ser el silbo de la culebra; y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó á mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mio se habia venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo, y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me des-

carga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se habia llegado á mí, y dándome grandes voces llamándome procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me habia hecho, y con mucha priesa fué á buscar lumbre; y llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debia estar al tiempo que silbaba con ella. Espantado el matador de culebras qué podria ser aquella llave, miróla sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: El raton y culebra que me daban guerra y me comian mi hacienda, he hallado.

De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de como esto que he contado, oí (despues que en mí torné) decir á mí amo, el cual á cuantos allí venian, lo contaba por extenso. Al cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada, y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije: ¿Qué es esto? Respondióme el cruel sacerdote: A fe que los ratones y culebras que me destruian, ya los he cazado. Y miré por mí, y víme tan maltratado que luego sospeché mi mal. A esta hora entró una vieja que ensalmaba y los vecinos, y comiénzanme quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo; y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y dijeron: Pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios no será nada. Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar: y así de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre y medio sano. Luego otro dia que fuí levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera, y puesto en la calle díjome: Lázaro, de hoy mas eres tuyo y no mio; busca amo y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en casa y cierra su puerta.

CAPITULO III.

Como Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaeció con él.

De esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende á quince dias se me cerró la herida. Mientras estaba malo siempre me daban alguna

limosna; mas despues que estuve sano, todos me decian: Tú bellaco y gallofero eres; busca un amo á quien sirvas. Y ¿á dónde se hallará ese? decia yo entre mí, si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no le criase.

Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo) topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compas en órden. Miróme, y yo á él, y díjome: Mochacho, ¿buscas amo? Yo le dije: Sí, señor. Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo: alguna buena oracion rezaste hoy. Yo seguíle dando gracias á Dios por lo que le oí, y tambien que me parescia segun su hábito y continente ser el que yo habia menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas do se vendia pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me queria cargar de lo que se vendia, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario: mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le vé aquí á su contento, decia yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

De esta manera anduvimos, hasta que dió las once: entonces se entró en la iglesia mayor y yo tras él, y muy devotamente le ví oir misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado y la gente ida; entónces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo. Yo iba el mas alegre del mundo en ver que no nos habiamos ocupado en buscar de comer: bien consideré que debia ser hombre mi nuevo amo que se proveia en junto, y que ya la comida estaria á punto, y tal como yo la deseaba y aun la habia menester. En este tiempo dió el reloj la una despues de medio dia, y llegamos á una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta: entramos en casa, la cual tenia la entrada oscura y lóbrega, de tal manera que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él; hecho esto, sentóse cabo della, preguntándome muy por extenso de donde era, y cómo habia venido á aquella ciudad: yo le dí mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedia. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes, y callando lo demas, porque me parecia no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego ví mala señal, por ser ya cuasi las dos, y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Despues desto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que habia visto eran paredes sin ver en ella silleta ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente ella parescia casa encantada. Estando así, díjome: Tú, mozo, ¿has comido? No, señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra

merced encontré. Pues aunque de mañana, yo habia almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así: por eso pásate como pudieres, que despues cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oi, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre, como por conoscer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos. Allí se me vino á la memoria la consideracion que hacia cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparia con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada, y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije: Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios, de eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fuí yo loado della, hasta hoy dia, de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo mas, porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije yo entre mí: maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre.

Púseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. Él, que vió esto, díjome: Ven acá, mozo, ¿que comes? Yo lleguéme á él y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díjome: Por mi vida que paresce este buen pan. Y como agora dije yo: ¿Señor, es bueno? Sí, á fe, dijo él: ¿á dónde lo hubiste? ¿es amasado de manos limpias? No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor dello. Así plega á Dios, dijo el pobre de mi amo; y llevándole á la boca, comenzó á dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios; y como le sentí de qué pie cojeaba, díme priesa, porque le ví en disposicion, si acababa antes que yo, se comediria á ayudarme á lo que me quedase; y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo; y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije: Señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entónces tomé el jarro y bebí no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: Mozo, párate allí y verás como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púseme de un cabo y él del otro, é hicimos la negra cama, en la cual no habia mucho que hacer; porque ella tenia sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa en un colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no lo parecia, aunque servia del con harta menos lana que era menester. Aquel tendimos haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que

puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecian á lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco; y sobre aquel hambriento colchon un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho: tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean: pasemos como podamos, y mañana veniendo el dia, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido, antes he comido estos dias por allá fuera; mas agora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió; porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco. Si por esa via es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha á tenella toda mi vida.

Acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus pies, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne: y tambien como aquel dia no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenia amistad; maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y á mi ruin fortuna allí lo mas de la noche; y lo peor no osándome revolver por no despertalle, pedí á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer despacio, echéle aguamanos, y peinóse, y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponia, díjome: ¡Oh si supieses, mozo, qué pieza es esta! no hay marco de oro en el mundo por que yo la diese: mas así ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponelle los aceros tan prestos como esta los tiene: y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: Vesla aquí, yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana. Y yo, dije entre mí, y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa, y haz la cama, y vé por la vasija de agua al rio, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto, pueda entrar. Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera, pensara ser muy cercano pariente del conde de Arcos, ó á lo menos camarero que le daba de vestir. Bendito seais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y poneis el remedio. ¿Quién encontrará á aquel mi señor, que no piense, segun el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama; y aunque agora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado?

Grandes secretos son, Señor, los que vos haceis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposicion y razonable capa y sayo? ¿y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trujo un dia y noche en el arca de su seno, do no se le podia pegar mucha limpieza? ¿y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir de la halda del sayo? nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh Señor, y cuantos de aquestos debeis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufririan!

Así estaba yo á la puerta, mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto y bajo sin hacer represa ni hallar en qué.

Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro y doy conmigo en el rio: donde en una huerta ví á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mugeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta; antes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió; pero cuando sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él, sintiéndose tan frio de bolsa cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrio qne le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner escusas no válidas. Ellas que debian ser bien instruidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era. Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué.

Púseme á pensar qué haria, y parescióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza. Desque ví ser las dos y no venia, y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tórnome á mi menester con baja y enferma voz, é inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas mas grandes que me parecia. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no habia caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenia otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mugeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas. Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo,

y él pascándose por el patio. Como entré, vínose para mí, pensé que me queria reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme do venia; yo dije: Señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que ví que vuestra merced no venia, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis. Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia; á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: Pues esperado te he á comer, y de que ví que no veniste, comí, mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedillo por Dios, que no hurtallo; y así me ayude como ello me paresce bien; y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra: aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conoscido: nunca á él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo; que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta, ni yo de dalla. Agora, pues, come, pecador, que si Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pié, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda dellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mia.

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan; disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis faldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mí, como yo habia del, porque sentí lo que sentia; y muchas veces habia por ello pasado, y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidalle, mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaria el convite. Finalmente yo deseaba quel pecador ayudase á su trabajo del mio y se desayunase, como el dia antes hizo; pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre: quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando. Llegóse á mí, y díjome: Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo vé hacer, que no le pongas gana, aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes (dije yo entre mí) te hace parecer la mia hermosa. Con todo parescióme ayudalle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díjele: Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? — Sí, señor. — Dígote, dijo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan que así me sepa. — Pues pruebe, señor, y verá que tal está. Póngole en las uñas la otra y tres ó cuatro raciones de pan de lo mas blanco. Asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almodrote, decia, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije entre mí. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo

habia traido. Es señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia á mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos pusimos á dormir como la noche pasada. Y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener. Con todo le queria bien, con ver que no tenia ni podia mas, y ántes le habia lástima que enemistad : y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal : porque una mañana levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha desenvolvíle el jubon y las calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene : mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desamar, y aqueste es del haber mancilla. Dios es testigo, que hoy dia cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que aquel le ví sufrir, al cual con toda su pobreza holgaria de servir mas que á los otros, por lo que he dicho. Solo tenia del un poco de descontento; que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subia su necesidad. Mas segun me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar : el Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el ayuntamiento, que todos los pobres extrangeros se fuesen de la ciudad; con pregon, que el que de allí adelante topasen, fuese punido con azotes. Y así ejecutando la ley, desde á cuatro dias que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotando por las cuatro calles, lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio de los moradores de ella; tanto que nos acaeció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodon, que hacian bonetes y vivian par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento; que de la laceria que les traian, me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenia tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió; á lo menos en casa bien los estuvimos sin comer : no sé yo cómo ó dónde andaba y qué comia; y verle

venir á mediodia la calle abajo, con estirado cuerpo mas largo que galgo de buena casta; y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta escarbando los que nada entre sí tenian, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: Malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste y oscura; mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion un dia, no sé por cual dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió, diciendo: Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: vé á la plaza, y merca pan, y vino y carne; quebremos el ojo al diablo: y mas te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar mas de en cumpliendo el mes. Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto há que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno, mas tal vista tiene, y tal oscuridad y tristeza: vé y ven presto, y comamos hoy como condes. Tomo mi real y jarro, y á los pies dándoles priesa, comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna, que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fué este, porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearia que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traian. Arriméme á la pared por darles lugar, y desque el cuerpo pasó, venia luego par del lecho una que debia ser la mujer del defunto, cargada de luto y con ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo: Marido y señor mio, ¡á dónde os me llevan! ¡á la casa triste y desdichada, á la casa lóbrega y oscura, á la casa donde nunca comen ni beben! Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ¡Oh desdichado de mí! para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el mas correr que pude para mi casa; y entrando en ella, cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome de él, que me venga á ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: ¿Ques eso, mozo, qué voces das? ¿qué has, porqué cierras la puerta con tal furia? O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto. ¿Cómo asi? respondió él. Aquí arriba lo encontré, y venia diciendo su mujer: Marido y señor mio, ¡adonde os me llevan! ¡á la casa lóbrega y oscura, á la casa triste y desdichada, á la casa donde nunca comen ni beben! Acá, señor, nos le traen. Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenia porque estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenia yo ya echada el aldaba á la puerta, y puesto el

hombro en ella por mas defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habian de meter en casa. Y desque fué ya mas harto de reir que de comer, el bueno de mi amo díjome : Verdad es, Lázaro ; segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon de pensar lo que pensaste, mas pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer.

Déjalos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome ; que bien era menester segun el miedo y alteracion, y me torno á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color ; y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este Escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser extrangero por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenia. Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba ; porque un dia que habiamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero, su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decis y tenia mas que vos, no errábades en quitárselo primero, pues decis quel tambien os lo quitaba.—Sí, es, y sí, tiene, y tambien me lo quitaba él á mí ; mas de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas. Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber que yo soy, como ves, un escudero ; mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay antes que llegue á mí, por no quitárselo : que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decia : Mantenga Dios á vuestra merced. Vos, don Villano Ruin, le dije yo, ¿ porqué no sois bien criado ? ¿ Manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quienquiera ? De allí adelante de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. ¿ Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios ? Mira, mucho de en hora mala, díjo él, á los hombres de poca arte dicen eso, mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de : beso las manos de vuestra merced ; ó por lo menos, bésoos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise sufrir, ni sufria, ni sufriré á hombre del mundo, del rey abajo, que manténgaos Dios me diga. Pecador de mí, dije yo, por

eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pié y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedís, segun se podrian hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, á no estar derribado como está, daria cada año mas de doscientos palominos; y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra; y vine á esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no los sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan, mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y si no, anda con Dios, os dicen: y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su lacería; pues por ventura ¿no hay en mí habilidad para servir y contentar á estos? Por Dios si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentille tan bien como otro, y agradalle á las mil maravillas; reille ia mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir, donde él lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba; si reñiese con alguno su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado; decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador; malsinar á los de casa y á los de fuera; pesquisar y procurar de saber vidas agenas, para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores del parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el Señor se puede descuidar. Y con estos los astutos usan, como digo, el dia de hoy de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que le halle.

Desta manera lamentaba tambien su adversa fortuna ni amo, dándome relacion de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquilé de la casa, y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce ó trece reales. Y el les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen. Mas su salida fué sin vuelta, por manera que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde: yo les dije que aun no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme á las vecinas, y contéles el caso, y allí dormi.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino: mas á estotra puerta. Las mujeres les responden: Veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabia adonde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa desque salió á trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se habia ido con el trueco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y helos do vuelven luego con ellos, y toman la llave y llámanme y llaman testigos y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada como he contado, y dícenme: ¿Ques de la hacienda de tu amo? sus arcas y paños de pared, y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe donde está. En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubon, diciendo: Mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo. Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar sí habia sido muchas veces, mas era mansamente de él trabado, para que mostrase el camino al que no via; yo hube mucho miedo, y llorando prometíle de decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos: pues dí lo que sabes y no hayas temor. Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome qué tenia. Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dijo, es un muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron. En su tierra, les respondí. Por Dios que está bueno el negocio, dijeron ellos; ¿y á dónde es su tierra? De Castilla la Vieja me dijo él que era, les dije. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: Bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dijeron: Señores, este es un niño inocente, y há pocos dias que está con ese Escudero, y no sabe del mas que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme dándome por libre: y el alguacil y el escribano piden al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido; porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no habia de qué, ni se hacia el embargo. Los otros decian que habian dejado de ir á otro negocio que les importaba mas, por venir á aquel. Finalmente, despues de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces: no sé en qué paró. Creo yo quel pecador alfamar pagara por todos; y bien se empleaba, pues el tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha: pues señalándose todo lo que podria contra mí, hacia mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

CAPITULO IV.

Como Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él.

Hube de buscar el cuarto, y este fué un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente : gran enemigo del coro y de comer en el convento : perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto que pienso que rompia él mas zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho dias, ni yo pude con su trote durar mas. Y por esto y otras cosillas que no digo, salí del.

CAPITULO V.

Como Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó (1).

En el quinto que por mi ventura dí, fué un buldero, el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamas yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sotiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia : una lechuga murciana, si era por el tiempo; un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar

(1) En 12 de julio del año de 1512 se expidió por el consejo real una provision para cortar los abusos y arterias que se ponian en juego por los subalternos comisionados de la comisaria general de cruzada para publicar y expender la bula; abusos que dieron mucho tiempo lugar á quejas y turbulencias de los pueblos; habiéndose circulado bastantes órdenes y providencias á fin de evitar los daños que ocasionaban tales reclamaciones : de esto hablan algunas leyes insertas en el tit. 10, lib. 1º de la Recopilacion; siendo la mayor parte de las disposiciones posteriores á las cortes que se tuvieron en Burgos en el citado año de 1512 por el rey católico, administrador de los reinos de Castilla por su hija doña Juana; las cuales, entre otras peticiones, comprenden muchas particularidades relativas á este asunto; con especialidad en la quinta peticion se hace mérito de la provision citada, pidiendo que los comisarios no llevasen ni percibiesen derechos algunos, por razon de gastos extraordinarios que hacian varias cofradias en comidas y fiestas de toros, puesto que dichos desembolsos eran del peculio de los mismos cofrades. Exponian los procuradores á cortes, que los referidos comisarios no habian querido obedecer las órdenes del consejo, y así reclamaban su cumplimiento, y que restituyesen lo que por esta razon hubiesen percibido; y el rey mandó que el doctor Tello, de acuerdo con el obispo de Palencia, dictase las providencias oportunas en órden á remediar este abuso. La comision que se les dió sobre este particular fué extensiva tambien á otros objetos comprendidos en las peticiones tercera y cuarta; en ellas exponian los procuradores del reino las grandes opresiones y agravios que hacian en los pueblos los comisa-

la bula, ofreciéndosele á él las gracias. Informábase de la suficiencia dellos : si decian que entendian, no hablaba palabra en latin, por no dar tropezon : mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua; y si sabian que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo, que mas con dineros que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latin, á lo menos que lo parecia, aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veia hacer seria largo de contar, diré uno muy sotil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia. En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver tenian intencion de se la tomar : estaba dado al diablo con aquello; y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro dia de mañana para despedir la bula. Y esa noche despues de cenar pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario; sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzon que en el portal do jugaban estaba; el alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio; y ellos muy enojados, procurándose de desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas; finalmente los del pueblo, viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte; y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula : y el pueblo se juntó, el cual andaba

rios, tesoreros y predicadores de la cruzada, y las amenazas y censuras que imponian, especialmente en las aldeas y pueblos cortos, deteniendo á sus vecinos en las iglesias dos y tres dias para que oyesen sus sermones, sin permitirles salir de ellas á ganar su sustento en sus respectivas labores, para obligarles de este modo á tomar la bula; á cuyo fin iban tambien examinándolos por las calles, prescribiendo á los que hallaban ineptos la pena de que tomasen bulas, conduciéndolos ademas presos por los lugares con los alguaciles y ejecutores que á este efecto los acompañaban; con otras extorsiones y atropellos. Igualmente se quejaban los procuradores de que tambien los comisarios exigian en los pueblos ciertos derechos por la presentacion de testamentos, para lo cual usaban de las mismas violencias; dando, por su autoridad propia, por inciertas y nulas las mandas, que en sentir de teólogos y juristas, eran muy valederas. Otras quejas deducian ademas, acerca de entrometerse los tales comisarios en componer las usuras, contra lo publicado y dispuesto, y cuyo complimiento pedian, añadiendo que el trato mas lícito, si no convenia á sus intereses, lo supondrian y calificarian por tal usura : y sobre lo que se mandó expedir la competente provision para su remedio. De todas estas quejas y peticiones se hizo despues ámplia mencion en las cortes de Valladolid, convocadas por la reina doña Juana y su hijo el emperador Cárlos V, en el año de 1524, resultando de ellas las disposiciones que se dejan insinuadas : sirviendo todo esto quizá de motivo á D. Diego Hurtado de Mendoza para escribir este satírico capítulo. (N. D. E.)

murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo habia descubierto: de manera que tras que tenian mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrescieron. El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermon, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traia. Estando en lo mejor del sermon, entra por la puerta de la iglesia el alguacil; y desque hizo oracion, levantóse, y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó á decir:

Buenos hombres, oidme una palabra, que despues oireis á quien quisiéreis. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y agora visto el daño que haria á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho os declaro claramente que las bulas que predica son falsas, y que no le creais ni las tomeis, y yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo: y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda; antes os desengaño y declaro su maldad; y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar, y echar al alguacil fuera de la iglesia por evitar escándalo, mas mi amo les fué á la mano, y mandó á todos que sopena de excomunion no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él tambien tuvo silencio, mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si queria decir mas, que lo dijese. El alguacil dijo: Harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora basta. El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos y mirando al cielo dijo así: Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, antes todo posible, tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, por qué tú, Señor, me perdones. No mires á aquel, que no sabe lo que hace ni dice: mas la injuria á ti hecha, te suplico y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera: que si es verdad lo que aquel dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él y yo jamas parézcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y á aquel persuadido del demonio (por quitar y privar á los que estan presentes de tan gran bien) dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apenas habia acabado su oracion el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar; y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca y torcella, y hacer visages con el gesto, dando de pié y de mano, revol-

viéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decian : El Señor le socorra y valga; otros : Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

Finalmente, algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca del estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reciamente, porque no habia mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase : y así le tuvieron un gran rato; porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la iglesia habia, no eran parte para apartalle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas ni á sus dichos malos, pues ya dellos tenia el pago; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y pasion que padescia, por amor de Dios lo hiciese; pues ellos veian clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo : Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado; mas pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y su Majestad perdone á este que le ofendió, poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos á suplicarle. Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar del el demonio, si su Majestad habia permitido que por su gran pecado en él entrase. Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasion de predicador y auditorio devoto; suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que á aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados. Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y desque fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca

y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella; marido y mujer, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos: y cuando á ellos llegábamos, no era menester sermon ni ir á la iglesia; que á la posada la venian á tomar, como si fueran peras que se dieran de valde: de manera que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado que tambien fuí dello espantado, y creí que así era como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí como habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡Cuántas destas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!

Finalmente estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé tambien hartas fatigas.

CAPITULO VI.

Como Lázaro se asentó con un capellan y lo que le acaeció con él.

Despues desto asenté con un maestro de pintar panderos para molelle los colores; y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la iglesia mayor, un capellan della me recibió por suyo, y púsoseme en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad.

Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida, porque mi boca era medida: daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demas entre semana de treinta maravedís. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustan viejo, y un sayo raido de manga tranzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Desque me ví en hábito de hombre de bien, dije á mi amo se tomase un asno, que no queria mas seguir aquel oficio.

CAPITULO VII.

Como Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él.

Despedido del capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil, mas muy poco viví con él por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corrieron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos; y á mi amo que esperó, trataron mal, mas á mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haria mi asiento para tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa; y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo qué no hay nadie que medre, sino los que le tienen : en el cual el dia de hoy yo vivo y resido á servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas; acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos : pregonero, hablando en buen romance. Háme sucedido tambien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hace cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella : y hasta agora no estoy arrepentido, porque allende de ser buena hija, y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda : y siempre en el año le da en veces al pié de una carga de trigo, por las Pascuas su carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja, é hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa : mas malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué : y sí sé que ven á mi mujer irle á hacer la cama y guisarle de comer; y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque allende de no ser ella mujer que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un dia muy largo delante della, y me dijo : Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas, nunca medrará : digo esto, porque no me maravillaria, alguno murmurase viendo entrar en mi casa á tu mujer y salir della. Ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo; por tanto no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo, á tu provecho. Señor, le dije, yo determiné arrimarme á los bue-

nos : verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por mas de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia, de vuestra merced, porque está ella delante. Entónces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros, y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado : en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiese soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca mas en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y habia por bien de que ella entrase y saliese de noche y de dia, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso, antes cuando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo : Mirá, si sois mi amigo, no me digais cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y mas bien que yo merezco : que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo, y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fué el mesmo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oido : pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

SEGUNDA PARTE

DE LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

CAPITULO PRIMERO.

En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba.

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta, de unos buenos frutos que en esta tierra se crian para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como extrangeros, que do quiera que llegaba, no habia para mí puerta cerrada: y en tanta manera me ví favorecido, que me parece si entonces matara un hombre, ó me acaeciera algun caso recio, hallara á todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo á lo mejor que yo habia echado en la ciudad, á do hacíamos la buena y espléndida vida y jira. Allí nos aconteció muchas veces entrar en nuestros pies y salir en agenos: y lo mejor desto es que todo este tiempo maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar. Antes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa fingiendo querello pagar, tomábanlo por afrenta, mirábanme con alguna ira, y decian: *Nite. nite, asticot, lanz;* reprendiéndome diciendo: que do ellos estaban, nadie habia de pagar blanca. Yo con aquello moríame de amores de tal gente, porque no solo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero cocidas en aquellos cordiales vinos, con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos, que tenia en mi casa de comer yo y mi mujer hasta hartar una semana entera. Acordábame en estas harturas de las mis hambres pasadas, y alababa al Señor y dábale gracias; que así andan las cosas y tiempos. Mas, como dice el refran: *quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá;* así me acaeció, que se mudó la gran corte como hacer suele, y al partir fuí muy requerido de aquellos mis grandes amigos me fuese con ellos, y que me harian y

acontecerian. Mas acordándome del proverbio que dice : *mas vale el mal conocido que el bien por conocer*, agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí de ellos. Y cierto, si casado no fuera, no dejara su compañía, por ser gente hecha muy á mi gusto y condicion : y es vida graciosa la que viven, no fantásticos ni presuntuosos, sin escrúpulo ni asco de entrarse en qualquier bodegon, la gorra quitada, si el vino lo merece; gente llana y honrada, y tal y tan bien proveida, que no me la depare Dios peor, cuando buena sed tuviere. Mas el amor de la mujer y de la patria, que ya por mia tengo, pues como dicen : *¿de do eres, hombre?* tiraron por mí. Y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana.

Estuve muy á mi placer, con acrecentamiento de alegría y linage por el nacimiento de una muy hermosa niña, que en estos medios mi mujer parió, que aunque yo tenia alguna sospecha, ella me juró que era mia : hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarme estos pocos años de sabrosa y descansada vida con otros tantos de trabajos y amarga muerte. ¡Oh gran Dios! ¡y quién podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no deje holgar el tintero, poniendo la pluma á sus ojos!

CAPITULO II.

Como Lázaro por importunacion de amigos se fué á embarcar para la guerra de Argel, y lo que allá le acaeció.

Sepa vuestra merced que estando el triste Lázaro de Tormes en esta gustosa vida, usando su oficio, y ganando él muy bien de comer y de beber, porque Dios no crió tal oficio, y vale mas para esto que la mejor veinticuatría de Toledo, estando asimismo muy contento y pagado con mi mujer, y alegre con la nueva hija, sobreponiendo cada dia en mi casa alhaja sobre alhaja, mi persona muy bien tratada, con dos pares de vestidos, unos para las fiestas, y otros para de contino, y mi mujer lo mismo, mis dos docenas de reales en el arca, vino á esta ciudad, que venir no debiera, la nueva para mí y aun para otros muchos, de la ida de Argel; y comenzáronse de alterar unos no sé cuántos vecinos mios, diciendo : Vamos allá, que de oro hemos de venir cargados. Y comenzáronme con esto á poner codicia, díjelo á mi mujer, y ella, con gana de volverse con mi señor el arcipreste, me dijo : Haced lo que quisiéredes, mas si allá vais, y buena dicha teneis, una esclava querria que me trujésedes que me sirviese, que estoy harta de servir toda mi vida. Y tambien, para casar á esta niña, no serian malas aquellas tripolinas y doblas zahenas, ¡de que tan proveidos dicen que estan aquellos perros moros.

Con esto y con la codicia qne yo me tenia, determiné (que no debiera) ir á este viaje. Y bien me lo desviaba mi señor el arcipreste, mas yo no lo queria creer: al fin habian de pasar por mí mas fortunas las pasadas.

Y así con un caballero de aquí de la órden de San Juan, con quien tenia conocimiento, me concerté de le acompañar y servir en esta jornada, y que él me hiciese la costa, con tal que lo que allá ganase fuese para mí. Y así fué que gané y fué para mí mucha malaventura, de la cual aunque se repartió por muchos, yo truje harta parte. Partimos desta ciudad aquel caballero y yo, y otros, y mucha gente, muy alegres y muy ufanos como á la ida todos van, y por evitar prolijidad, de todo lo acaecido en este camino no hago relacion, por no hacer nada á mi propósito, mas de que nos embarcamos en Cartagena, y entramos en una nao bien llena de gente y vituallas, y dimos con nosotros donde los otros. Y levantóse en el mar la cruel y porfiada fortuna que habrán contado á vuestra merced, la cual fué causa de tantas muertes y pérdida cual en el mar gran tiempo há no se perdió, y no fué tanto el daño que la mar nos hizo como el que unos á otros nos hicimos; porque como fué de noche y aun de dia el tiempo recio de las bravas ondas, y olas del tempestuoso mar tan furiosas, ningun saber habia que lo remediase, que las mismas naos se hacian pedazos unas con otras, y se anegaban con todos los que en ellas iban. Mas pues sé que de todo lo que en ella pasó y se vió vuestra merced estará, como he dicho, informado de muchos que lo vieron y pasaron, y quiso Dios que escaparon, y de otros á quien aquellos lo han contado, no me quiero detener en ello, sino dar cuenta de lo que nadie sino yo la puede dar, por ser yo solo el que lo vió, y el que de todos los otros juntos que allí estuvieron, ninguno mejor que yo lo vió. En lo cual me hizo Dios grandes mercedes, segun vuestra merced oirá. De moro ni de mora no doy cuenta, porque encomiendo al diablo el que yo ví. Mas ví la nuestra nao hecha pedazos por muchas partes, víla á hacer por otras tantas, no viendo en ella mastil ni entena, todas las obras muertas derribadas, y el casco tan hecho cascos, y tal cual he dicho. Los capitanes y gente granada que en ella iban saltaron en el barco y procuraron de se mejorar en otras naos, aunque en aquella sazon pocas habian que pudiesen dar favor. Quedamos los ruines en la ruin y triste nao, porque la justicia y cuaresma diz que es mas para estos que para otros. Encomendámonos á Dios, y comenzámonos á confesar unos á otros, porque dos clérigos que en nuestra compañía iban, como se decian ser caballeros de Jesucristo, fuéronse en compañía de los otros y dejáronnos por ruines. Mas yo nunca ví ni oí tan admirable confesion; que confesarse un cuerpo antes que se muera acaecedera cosa es, mas aquella hora entre nosotros no hubo ninguno que no estuviese muerto; y muchos que cada ola que la brava mar en la mansa nao embestia, gustaban la muerte, por manera que pueden decir que estaban cien veces muertos, y así á la verdad las confesiones eran de cuerpos sin almas. A muchos dellos confesé, pero maldita la palabra me decian sino sospirar y dar tragos en seco, que es comun á los turbados, y otro tanto hice yo á ellos; pues

estándonos anegando en nuestra triste nao sin esperanza de ningun remedio que para evadir la muerte se nos mostrase, despues de llorada por mí mi muerte, y arrepentido de mis pecados y mas de mi venida allí, despues de haber rezado ciertas devotas oraciones que del ciego mi primero amo aprendí aprobadas para aquel menester, con el temor de la muerte vínome una mortal y grandísima sed, y considerando como se habia de satisfacer con aquella salada mal sabrosa agua del mar, parecióme inhumanidad usar de poca caridad conmigo mismo, y determiné que en lo que la mala agua habia de ocupar era bien engullirlo de vino excelentísimo que en la nao habia, el cual en aquella hora estaba tan sin dueño como yo sin alma, y con mucha priesa comencé á beber. Y allende de la gran sed que el temor de la muerte y la angustia della me puso, y tambien no ser yo de aquel oficio mal maestro, el desatino que yo tenia, sin casi saber lo que hacia, me ayudó de tal manera, que yo bebí tanto, y de tal suerte me atesté, descansando y tornando á beber, que sentí de la cabeza á los pies no quedar en mi triste cuerpo rincon ni cosa que de vino no quedase llena; y acabado de hacer esto, y la nao hecha pedazos y sumirse con todos nosotros, todo fué uno; y esto seria dos horas despues de amanecido : quiso Dios que con el gran desatino que hube de me sentir del todo en el mar sin saber lo que hacia, echó mano á mi espada, que en la cinta tenia, y comencé á bajar por mi mar abajo. Aquella hora ví acudir allí gran número de pescados grandes y menores de diversas hechuras, los cuales ligeramente asiendo con sus dientes de aquellos mis compañeros despedazaban y los talaban. Lo cual viendo, temí que lo mismo harian á mí que á ellos si me detuviese con ellos en palabras, y con esto dejé el bracear que los que se anegan hacen, pensando con aquello escapar de la muerte, de mas y allende que yo no sabia nadar, aunque nadé por el agua para abajo, y caminaba cuanto podia mi pesado cuerpo, y comencéme á apartar de aquella ruin conversacion, priesa y ruido, y muchedumbre de pescados que al traquido que la nao dió acudieron; pues yendo yo así bajando por aquel muy hondo piélago, sentí y ví venir tras mí grande furia de un crecido y grueso ejército de otros peces : y segun yo pienso, venian ganosos de saber á qué yo sabia; y con muy grandes silbos y estruendo se llegaron á quererme asir con sus dientes. Yo que tan cercano á la muerte me ví, con la rabia de la muerte, sin saber lo que hacia, comienzo á esgremir mi espada que en la diestra mano llevaba desnuda, que aun no la habia desamparado; y quiso Dios me sucediese de tal manera, que en un pequeño rato hice tal riza dellos dando á diestro y á siniestro, que tomaron por partido apartarse de mí algun tanto : y dándome lugar, se comenzaron á ocupar en se cebar de aquellos de su misma nacion á quien yo defendiéndome habia dado la muerte, lo cual yo sin mucha pena hacia, porque como estos animales tengan poca defensa, y sus cuberturas menos, en mi mano era matar cuantos queria, y á cabo de un gran rato que dellos me aparté, yéndome siempre bajando y tan derecho como si llevara mi cuerpo y pies fijados sobre alguna cosa, llegué á una gran roca que en medio del hondo mar estaba, y como me ví en ella de pies, holguéme algun tanto,

y comencé á descansar del gran trabajo y fatiga pasada, la cual entonces sentí, que hasta allí con la alteracion y temor de la muerte no habia tenido lugar de sentir.

Y como sea comun cosa á los afligidos y cansados respirar, estando sentado sobre la peña dí un gran suspiro, y caro me costó porque me descuidé y abrí la boca que hasta entonces cerrada llevaba, y como habia ya el vino hecho alguna evacuacion, por haber mas de tres horas que se habia embasado, lo que del faltaba, tragué de aquella salada y desaborida agua, la cual me dió infinita pena, rifando dentro de mí con su contrario. Entónces conocí como el vino me habia conservado la vida, pues por estar lleno del hasta la boca no tuvo tiempo el agua de me ofender, entonces ví verdaderamente la filosofía que cerca desto habia profetizado mi ciego, cuando en Escalona me dijo: que si á hombre el vino habia de dar vida habia de ser á mí. Entonces tuve gran lástima de mis compañeros que en el mar perecieron, porque no me acompañaron en el beber, que si lo hicieran estuvieran allí conmigo, con los cuales yo recibiera alguna alegría. Entonces entre mí lloré todos cuantos en el mar se habian anegado, y tornaba á pensar que quizá aunque bebieran no tuvieran el teson conveniente, porque no son todos Lázaro de Tormes, que deprendió el arte en aquella insigne escuela y bodegones toledanos con aquellos señores de otra tierra. Pues estando así pasando por la memoria estas y otras cosas, ví que venia do yo estaba un gran golpe de pescados, los unos que subian de lo bajo, y los otros que bajaban de lo alto, y todos se juntaron y me cercaron la peña; conocí que venian con mala intencion, y con mas temor que gana me levanté con mucha pena y me puse en pie para ponerme en defensa; mas en vano trabajaba, porque á esta sazon yo estaba perdido y encallado de aquella mala agua que en el cuerpo se me entró, estaba tan mareado que en mis pies no me podia tener ni alzar la espada para defenderme. Y como me ví tan cercano á la muerte, miré si veria algun remedio; pues buscallo en la defensa de mi espada no habia lugar por lo que dicho tengo; y andando por la peña como pude, quiso Dios hallé en ella una abertura pequeña y por ella me metí; y de que dentro me ví, ví que era una cueva que en la mesma roca estaba, y aunque la entrada tenia angosta, dentro habia harta anchura, y en ella no habia otra puerta. Parecióme que el Señor me habia traido allí para que cobrase alguna fuerza de la que en mí estaba perdida: y cobrando algun ánimo vuelvo el rostro á los enemigos, y puse á la entrada de la cueva la punta de mi espada; y asimismo comienzo con muy fieras estocadas á defender mi homenage. En este tiempo toda la muchedumbre de los pescados me cercaron, y daban muy grandes vueltas y arremetidas en el agua, y llegábanse junto á la boca de la cueva; mas algunos que de mas atrevidos presumian, procurando de me entrar, no les iba dello bien, y como yo tuviese puesta la espada lo mas recio que podia con ambas manos á la puerta, se metian por ella y perdian las vidas: y otros que con furia llegaban heríanse malamente, mas no por esto levantaban el cerco. En esto sobrevino la noche y fué causa que el combate algo mas

se aflojó, aunque no dejaron de acometerme muchas veces por ver si me dormia, ó si hallaban en mí flaqueza.

Pues estando el pobre Lázaro en esta angustia, viéndose cercado de tantos males, en lugar tan extraño y sin remedio, considerando como mi buen conservador el vino poco á poco me iba faltando, por cuya falta la salada agua se atrevia y cada vez se iba conmigo desvergonzando, y que no era posible poderme sustentar siendo mi ser tan contrario de los que allí lo tienen, y que asimismo cada hora las fuerzas me iban mas faltando; así por haber gran rato que á mi atribulado cuerpo no se habia dado refeccion sino trabajo, como porque el agua digiere y gasta mucho, ya no esperaba mas de cuando el espada se me cayese de mis flacas y tremulentas manos, lo cual luego que mis contrarios viesen, ejecutarian en mí muy amarga muerte haciendo sus cuerpos sepultura; pues todas estas cosas considerando y ningun remedio habiendo, acudí á quien todo buen cristiano debe acudir, encomendándome al que da remedio á los que no le tienen, que es el misericordioso Dios nuestro Señor. Allí de nuevo comencé á gimir, y llorar mis pecados, y á pedir dellos perdon y á encomendarme á él de todo mi corazon y voluntad, suplicándole me quisiese librar de aquella rabiosa muerte, prometiéndole grande enmienda en mi vivir si de dármela fuese servido. Despues torné mis plegarias á la gloriosa santa María madre suya y Señora nuestra, prometiéndole visitalla en las sus casas de Monserrat y Guadalupe y la Peña de Francia, despues vuelvo mis ruegos á todos los santos y santas, especialmente á Santelmo y al señor San Amador que tambien pasó fortunas en la mar cuajada. Y hecho esto, no dejé oracion, de cuantas sabia que del ciego habia deprendido, que no recé con mucha devocion, la del conde, la de la emparedada, la del justo juez, y otras muchas que tienen virtud contra los peligros del agua. Finalmente, el Señor, por virtud de su pasion, y por los ruegos de los dichos y por lo demas que ante mis ojos tenia, quiso obrar en mí un maravilloso milagro, aunque á su poder pequeño, y fué: que estando yo así sin alma mareado y medio ahogado de mucha agua, que como he dicho me habia entrado á mi pesar, y asimismo encallado y muerto de frio de la frialdad que mientras mi conservador en sus trece estuvo nunca habia sentido, trabajado y hecho pedazos mi triste cuerpo de la congoja y contínua persecucion, y desfallecido del no comer, á deshora sentí mudarse mi ser de hombre, quiera no me caté, cuando me ví hecho pez ni mas ni menos, y de aquella propia hechura y forma que eran los que cercado me habian tenido y tenian. A los cuales, luego que en su figura fuí tornado, conocí que eran atunes, entendí como entendian en buscar mi muerte y decian: Este es el traidor de nuestras sabrosas y sagradas aguas enemigo: este es nuestro adversario y de todas las naciones de pescados, que tan ejecutivamente se ha habido con nosotros desde ayer acá hiriendo y matando tantos de los nuestros; no es posible que de aquí vaya, mas venido el dia tomaremos del venganza. Así oia yo la sentencia que los señores estaban dando contra el que ya hecho atun como ellos estaba. Despues que un poco estuve descansando y refrescando en el agua, tomando aliento y hallándome tan

sin pena y pasion como cuando mas sin ella estuve, lavando mi cuerpo de dentro y de fuera en aquella agua que al presente y dende en adelante muy dulce y sabrosa hallé, mirándome á una parte y á otra por ver si veria en mí alguna cosa que no estuviese convertido en atun, estándome en la cueva muy á mi placer, pensé si seria bien estarme allí hasta que el dia viniese, mas hube miedo me conociesen y les fuese manifiesta mi conversion; por otro cabo temia la salida por no tener confianza de mí si me entenderia con ellos, y les sabria responder á lo que me interrogasen, y fuese esto causa de descubrirse mi secreto, que aunque los entendia y me veia de su hechura, tenia gran miedo de verme entre ellos. Finalmente, acordé que lo mas seguro no era me hallasen allí, porque ya que me tuviesen por dellos, como no fuese hallado Lázaro de Tormes, pensarian yo haber sido en salvalle y me pedirian cuenta del: por lo cual me pareció que saliendo antes del dia, y mezclándome con ellos, con ser tantos, por ventura no me echarian de ver, ni me hallarian extraño; y como lo pensé, así lo puse por obra.

CAPITULO III.

Como Lázaro de Tormes hecho atun salió de la cueva, y como le tomaron las centinelas de los atunes y lo llevaron ante el general.

En saliendo, señor, que salí de la roca, quise luego probar la lengua, y comencé á grandes voces á decir *muera*, *muera*, aunque apenas habia acabado estar palabras, cuando acudieron las centinelas que sobre el pecador de Lázaro estaban, y llegados á mí me preguntan quién viva: Señor, dije yo, viva el pece y los ilustrísimos atunes. ¿Pues porqué das voces, me dijeron, qué has visto ó sentido en nuestro adversario que así nos alteras? ¿de qué capitanía eres? Yo les dije, me pusiesen ante el señor de los capitanes, y que allí sabrian lo que preguntaban. Luego el uno destos atunes mandó á diez dellos me llevasen al general, y él se quedó haciendo la guarda con mas de diez mil atunes. Holgaba infinito de verme entender con ellos y dije entre mí: El que me hizo esta gran merced ninguna hizo coja. Así caminamos y llegamos ya que amanecia al gran ejército, do habia juntos tan gran número de atunes, que me pusieron espanto: como conocieron á los que me llevaban dejáronnos pasar, y llegados al aposento del general, uno de mis guias haciendo su acatamiento contó en qué manera y en el lugar do me habian hallado, y que siéndome preguntado por su capitan Licio quién yo era, habia respondido que me pusiesen ante el general, y por esta causa me traian ante su grandeza. El capitan general era un atun aventajado de los otros en cuerpo y grandeza, el cual me preguntó quién era y cómo me llamaba, y en qué capitanía estaba, y qué era lo que pedia, pues pedí ser ante él traido. A esta sazon yo me hallé confuso, y ni sabia decir mi nombre, aunque habia

sido bien baptizado, excepto si dijera ser Lázaro de Tormes; pues decir de dónde ni de qué capitanía tampoco lo sabia por ser tan nuevamente trasformado, y no tener noticia de los mares, ni conocimiento de aquellas grandes compañías, ni de sus particulares nombres, por manera que disimulando algunas de las preguntas que el general me hizo, respondí yo y dije: Señor, siendo tu grandeza tan valeroso como por todo el mar se sabe, gran poquedad me parece que un miserable hombre se defienda de tan gran valor y poderoso ejército, y seria menoscabar mucho su estado, y el gran poder de todos los atunes; y digo, que yo soy tu súbdito y estoy á tu mando y de tu bandera, y ofrezco poner en tu poder sus armas y despojo, y si no lo hiciere que mandes hacer justicia cruel de mí; aunque por sí ó por no, no me ofrecí á darle á Lázaro por no ser tomado en malatin; y este punto no fue de latin, sino de letrado mozo de ciego. Hubo desto el general placer por ofrecerme á lo que me ofrecí y no quiso saber de mí mas particularidades; mas luego respondió y dijo: Verdad es que por escusar muertes de los mios está determinado tener cercado á aquel traidor y tomalle por hambre, mas si tú te atreves á entralle como dices, serte há muy bien pagado, aunque me pesaria si por hacer tú por nuestro señor el rey y mí, tomases muerte en la entrada como otros han hecho, porque yo precio mucho á los mis esforzados atunes, y á los que con mayor ánimo veo, querria guardar mas como buen capitan debe hacer. Señor, respondí yo, no tema tu ilustrísima excelencia mi peligro, que yo pienso lo efectuar sin perder gota de sangre. Pues si así es, el servicio es grande y te lo pienso bien gratificar, y pues el dia se viene, yo quiero ver como cumples lo que has prometido. Mandó luego á los que tenian cargo que moviesen contra el lugar donde el enemigo estaba, y esto fué admirable cosa de ver mover un campo pujante y caudaloso, que cierto nadie lo viera á quien no pusiese espanto. El capitan me puso á su lado preguntándome la manera que pensaba tener para entralle, yo se la decia fingiendo grandes maneras y ardides, y hablando llegamos á las centinelas que algo cerca de la cueva o roca estaban. Y Licio el capitan, el cual me habia enviado al general, estaba con toda su compañía bien á punto, teniendo de todas partes cercada la cueva, mas no por eso que ninguno se osase llegar á la boca della, porque el general lo habia enviado á mandar por evitar el daño que Lázaro hacia, y porque al tiempo que yo fuí convertido en atun quedóse la espada puesta á la puerta de la cueva, de aquella manera que la tenia cuando era hombre, la cual los atunes veian temiendo que el rebelado la tenia, y estaba tras la puerta. Y como llegamos, yo dije al general mandase retraer los que el sitio tenian, y que así él como todos se apartasen de la cueva: lo cual fué hecho luego. Y esto hice yo porque no viesen lo poco que habia que hacer en la entrada; yo me fuí solo y dando muy grandes y prestas vueltas en el agua, y lanzando por la boca grandes espadañadas della; en tanto que yo esto hacia andaba entre ellos de hocico en hocico la nueva como yo me habia ofrecido de entrar al negocio, y oia decir: Él morirá como otros tan buenos y osados han hecho; dejádle, que presto veremos su orgullo perdido. Yo fingia que dentro habia

defensa, y me echaban estocadas como aquel que las habia echado, y fuia el cuerpo á una y otra parte. Y como el ejército estaba desmayado, no tenia lugar de ver que no habia que ver, tornaba otras veces á llegarme á la cueva, y acometella con gran ímpetu y á desviarme como ántes. Y así anduve un rato fingiendo peleas todo por encarecer la cura: despues que esto hice algunas veces, algo desviado de la cueva, comienzo á dar grandes voces porque el general y ejército me oyesen, y á decir: ¿O mezquino hombre, piensas que te puedas defender del gran poder de nuestro gran rey y señor, y de su valeroso y gran capitan, y de los de su pujante ejército? ¿Piensas pasar sin castigo de tu gran osadía, y de las muchas muertes que por tu causa se han hecho en nuestros amigos y deudos? Date, date á prision al insigne y gran caudillo, por ventura habrá de tí merced. Rinde, rinde las armas que te han valido, sal del lugar fuerte do estás que poco te ha de aprovechar, y métete en poder del que ningun poder en el gran mar le iguala. Yo que estaba, como digo, dando estas voces todo para almohazar los oidos al mandon, como hacer se suele por ser cosa de que ellos toman gusto, llega á mí un atun, el cual me venia á llamar de parte del general; yo me vine para él, al cual y á todos los mas del ejército hallé finados de risa. Y era tanto el estruendo y ronquidos que en el reir hacian, que no se oian unos á otros. Como yo llegué espantado de tan gran novedad, mandó el capitan general que todos callasen, y así hubo algun silencio, aunque á los mas les tornaba á arrebentar la risa, y al fin con mucha pena oí al general que me dijo: Compañero, si otra forma no teneis en entrar la fuerza á nuestro enemigo que la de hasta aquí, ni tu cumplirás tu promesa, ni yo soy cuerdo en estarte esperando, y mas que solamente te he visto acometer la entrada y no has osado entrar, mas de verte poner con eficacia en persuadir á nuestro adversario lo que debe de hacer cualquiera. Y esto, al parecer mio y de todos estos, tenias bien escusado de hacer, y nos parece tiempo muy mal gastado, y palabras muy dichas á la llana, porque ni lo que pides, ni lo que has dicho en mil años lo podrás cumplir, y desto nos reimos, y es muy justa nuestra risa ver que parece que estás con él platicando como si fuese otro tú, y en esto tornaron á su gran reir. Y yo caí en mi gran necedad y dije entre mí: Si Dios no me tuviese guardado para mas, bien de ver es á estos necios lo poco y malo que yo sé usar de atun, y caerian en que si tengo el ser, no es natural. Con todo quise remediar mi yerro y dije: Cuando hombre, señor, tiene gana de efectuar lo que piensa, acaécele lo que á mí. Alza el capitan y todos otra mayor risa, y díjome: Luego hombre eres tú. Estuve por responder: *Tu dixisti*. Y cabia bien, mas hube miedo que en lugar de rasgar su vestidura se rasgára mi cuerpo: y con esto dejé las gracias para otro tiempo mas conveniente. Yo viendo que á cada paso decia mi necedad, y pareciéndome que á pocos de aquellos jaques podria ser mate, comencéme á reir con ellos, y sabe Dios que regañaba con muy fino miedo que aquella sazon tenia. Y díjele: Gran capitan, no es tan grande mi miedo como algunos lo hacen, que como yo tenga contienda con hombre, vase la lengua á lo que piensa el corazon, mas ya me parece que tardo en

cumplir mi promesa, y en darte venganza de nuestro contrario; contando con tu licencia quiero volver á dar fin á mi hecho. Tú la tienes, me dijo. Y luego muy corrido y temeroso de tales acaecimientos me volví á la peña, pensando como me convenia estar mas sobre el aviso en mis hablas, y llegando á la cueva, acaecióme un acaecimiento y tornándome á retraer muy de presto me junté del todo á la puerta, y tomé en la boca la que otras veces en la mano tomaba, y estuve pensando qué haria, si entraria en la cueva, ó iria á dar las armas á quien las prometí. En fin pensé si entrara por ventura seria acusado de ladronicio, diciendo habello yo comido, pues no habia de ser hallado, el cual era casa feo y digno de castigo. En fin vuelvo al ejército, el cual ya movia en mi socorro, porque me habia visto cobrar la espada, y aun por mostrar yo mas ánimo cuando la cobré dé sobre la pared que á la boca de la cueva estaba, esgremí torciendo el hocico, y á cada lado hice con ella casi como un revés. Llegando al general, humillando la cabeza ante él, teniendo como pude el espada por la empuñadura en mi boca, dije : Gran señor, veis aquí las armas de nuestro enemigo, de hoy no hay mas que temer la entrada pues no tiene con que defenderla. Vos lo habeis hecho como valiente atun, y sereis galardonado de tan gran servicio, y pues con tanto esfuerzo y osadía ganastes la espada, y me parece os sabreis aprovechar della mejor que otro, tenedla hasta que tengamos en poder este malvado. Y luego llegaron infinitos atunes á la boca de la cueva, mas ninguno fué osado de entrar dentro porque temian no le quedase puñal, y me preferia ser el primero de la escala, con tal que luego me siguiesen y diesen favor; y esto pedia porque hubiese testigos de mi inocencia, mas tanto era el miedo que á Lázaro habian, que nadie queria seguirme, aunque el general prometia grandes dádivas al que conmigo segundase. Pues estando así, díjome el gran capitan qué me parecia que hiciese, pues ninguno me queria ser compañero en aquella peligrosa entrada. Y yo respondí : que por su servicio me atreveria á entralla solo si me asegurasen la puerta, que no temiesen de ser conmigo. Él dijo que así se haria, y que cuando los que allí estuviesen no osasen que él me prometia seguirme. Entónces llegó el capitan Licio, y dijo que entraria tras mí; luego comienzo á esgremir mi espada á un cabo y á otro de la cueva, y á echar con ella muy fieras estocadas, y lánzome dentro diciendo á grandes voces : Victoria, victoria, viva el gran mar y los grandes moradores del, y mueran los que habitan la tierra. Con estas voces, aunque mal formadas, el capitan Licio, que ya dije, me siguió y entró luego tras mí, el cual aquel dia extrañamente se señaló y cobró conmigo mucho crédito en velle tan animoso y aventajado de los otros, y á mí parecióme que un testigo no suele dar fe, y no quitándome de la entrada comienzo á pedir socorro, mas por demas era mi llamar, que maldito el que se osaba aun á llegar. Y no es de tener á mucho, porque en mi conciencia lo mismo hiciera yo, si pensara lo que ellos, para que es sino decir la verdad, mas entrábame como por mi casa sabiendo que un caracol dentro no estaba. Comencé á animallos diciéndoles : ¡Oh poderosos, grandes y valerosos atunes! ¿do está vuestro esfuerzo y osadía

de hoy, qué cosa se os ofrecerá en que ganeis tanta honra? vergüenza, vergüenza. Mirad que vuestros enemigos os ternán en poco siendo sabedores de vuestra poca osadía. Con estas y otras cosas que les dije, aquel gran capitan, mas con vergüenza que gana, bien espaciosamente entró dando muy grandes voces: ¡Paz, paz! en lo cual bien conocí que no las traia todas consigo, pues en tiempo de tanta guerra pregonaba paz; desque fué entrado mandó á los de fuera que entrasen, los cuales pienso yo que entraron con harto poco esfuerzo, mas como no vieron al pobre Lázaro, ni defensa alguna aunque hartos golpes de espada daba yo por aquellas peñas, quedaron confusos; y el general corrido de lo poco que acorrió al socorro mio y de Licio.

CAPITULO IV.

Como despues de haber Lázaro con todos los atunes entrado en la cueva, y no hallando á Lázaro sino á los vestidos, entraron tantos que se pensaron ahogar, y el remedio que Lázaro dió.

Mirada bien la cueva, hallamos los vestidos del esforzado atun Lázaro de Tormes, porque fueron del apartados cuando en pez fué vuelto, y cuando los ví, todavía temí, si por ventura estaba dentro dellos mi triste cuerpo y el alma sola convertida en atun. Mas quiso Dios no me hallé y conocí estar en cuerpo y alma vuelto en pescado. Huélgome porque todavía sintiera pena y me dolieran mis carnes viéndolas despedazadas y tragar de aquellos que con tan buena voluntad lo hicieran, y yo mismo lo hiciera por no diferenciar de los de mi ser, y dar con esto causa á ser sentido. Pues estando así, el capitan general y los otros, atónitos, á cada parte mirando y recatándose, temiendo, aunque deseando encontrarse con el que buscaban. Despues de bien rodeada y buscada la pequeña cueva, el capitan general me dijo, qué me parecia de aquello y de no hallar allí nuestro adversario. Señor, le respondí, sin duda yo pienso este no ser hombre, sino algun demonio, que tomó su forma para nuestro daño: porque ¿quien nunca vió ni oyó decir un cuerpo humano sustentarse en el agua tanto tiempo, ni que hiciese lo que este ha hecho, y al cabo teniéndole en un lugar encerrado como este, y con estar aquí y tan cercado, habérsenos ido ante nuestros ojos? Cuadróle esto que dije, y estando hablando en esto, sucedións otro mayor peligro, y fué que como comenzasen á entrar en la cueva los atunes que fuera estaban, diéronse tanta priesa viéndose ya libres del contrario, y por haber parte del saco del, y vengarse de las muertes que habia hecho de sus deudos y amigos, que cuando miramos estaba la cueva tan llena que desde el suelo hasta arriba no metieran un alfiler que no fuese todo atunes, y así atocinados unos sobre otros nos ahogábamos todos, porque, como tengo dicho, el que entraba no se tenia por contento hasta llegar á do el general

estaba pensando se repartia la presa. Por manera que vista la necesidad y el gran peligro que estábamos, el general me dijo: Esforzado compañero, ¿qué medio tenemos para salir de aquí con vida, pues ves como vá creciendo el peligro y todos casi estamos ahogados? Señor, dije yo, el mejor remedio seria, si estos que cabe nos estan pudiesen darnos lugar, y que yo pudiese tomar la entrada de esta cueva y defenderla con mi espada para que mas no entrasen, y nosotros con ellos sin peligrar. Mas esto es imposible por haber tanta multitud de atunes que sobre nosotros estan, y habrás de ver como no por eso se ha de escusar que no entren mas, y porque el que está fuera piensa que los que estamos acá dentro estamos repartiendo el despojo y quieren su parte: un solo remedio veo y es: si por escapar vuestra excelencia tiene por bien que algunos destos mueran, porque para ya hacer lugar no puede ser sin daño. Pues así es dijo, guarda la cara al basto y triunfa de todos esos otros. Pues, señor, le respondí, quedais como poderoso, señor, sacadme á paz y á salvo de este hecho, y que en ningun tiempo me venga por ello mal. No solo no te vendrá mal, dijo él, mas te prometo te vendrán por lo que hicieres grandes bienes, que en tales tiempos es gran bien del ejército que el caudillo se salve, y querria mas una escama que los súbditos. ¡Oh capitanes, dije yo entre mí, que poco caso hacen de las vidas agenas por salvar las suyas! ¡cuántos deben de hacer lo que este hace! Cuan diferente es lo que estos hacen á lo que oí decir que habia hecho un Paulo Decio, noble capitan romano, que conspirando los latinos contra los romanos, estando los ejércitos juntos para pelear, la noche antes que la batalla se diese, soñó el Decio que estaba constituido por los dioses, que si él moria en la batalla que los suyos vencerian y serian salvos, y si él se salvaba que los suyos habian de morir. Y lo primero que procuró comenzando la batalla fué ponerse en parte tan peligrosa que no pudiese escapar con la vida, porque los suyos la hubiesen, y así la hubieron. Mas no le seguia en esto el nuestro general atun. Despues viendo yo la seguridad que me daba, digo la seguridad, y aun la necesidad que de hacello habia, y el aparejo para me vengar del mal tratamiento y estrecho en que aquellos malos y perversos atunes me habian puesto, comienzo á esgremir mi espada lo mejor que pude y á herir á diestro yá siniestro, diciendo: ¡Fuera, fuera, atunes mal comedidos que ahogais á nuestro capitan! y con esto á unos de revés, á otros de tajo, á veces de estocada, en muy breve hice diabluras, no mirando ni teniendo respeto á nadie excepto al capitan Licio, que por velle de buen ánimo en la entrada de la cueva me aficioné á él, y le amé y guardé, y no me fué dello mal, como adelante se dirá. Los que estaban dentro de la cueva como vieron la matanza comienzan á desembarazar la posada, y con cuanta furia entraron á mayor salieron. Y como los de fuera supiesen la nueva y viesen salir á algunos descalabrados, no procuraron entrar, y así nos dejaron solos con los muertos, y me puse á la boca de la cueva, y desde allí empiezo á echar muy fieras estocadas; y á mi parecer tan señor de la espada me ví teniéndola con los dientes, como cuando la tenia con las manos. Despues de descansado del trabajo y ahogamiento, el bueno de nuestro general, y los que con él estaban, co-

mienzan á sorber de aquella agua que á la sazon en sangre estaba vuelta; y asimismo á despedazar y comer los pecadores atunes que yo habia muerto, lo cual viendo, comencé á tenelles compañía haciéndome nuevo de aquel manjar que ya le habia comido algunas veces en Toledo, mas no tan fresco como allí se comia; y así me harté de muy sabroso pescado, no impidiéndome las grandes amenazas que los de fuera me hacian por el daño que habia hecho en ellos; y ya que al general pareció, nos salimos fuera con avisalle de la mala intencion que los de fuera contra mí tenian, por tanto que su excelencia proveyese en mi seguridad. Él como salió contento y bien harto, que dicen que es la mejor hora para negociar con los señores, mandó pregonar que los que en dicho ni en hecho fuesen contra el atun extrangero que muriesen por ello, y ellos y sus sucesores fuesen habidos y tenidos por traidores, y sus bienes confiscados á la real cámara, por cuanto si el sobredicho atun hizo daño en ellos, fué por ser ellos rebeldes y haber pasado el mandamiento de su capitan, y puéstole por su mal mirar á punto de muerte: y con esto todos hubieron por bien que los muertos fuesen muertos, y los vivos tuviésemos paz: hecho esto, el capitan hizo llamar todos los otros capitanes, maestros de campo, y todos los demas oficiales señalados que tenian cargo del ejército, mandó que los que no habian entrado en la cueva entrasen y repartiesen entre sí el despojo que hallasen, lo cual brevemente fué hecho, y tantos eran que á un bocado de atun no les cupo. Despues de salidos, porque pareciese á todos hacian participantes, pregonaron saco á todo el ejército, del cual fué hecho cumplimiento á todos los atunes comunes, porque maldita la cosa en la cueva habia si no fuese alguna gota de sangre, y los vestidos de Lázaro. Aquí pasé yo por la memoria la crueldad de estos animales, y cuán diferente es la benigna condicion de los hombres á la dellos; porque puesto caso que en la tierra alguno se allegase á comer algo de lo de su prójimo, el cual pongo en duda haber, mayormente el dia de hoy, por estar la conciencia mas alta que nunca, á lo menos no lo hay tan desalmado que á su mismo prójimo coma. Por tanto los que se quejan en la tierra de algunos desafueros y fuerzas que les son hechos, vengan, vengan á la mar y verán como es pan y miel lo de allá.

CAPITULO V.

En que cuenta Lázaro el ruin pago que le dió el general de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitan Licio.

Pues tornando á lo que hace al caso, otro dia el general mismo me apartó en su aposento y dijo: Esforzado y valeroso atun extraño, yo he acordado te sean galardonados tus buenos servicios y consejos, porque si los que como tú sirven no son galardonados, no se hallaria en los ejérci-

tos quien á los peligros se aventurase, porque me parece en pago dello ganes nuestra gracia, y te sean perdonadas las valerosas muertes que en la cueva en nuestras compañas hecistes: y en memoria del servicio que en librarme de la muerte me has hecho, poseas y tengas por tuya propia esa espada del que tanto daño nos hizo, pues tan bien della te sabes aprovechar; con apercibimiento que si con ella hicieres contra nuestros súbditos y naturales de nuestro señor el rey alguna violencia mueras por ello, y con esto me parece no vas mal pagado, y de hoy mas puedes te volver do eres natural, y mostrándome no muy buen semblante se metió entre los suyos y me dejó. Quedé tan atónito cuando oí lo que dijo, que casi perdí el sentido porque pensaba por lo menos me habia de hacer un gran hombre, digo atun, por lo que habia hecho, dándome cargo perpétuo en un gran señorío en el mar, segun me habia ofrecido. ¡O Alejandro! dije entre mí, repartíades y gastábades vos las ganancias ganadas, con vuestro ejército y caballeros; ó lo que habia oido de Cayo Fabricio, capitan romano, de qué manera galardonaba y guardaba la corona para coronar á los primeros que se aventuraban á entrar los palenques; ¡y tú Gonzalo Hernandez, gran capitan español, otras mercedes heciste á los que semejantes cosas en servicio de tu rey, y en aumento de tu honra se señalaron! Todos los que sirvieron y siguieron, ¡á cuántos del polvo de la tierra levantastes y valerosos y ricos hicistes! ¡Como este mal mirado atun conmigo lo hizo haciéndome merced de la que en Zocodover me habia costado mis tres reales y medio! Pues oyendo esto consuélense los que en la tierra se quejan de señores, pues hasta en el hondo mar se usan las cortas mercedes de los señores. Estando yo así pensativo y triste, conociéndomelo el capitan Licio, llegóse á mí y díjome: Los que confian en algunos señores y capitanes, así como á tí acaece, que estando en necesidad hacen promesas y salidos dellas no se acuerdan de lo prometido. Yo soy buen testigo de todo tu buen esfuerzo y de todo lo que valerosamente has hecho, como quien á tu lado se halló, y veo el mal pago que de tus proezas llevas, y el gran peligro en que estás, porque quiero que sepas que muchos destos que ante tí tienes estan entre sí concertando tu muerte; por tanto no te partas de mi compañía, que de aquí te doy fé, como hijodalgo, de te favorecer con todas mis fuerzas y con las de mis amigos en cuanto pueda, pues seria muy grande pérdida perderse un tan valeroso y señalado pece como tú. Yo le respondí grandes gracias por la voluntad que me mostraba y acepté la merced y buena obra que me hacia, y ofreciéndome á serville en tanto que viviese, y con esto él fué muy contento y llamó hasta quinientos atunes de su compañía, y mandóles que dende en adelante tuviesen cargo de me acompañar y mirar por mí como por él mismo; y así fué que estos jamas de dia ni de noche de mi se apartaban, y con gran voluntad, que estos no era mucho que me desamasen; y no pienso que de los otros habia en el ejército quien no me tuviese gran voluntad, porque les pareció aquel dia del combate que me señalé ó dí á conocer gran valentía y esfuerzo en mí. Desta manera trabamos el capitan Licio y yo amistad, la cual nos mostramos como adelante diré. Deste supe yo muchas cosas y costumbres de los habitadores del mar, los nom-

bres de los cuales y muchas provincias, reinos y señoríos del, y de los señores que los poseian. Por manera que en pocos dias me hice tan práctico que á los nacidos en él hacia ventaja, y daba mas cuenta y relacion de las cosas, que ellos mismos. Pues en este tiempo nuestro campo se deshizo, y el general mandó que cada capitanía y compañía se fuese á su alojamiento y dende á dos lunas fuesen todos los capitanes juntos en la corte, porque el rey lo habia enviado así á mandar. Apartámonos mi amigo y yo con los de su compañía, que serian á mi ver hasta diez mil atunes, entre los cuales habia poco mas que diez hembras, y estas eran atunas del mundo: que entre la gente de guerra suelen andar á ganar la vida. Aquí ví el arte y ardid que para buscar de comer tienen estos pescados, y es que se derraman á una parte y á otra, y se hacen en cerco grande de mas de una legua en torno, y desque los unos de una parte se han juntado con los de la otra vuelven los rostros unos para otros, y se tornan á juntar, y todo el pescado que en medio toman muere á sus dientes. Y así cazan una ó dos veces al dia, segun como acaecen á salir; desta suerte nos hartábamos de muchos y sabrosos pescados, como era pajeles, bonitos, agujas y otros infinitos géneros de peces. Y haciendo verdadero el proverbio que dice : que el pece grande se come al mas pequeño, porque si acontecia en la redada coger algunos mayores que nosotros, luego les dábamos carta de guia, y dejábamos salir sin ponernos con ellos en barajas, excepto que si querian ser con nosotros y ayudarnos á matar y comer conforme al dicho, quien no trabaja que no coma. Tomamos una vez entre otros pescados ciertos pulpos, al mayor de los cuales yo reservé la vida y tomé por esclavo, é hice mi page de espada, y así no traia la boca embarazada ni pena con ella, porque mi page revuelto por los anillos una de sus muchas colas la traia á su placer, y aun parecióme á mi que se ufanaba y pompeaba con ella. Desta suerte caminamos ocho soles, que llaman en el mar á los dias, al cabo de los cuales llegamos á do mi amigo y los de su compañía tenian sus hijos y hembras, de las cuales fuimos recibidos con mucho placer, y cada cual con su familia se fué á su albergue, dejándome á mí y al capitan en el suyo. Entrados que fuimos en la posada del señor Licio, dijo á su hembra : Señora, lo que deste viaje traigo es haber ganado por amigo este gentil atun que aquí veis, la cual ganancia tengo en mucho; por tanto os ruego sea de vos festejado, y hecho aquel tratamiento que á mi hermano hacer soliades, porque en ello me hareis singular placer. Esta era una muy hermosa atuna, y de mucha autoridad; respondió : Por cierto, señor, eso se hará como mandais, y si falta hubiere no será de voluntad. Yo me humillé ante ella suplicándola me diese las manos para se las besar, sino que plugo á Dios se lo díje algo paso, y no se echó de ver y no oyeron mi necedad. Dije entre mí : ¡Maldito sea mi descuido, que pido para besar las manos á quien no tiene sino cola! La atuna me dió una hocicada amorosa rogándome me levantase, y así fuí della recibido muy bien, y ofreciéndome á su servicio, fuí della muy bien respondido como de una muy honrada dueña : y desta manera estuvimos allí algunos dias, y muy á nuestro placer, y yo muy bien tratado destos señores, y servido de los

de su casa. En este medio yo mostré al capitan esgremir no lo habiendo en mi vida aprendido, y hízose de la espada muy diestro, lo cual él preciaba mucho, y asimismo á un hermano suyo que habia nombre Melo, tambien muy ahidalgado atun. Pues estando yo una noche en mi reposo pensando la muy buena amistad que en este pece mi amigo tenia, deseando se le ofreciese algo en que le pudiese pagar parte de lo mucho que le debia, vínome al pensamiento un gran servicio que le podia hacer, y luego á la mañana lo comuniqué con el, lo cual él tuvo en lo que fué justo, pues le valió tanto como adelante diré; y fué el caso, que viéndole yo tan aficionado á las armas, le dije que él debia enviar á aquella parte donde fué nuestro desastre, y que allí se hallarian muchas espadas, lanzas, puñales, y otras maneras de armas, y que trujesen todas las que pudiesen traer, que yo queria tomar cargo de mostrar aquella nuestra compañía y hacellos diestros, y si aquello habia efecto, su compañía seria la mas pujante y valerosa de todas, y de quien el rey y todo el mar mas caso haria, porque ella sola valdria mas que todas las otras juntas, y que desto le redundaria mucha honra y ganancia. Parecióle consejo de buen amigo y mucho me lo agradeció, y luego ejecutando el aviso envió á su hermano Melo con hasta seis mil atunes, los cuales con toda brevedad y buena diligencia vinieron trayendo infinitas espadas y otras armas muchas, de las cuales gran parte venian tomadas del orin y debian ser de cuando el poco venturoso D. Hugo de Moncada pasó otra tormenta en este paso; las armas venidas fueron repartidas entre los atunes que mas hábiles nos parecieron, y el capitan por un cabo, y su hermano por otro, y yo era como sobremaestro á quien venian con las dudas; no entendíamos en otra cosa sino en mostrárselas á tener y esgremir con ellas, y á que supiesen echar su revés y tajo, y fina estocada; á los demas que nos pareció dióse cargo para cazar y buscar de comer. A las hembras hecimos entender en limpiar las armas con una gentil invencion que yo dí, y fué que las sacasen y metiesen en los lugares que tuviesen arena hasta que se parasen lucias. De manera que puestos todos á punto, quien viera aquel pedazo de mar le pareciera una gran batalla en el agua : acabo de algunos dias muy pocos de los atunes armados habia que no se tuviese por otro Aguirre el diestro. Entramos en consejo y fué acordado hiciésemos con los pulpos perpetua liga y amistad de que se viniesen á vivir con nosotros, porque nos sirviesen con sus largas faldas de talabartes. y así se hizo, y holgaron dello, porque los tuviésemos por amigos, y los mantuviésemos. Los cuales, como dije, sin pena nos podian servir, y en este tiempo se cumplió el plazo de los dos meses, en cabo de los cuales el capitan general mandó que fuesen todos juntos los capitanes en la corte. Y Licio se empezó á poner á punto para la ida, y entre él y mí se platicó si seria bien irme yo con él á la corte, y besar las manos al rey y que tuviese noticia de mí, hallamos no ser buena la voluntad que mostró el general, y que seria inconveniente por haber expresamente mandado me fuese á mi tierra, por lo cual, despues de platicado bien el negocio, estando presentes á la plática Melo, hermano del capitan Licio, de muy buen ingenio, y la hermosa y no

menos sábia atuna su hembra, fué el parecer de todos por el presente que yo me quedase allí en su compañía, porque él acordó de ir á la lijera, y llevar pocos de los suyos, y que despues que él llegase allá informaria al rey de mí, y del gran valor mio, y que como el rey le respondiese, así haria lo que fuese bien. Con este acuerdo el buen Licio se partió con hasta mil atunes, y quedamos su hermano Melo y yo con los demas en el aposento. Y al tiempo que de mí se despidió, apartándome me dijo: Verdadero amigo, hágoos saber que voy muy triste por un sueño que esta noche soñé, quiera Dios no sea verdad, mas si por mi desventura saliere verdad, ruégoos os hayais como bueno, y os acordeis de lo que en voluntad me sois en cargo, y no querais de mí mas saber, porque ni á vos ni á mí conviene. Yo le rogué mucho se aclarase cómo, y no quiso, ántes como estaba ya despedido de su dueña, y de su hermano, y de los demas, dándome con el hocico se fué no alegre, dejándome á mí muy triste y confuso. Pensé mucho, y varios pensamientos sobre aquel caso, y en uno dellos hice algun asiento, diciendo: Por ventura este á quien tanto debo debe pensar que la hermosura de su atuna, que las mas veces con la mucha honestidad no se abraza, me cegará para que no vea lo que el mar veria tan gran maldad. Mas esta buena ley el dia de hoy está corrupta y en el mar debe de ser lo mismo y no es mucho. Pasé yo por la memoria muchas cosas en este caso, y parecióme prevenir el remedio, para que él se asegurase y mi lealtad no padeciese, y fué, llegados ante la capitana atuna yo y su cuñado, despues de haberla algun tanto consolado del pesar que la partida de su marido le causaba, mayormente en ver la tristeza que Licio llevaba, aunque tambien á mí y á ella se lo encubrió al tiempo que della se despidió, yo le dije á Melo que yo deseaba ser su huésped si él por bien lo tenia, porque para estar en compañía de hembras era mal regocijado, y ántes causaria á su merced tristeza, que seria en quitársela. Ella me fué mucho á la mano, diciendo: Que si algun consuelo pensaba tener era por estar yo en su poder y posada, sabiendo el grande amor que su marido me tenia, y que si al tiempo que della se partió no le dió mayor cargo que el cuidado que de mí habia de tener, aunque yo no pensé lo que era, ántes distaban nuestros pensamientos: al fin, como á mí se me habian asentado los negros celos aun como atun, que por ventura habia pasado por ellos con la mi Elvira y mi amo el arcipreste, nunca se pudo comigo acabar que quedase, antes me fuí con el cuñado, y cuando á visitalla venia, siempre le traia comigo.

CAPITULO VI.

En que cuenta Lázaro lo que al capitan Licio su amigo le aconteció en la corte con el gran capitan.

Pues estando así, como he contado, á ratos cazando, á ratos ejercitando las armas con aquellos que diestros se habian hecho, dende á

ocho dias que mi amigo se habia partido nos llegó una nueva, la cual manifestó la tristeza que llevaba al partir con hacernos á todos los mas tristes peces de todo el mar. Y fué el caso que cuando el capitan general se hubo comigo tan ásperamente, como he contado, él quisiera que me fuera luego del ejército, y que los apasionados á quien yo habia hecho ofensa me ofendieran, y dieran muerte, y aun como despues se supo él habia mandado á ciertos atunes, que viéndome desmandado me matasen, y averiguado no por mas de por parecerle como era verdad ser yo tal testigo de su cobardía, porque otra causa yo no hallaba sino por do merecia ser gratificado, mas Dios dió lugar á esta maldad, poniendo como puso á Licio en corazon el favor que me hizo, lo cual sabido por el general tomó asimismo con él gran odio y mala voluntad, afirmando y jurando que lo que Licio hizo por mí, fué por dalle á él pesar, y sabiendo tambien que él tenia mal testigo por estar junto á mí, cuando el general entró en la cueva diciendo: ¡Paz, paz! Juntóse todo, y lo que en mí habia hecho el buen capitan, y mejor que él procuró con todas sus malas mañas hacer, y como fué en la corte luego fué con grandes quejas al rey, infamándole de traidor y aleve, diciendo que una noche teniendo el dicho capitan Licio encargo la guarda y la mas cercana centinela por muchos dineros que le habia dado por libralle de ser preso. Y esto decian él y otros muchos mas. Y así le ayude Dios como dijo la verdad, que Lázaro de Tormes no le podia dar sino muchas cabezas dellos que tenia á sus pies; y despuso del diciendo que habia traido de partes extrañas un atun malo y cruel, el cual atun habia muerto gran número de los de su ejército con una espada que en la boca traia, de la cual jugaba tan diestramente que no era posible sino ser algun diablo que para destruccion de los atunes tomó su forma, y que él viendo el daño que el mal atun habia hecho, lo desterró, y so pena de muerte le mandó se apartese del campo, y que el dicho Licio, en menosprecio del real mandado y de la real corona, y á su despecho, lo habia acogido en su compañía y dado favor y ayuda, por do habia incurrido en crímen *læsæ majestatis*, y por derecho y ley debia ser hecha del justicia, porque fuese castigo de su yerro, y en él otros tomasen ejemplo, porque dende en adelante nadie fuese contra los mandamientos reales. El señor rey, así mal informado y peor aconsejado, dando crédito á las palabras de su mal capitan, con dos ó tres malos y falsos testigos que juraron lo que él les mandó, y con una probanza hecha en ausencia y sin parte, el mismo dia que llegó á la corte el buen Licio muy inocente desto, mandó fuese luego preso y metido en una cruel mazmorra y echada á su garganta una muy fuerte cadena. Y mandó al general hiciese con toda solicitud poner en él guarda, y llevar á pura y debida ejecucion su castigo, el cual luego proveyó mas de treinta mil atunes que le hiciesen la guarda.

CAPITULO VII.

Como sabido por Lázaro la prision de su amigo Licio le lloró mucho él y los demas, y lo que sobre ello se hizo.

Estas tristes y dolorosas nuevas nos trujeron algunos de los que con él ido habian dándonos esta relacion á todos, y como le habian hecho cargo de lo que he dicho y la manera que en el oille, y estar con él á derecho se tenia, porque todos los jueces que en ello entendian tenia sobornados el general, y que segun pensaban, y la cosa tan de rota iba, no podria escapar de breve y muy rabiosa muerte. A esta hora me acordé y dije entre mí aquel dicho, del conde Claros, antiguo, que dice : *Cuando acabarás ventura, — cuando tienes de acabar : — en la tierra mil desastres, — y en las mares mucho mas.* — Comenzóse entre nosotros un llanto y alaridos y en mí doblado, porque lloraba el amigo y lloraba á mí, que faltando él no esperaba vivir quedando en medio del mar y de mis enemigos, del todo solo y desamparado. Parecióme que aquella compañía se quejaba de mí, y con justa causa y razon, pues yo era causante que lo perdiesen al que bien querian; no sin causa decia su atuna: Vos, mi señor, tan triste de mí os partistes sin quererme dar parte de vuestra tristeza; bien pronosticábades vos mi grande pérdida. Sin duda, decia yo, este es el sueño que vos, mi buen amigo, soñastes; esta es la tristeza con que vos de mí os partistes dejándome con ella. Y así cada uno decia y lamentaba, dije delante de todos : Señora y señores y amigos, lo que con las tristes nuevas hemos hecho ha sido muy justo, pues cada uno de nosotros muestra lo que siente, mas ya que este primer movimiento que en mano de nadie es pasado, justo será, mis señores, que pues con lloro nuestra pérdida no se cobra, que demos órden brevemente en pensar el mejor remedio que nos convenga, y esto pensado y visto, ponello luego en ejecucion, pues, segun dicen estos señores, la demasiada priesa que nos dan los que nos desaman lo requiere. La hermosa y casta atuna, que derramando muchas lágrimas de sus graciosos ojos estaba, me respondió : Todos vemos, esforzado señor, ser gran verdad lo que decis, y asimismo la demasiada necesidad que de nuevo tenemos, por lo cual, si estos señores y amigos de mi parecer son, debemos todos de remitirnos á vos como á quien Dios ha puesto claro y señalado seso, y pues Licio mi señor siendo tan cuerdo y sábio sus árduos y pesados negocios de vos confiaba, y vuestro parecer seguia, no pienso errar, aunque soy una flaca hembra, en suplicaros lo tomeis á cargo de proveer y ordenar lo que convenga á la salvacion del que de un tan verdadero amor os ama, y al consuelo desta triste que siempre os quedará en gran deuda. Y esto dicho tornó á su gran llanto, y todos hecimos lo mesmo. Melo y otros atunes con la señora capitana estaban, y con ella se hallaron á su parecer conformes, los cuales me dieron cargo desta empresa, ofreciéndose á

seguirme y hacer todo lo que yo les mandase. Pues viendo que yo era obligado á hacerlo de ponerme en todo cuidado y trabajo, por el que por mí en tanto estrecho estaba, comedidamente lo acepté, diciéndoles conocer yo que cada cual de sus mercedes lo hiciera mejor, mas pues eran servidos que yo lo hiciese, á mí me placia. Diéronme las gracias, y luego allí acordamos se hiciese saber á todo el ejército, lo cual luego fué hecho, y dentro de tres dias fueron todos juntos. Yo escojí para mi consejo doce dellos los mas ricos, y no tuve respeto á mas sábios si eran pobres, porque así lo habia visto hacer cuando era hombre en los ayuntamientos do se trataban negocios de calidad, y así ví hartas veces dar con la carga en el suelo, porque como digo no miran sino que anden vestidos de seda, no de saber. Y estos apartados, fué el uno dellos Melo, y la señora capitana que era muy sesuda hembra, cosa por cierto muy rara en tierra y en mar. Y hecho esto mandamos á toda la compañía se fuesen á comer y viniesen luego á punto de guerra, los armados con sus armas, los otros con sus cuerpos; venidos que fueron hice contallos, y hallamos por número diez mil y ciento y nueve atunes, todos estos de pelea, sin hembras, pequeños y viejos, los cinco mil dellos armados cual de espada ó puñal, lanza y cuchillo, todos estos hicieron juramento en mi cola que sobre su cabeza pusieron á usanza de allá (y aun reíme en cuanto hombre entre mí de la donosa ceremonia) que harian lo que yo les mandase y pornian sus armas y los que no las tuviesen sus dientes en quien yo les dijese, procurando con todas sus fuerzas librar á su capitan, guardando la debida lealtad á su rey. Acordamos en el consejo de guerra que la señora capitana fuese con nosotros muy bien acompañada de otras cien atunas, entre las cuales llevó una hermana suya, doncella muy hermosa y apuesta. Y hecimos tres escuadrones, el uno de todos los atunes desarmados, y los dos de los que llevaban armas. En la vanguardia iba yo con dos mil y quinientos armados, y en la retaguardia iba Melo con otros tantos; los desarmados y carruage iban en medio, y llevando asimismo con nosotros nuestros pages ya dichos, que las espadas nos llevaban.

CAPITULO VIII.

De como Lázaro y sus atunes puestos en órden van á la corte con voluntad de libertar á Licio.

Desta suerte, que arriba he dicho, nos metimos en camino, y con mucha priesa dando cargo á los que nos pareció de la pesca para bastecer la compañía porque no se desmandasen, y tomé aviso de los que nos habian traido la nueva, del asiento de la corte, y el lugar donde nuestro capitan estaba preso: y á cabo de tres dias llegamos á diez millas de la corte, y porque por ir de nueva y extraña manera, si se supiese de nuestra ida, pondriamos escándalo, acordóse que no pasásemos adelante hasta que la noche viniese. Y mandamos á ciertos atunes de aquellos que

la triste nueva nos habian traido, se fuesen á la ciudad, y lo mas disimulado que pudiesen, supiesen en qué estaba la cosa y volviesen á nosotros con el aviso, y dellos algunos vinieron dándonos la peor que quisiéramos. La noche venida, fué acordado que la señora capitana con sus hembras, y Melo con ellas con hasta quinientos atunes sin armas, de los mas honrados y viejos, fuesen derecho camino al rey, y como bien sabian, suplicasen al rey hubiese por bien de examinar la justicia de su marido y hermano, y que yo con todos los demas me metiese en una montaña muy espesa de arboledas y grandes rocas, que á dos millas de la ciudad estaba, do el rey algunas veces iba á monte, y allí estuviésemos hasta ver lo que negociaban, los cuales nos avisasen. Luego llegamos al bosque y hallámosle bien proveido de pescados monteses, en el cual nos cebamos, ó por mejor decir hartamos á mucho placer; yo apercebí toda la compañía que estuviese lanza en cuja. La hermosa y buena atuna llegó allá al alba, y luego se fué para palacio con toda su compañía, y esperó gran rato á la puerta hasta que el rey fué levantado, al cual dijeron la venida de aquella dueña, y lo mucho que á los porteros importunaba la dejasen entrar y hablar á su alteza. El rey, que bien sintió á lo que venia, le envió á decir se fuese en hora buena, que no podia oirla. Visto que de palabra no queria oir, fué por escrito, y allí se hizo una peticion bien ordenada de dos letrados que por Licio abogaban, en la cual se le suplicó quisiese admitir así aquel juicio, pues Licio habia apelado para ante su alteza, porque el nuestro buen capitan estaba condenado á muerte por esos señores alcaldes del crímen, y habíase dado esta sentencia el dia de ántes, la cual nosotros supimos de los que dije, diciendo: que su alteza supiese que su marido habia sido acusado con falsedad, y muy injustamente sentenciado, y que su alteza hiciese tornar á examinar su justicia, y que hasta entanto sobreseyese la justicia y ejecucion de la sentencia; estas y otras cosas muy bien dichas fueron en la buena peticion, la cual fué dada á uno de los porteros. Y al tiempo que se la dió la buena capitana, se quitó una cadena de oro que traia con su joyel, y se la dió al portero, y le dijo que se doliese della y de su fatiga y no mirase al galardon tampoco, con muchas lágrimas y tristeza. El portero tomó del la peticion de buena gana y de mejor la cadena, prometiendo hacer su posibilidad, y no fué en vano la promesa, porque leida ante el rey la petition, muchas y buenas cosas se atrevió á decir con su boca llena de oro á su alteza: juntamente con narralle los llantos y angustias que la señora capitana hacia por su marido á la puerta de palacio, que al mal aconsejado rey hizo mover á alguna piedad, y dijo: Vé con esa dueña á los alcaldes del crímen, y diles que sobresean la ejecucion de la sentencia, porque quiero ser informado de ciertas cosas convenientes al negocio del capitan Licio; y con esta ambajada vino muy alegre el portero á la triste pidiéndole albricias de su buen negociar, las cuales de buena gana ella se las ofreció; y luego sin detenerse fueron al aposento de los alcaldes, y quiso su desdicha que yendo por la calle, toparon con don Paver, que así se llamaba el inventor destos nuestros afanes, el cual muy acompañado iba á palacio, mas como vió la dueña y

su capitanía, y supo quien era, y conoció el portero, como astuto y sagaz, sospechó lo que podia ser, y con gran disimulacion llamó al portero, é interrogándole á do iba con aquella compañía, el cual simplemente se lo dijo; y él demostró que le placia dello, siendo al revés, diciendo que se holgaba de lo que el rey hacia, porque al fin Licio era valeroso y no era justo así hacer justicia de él sin bien examinar el negocio : En mi posada quedan los alcaldes que á pedir mi parecer en este negocio venian, y yo iba á hablar al rey sobre ello, y ellos me quedan allí esperando; mas pues traeis despacho, volvamos y decirles heis lo que el rey nuestro señor manda; y yendo llamó á un page suyo, y muy riendo le dijo que fuese á los alcaldes, y les dijese que luego á la hora hiciesen de Licio la justicia que se habia de hacer, porque así convenia al servicio del rey. Y que en la cárcel ó á la puerta della lo justiciasen sin traello por las calles, entretanto que yo detengo este portero. El criado lo hizo así, y llegando á la posada, el traidor metió consigo al portero, y dijo á Melo y á su cuñada que esperasen mientras entraba á hablar á los alcaldes, y que de allí todos irian á la prision de Licio á dalle el parabien de su buena esperanza, y que él queria con ellos ir, mas á esta hora la desventurada fué avisada de la gran traicion, y mayor crueldad del gran capitan. Pues aunque peor voluntad tuviera al buen Licio, mirara á la angustia y lágrimas de la buena capitana su mujer, y fuera mejor aplacallo por este respeto. Y cuando el malaventurado y traidor llamó al page para que fuese á negociar la muerte del buen Licio, quiso Dios que uno de sus criados lo oyó y díjolo á la buena capitana, del cual el mal capitan no se guardó, la cual cuando se lo dijo cayó sin sentido casi muerta sobre el cuello de su cuñado que junto á ella estaba. Melo, como lo oyó, tomó treinta atunes de los que consigo estaban para que con la mayor presteza que pudiesen me diesen aviso del peligro en que el negocio estaba, los cuales como fieles y diligentes amigos se dieron tanta priesa que en breve fuimos sabedores de las tristes nuevas que nos llegaron, dando muy grandes voces : ¡Armas, armas, valientes atunes, que nuestro capitan padece muerte por traicion y astucia del traidor don Paver, contra voluntad y mandado del rey nuestro señor! y en breves palabras nos cuentan todo lo que yo he contado. Hice luego tocar las bocinas, y mis atunes fueron juntos con sus bocas armadas, á los cuales yo hice una bravísima habla, dándoles cuenta de lo contado, por tanto que como buenos y esforzados mostrasen sus ánimos á los enemigos socorriendo á su señor en tan extrema necesidad, y ellos respondieron todos que estaban prestos á seguirme y hacer en el caso su deber. Acabada su respuesta, luego comenzamos á caminar para allá : quien viera á esta hora á Lázaro atun delante de los suyos haciendo el oficio de esforzado capitan, animándolos y esforzándolos sin haberlo jamas usado; excepto pregonando los vinos que hacia casi lo mismo, incitando los bebedores, diciendo : ¡Aquí, aquí, señores, que aquí se vende lo bueno! y no hay tal maestro como la necesidad. Pues desta suerte, á mi parecer, en menos de un cuarto de hora entramos en la ciudad y andando por las calles con tal ímpetu y furor que me parece á aquella sazon lo quisiera

haber con un rey de Francia, y puse á mi lado los que mejor sabian la ciudad para que nos guiasen do el sin culpa estaba, por el mas breve camino.

CAPITULO IX.

Que contiene como Lázaro libró de la muerte á Licio su amigo, y de lo que mas por él hizo.

Yendo nosotros con el furor y velocidad que tengo dicho, dimos con nosotros en una gran plaza que ante la torre de la prision estaba; mas nunca á mi pesar socorro entró ni llegó á tan buen tiempo, ni aquel buen Cipion Africano socorrió á su patria, que casi del todo estaba ocupada del gran Anibal, como nosotros corrimos al buen Licio. Finalmente que el mensagero que el traidor envió supo tanbien negociar, y los señores jueces que así mismo holgaron de contentar aquel, aunque malo, gran señor y privado del rey, porque otro dia le dijese que tenia muy buena justicia, y que los que la ejecutaban eran muy suficientes, y así les ayude Dios, que cuando llegamos tenian al nuestro Licio sobre un repostero, y á la hermosa su mujer con él dándole la postrer hocicada que por grandes ruegos la dejaron llegar, muy sin esperanza ella y Melo de nuestro velocísimo socorro. Estaban en torno de la plaza y por las bocas de las calles que á ella venian mas de cincuenta mil atunes de la compañía del mal gran capitan, á los cuales habia dado la guarda del buen Licio. El ejecutivo verdugo estaba dando gran prisa á la señora capitana se apartase de allí y le dejase hacer su oficio, el cual tenia en su boca una muy gruesa y aguda espina de ballena del largo de un brazo para metelle por las agallas á nuestro muy gran capitan, que así mueren los que son hijosdalgo. Y la triste hembra muy á su pesar dando lugar á aquel verdugo con grandes lloros y gemidos que ella y su compañía daban; ya el buen Licio se tendia para esperar la muerte, y cerrando para siempre sus ojos por no verla, ya que al verdugo como es costumbre le habia pedido perdon. Y llegándose á él, le andaba tentando el lugar ó la parte por donde habia de herir para mas presto dejalle sin vida, cuando Lázaro atun habia hendido con su compañía por medio de los malos guardadores, derribando y matando cuantos delante del se ponian con su toledana espada, y llegó á buen tiempo; al cual se debe creer que lo trujo Dios que quiere socorrer á los buenos en tiempo de mas necesidad; pues llegando al lugar que digo, y visto el duro peligro en que el amigo estaba, dí una gran voz, como las que solia dar en Zocodover; ántes que llegase el verdugo á hacer su deber, yo le dije: ¡Vil gurrea, ten, ten tu mano, sino morirás por ello! Fué mi voz tan espantosa y puso tanto temor, que no solo al cegoñino, mas á los demas que allí estaban, dió espanto, y no es de maravillar por qué, de verdad, á la boca del infierno que tal voz sonara, espantara á los espantosos demonios, que fuera parte

que me rindieran las atormentadas ánimas. El verdugo atónito de me oir y espantado de ver el velocísimo ejército que en mi seguimiento venia, esgrimiendo mi espada á una y otra parte por ponelle mas miedo y dalle materia en que ocupase la vista, me esperó; mas como yo llegué parecióme asegurar el campo, y dí al pecador que matarle queria una estocada por el testuz, por do cayó luego muerto al lado del que nada desto veia, aunque animoso y esforzado pece; la tristeza y pesar de verse tan injusta malamente morir le tenia á esta sazon fuera de su acuerdo, y cuando así le ví estar pensé si por desdicha mia habia acaecido, ántes que yo llegase, que el miedo le hubiese muerto, y con esto apresuradamente llegué á él llamándole por su nombre, y á las voces que le dí levantó un poco la cabeza y abrió los ojos, y como me vió y conoció, como si de la muerte resucitara, se levantó, y sin mirar nada de lo que pasaba se vino á mí, y yo le recibí con el mayor gozo y alegria que jamas ni despues hube, diciéndole: Mi buen señor, quien en tal estrecho os puso, no os debe amar como yo. ¡Ay, mi buen amigo, me respondió, cuán bien me habeis pagado lo poco que me debíades! ¡Plega á Dios me dé lugar para os pagar lo mucho que hoy vuestro deudor me habeis hecho! No es tiempo, mi señor, le respondí, destas ofertas, do tanta voluntad de todas partes sobra, mas entendamos en lo que conviene, pues ya veis lo que pasa; metí mi espada entre el cuello y cortéle un cabo de guindaleta con que estaba atado. Como fué suelto, tomó una espada á uno de nuestra compañía, y fuímos á su hembra, y Melo y los otros que con él estaban, que á esta hora atónitos y fuera de sí estaban de ver lo que vian; mas tornados en sí comienzan á darme gracias de la buena ventura. Señores, yo les dije, habéislo hecho vosotros como buenos; yo de aquí adelante y mientras tuviere vida, haré lo que pueda en vuestro servicio y de Licio mi señor, y porque no hay tiempo de hablar mi hecho, mas de hacer algo, entendamos en ello, y sea que vosotros, señores, no os aparteis de nosotros, porque venís desarmados y no recibais daño; y vos, señor Melo, tomá una arma, y cien atunes de vuestra escuadra con sus armas, y no entendais en otra cosa mas que en seguirnos, y mirá por vuestra hermana y esas otras hembras, porque nosotros llevamos acá los negocios y la victoria, y hayamos venganza de quien tanta tristeza y trabajo nos ha dado. Melo hizo como yo le rogué, aunque conocí del quisiera emplearse á mas peligro; yo y el buen Licio nos tuvimos, y nos metimos entre los nuestros que andaban tan bravos y ejecutivos que pienso tenian muertos mas de treinta mil atunes, y como nos vieron entre sí, y conocieron su capitan, nadie puede contar el alegría que sintieron; allí el buen Licio, haciendo maravillas con su espada y persona, mostraba á los enemigos la mala voluntad que en ellos habia conocido, matando y derribando á diestro y siniestro cuantos ante sí hallaba; mas á esta hora ellos iban tan mal trechos y desbaratados, que ninguno dellos entendia sino en huir y esconderse, y meterse por aquellas casas sin hacer defensa alguna mas de la que las flacas ovejas suelen hacer á los bravos y carniceros lobos.

CAPITULO X.

Como recojiendo Lázaro todos los atunes, entraron en casa del traidor de don Paver y allí le mataron.

Visto esto mandamos tocar las bocinas, porque los nuestros, que derramados andaban, se juntasen, al son de las cuales todos fueron juntos, y en ellos se renovó la demasiada alegría de ver á su buen capitan vivo y sano, y la victoria que de nuestros adversarios habiamos habido, porque pareció milagro, y por tal se debe tener, que casi todos los que murieron eran criados y paniguados del malo don Paver, á los cuales habia dado la guarda del buen Licio por la gran confianza que dellos tenia. Y todos ellos deseaban haber hecho en él lo que nosotros hecimos en ellos; cosa muy acaecedera que cuando el señor es malo, los criados procuran serlo con él, y al revés, cuando el señor es piadoso, manso y bueno, los criados le procuran imitar, ser buenos y virtuosos, y amigos de justicia y paz, sin las cuales dos cosas no se puede el mundo sustentar. Pues tornando á nuestro negocio, visto que no teniamos con quien pelear, el buen Licio y todos á grandes voces me dijeron y qué me parecia se debia hacer, que todos estaban aparejados á seguir mi consejo y parecer, pues habia de ser el mas acertado. Pues mi voto quereis, valerosos señores y esforzados amigos y compañeros, les respondí, á mí me parece, pues Dios nos ha guardado en lo principal, así hará en lo accesorio, que tengo creido que esta victoria y buena andanza nos lo ha dado para que seamos ministros de justicia, pues sabemos que á los malos desama y castiga. El mayor de los que tantas muertes ha causado, no seria justo quedase con la vida, pues sabemos que la ha de emplear en maldades y traiciones; por tanto, si así, señor Licio, os parece, vamos á él y hagamos en él lo que en vos hacer quiso, que siempre oí decir de los enemigos los menos: que muchos grandes hechos se han perdido juntamente con los hacedores dellos por no saber dalles cabo; sino pregúntese al gran Pompeyo y á otros muchos que han hecho lo que él, mayormente que la ocasion no todas veces se halla. Y como libraremos por lo hecho, libraremos por lo que está por hacer. Todos á grandes voces dijeron ser muy bien acordado, y que ántes que se escapase diésemos sobre él. Con este acuerdo con muy buena ordenanza y con toda presteza llegamos á la posada del traidor, al cual á aquella hora le habian llegado las tristes nuevas de la libertad de nuestro buen capitan y de la gran matanza de los suyos. A esta sazon se le debia doblar el pesar cuando le entrasen á decir como le tenian cercado la casa y mataban á cuantos se defendian, y la cruel y espantosa y nunca oida manera de nuestro pelear; él era de suyo cobarde, y es Dios testigo que no se lo levanto, ni lo digo por quererlo mal, mas porque así lo ví y conocí; y como viese esto debíase encobardar mas, porque en pusilánimes es muy acaecedero, y lo contrario en los animosos. Y así se dió tan

mala maña, que ni en escaparse ni en defenderse entendió : la casa cerrada, Licio adelante y yo á su lado, entramos dentro con harta poca resistencia, do le hallamos casi tan muerto como le dejamos; con todo quiso hasta su fin usar de su oficio, no de capitan, mas de traidor disimulado, porque como así nos vió ir para él, con una vocecita y falsa risita, haciendo del alegre nos dijo : Buenos amigos, ¿qué buena venida es esta? Enemigo le respondió Licio, á daros el pago de vuestro trabajo, y como quien tenia delante la gran afrenta y peligro en que puesto le habia, no curó con él de mas pláticas sino juntársele y meterle la espada tres ó cuatro veces por el cuerpo; yo no le quise ayudar ni consentir que nadie lo hiciese por no haber dello necesidad y tambien porque así convenia hacerse á la honra de Licio; por manera que apocado y cobardemente feneció el traidor don Paver, como él y los de sus costumbres suelen. Salimos de su casa sin consentir que se hiciese algun daño, aunque hartos de los nuestros deseaban saquealla, en la cual habia bien de que trabar, porque aunque malo, no necio, ni tan fiel como se cuenta de Scipion, que siendo acusado por otros no tales como él, haber habido grandes intereses de la guerra de Africa, mostrando en su cuerpo muchas heridas, juró á sus dioses no le haber quedado otras ganancias de las dichas guerras, las cuales heridas ni juramento no pudiera mostrar ni hacer el malo de nuestro adversario, porque siempre en la guerra lo mas de lo que en ella ganaba se llevaba y lo mejor. Y con lo menos acudia al rey, y así era muy rico, y tenia muy sano y entero el pellejo, que bien pienso yo que hasta el dia que murió no se le habian rompido, porque él se guardaba de hallarse en las batallas en lugar de peligro, sino á ver de léjos en que paraba la cosa, á manera de muy cuerdo capitan. Y digo que porque no se pensase de nosotros codicia, mas de que viesen que de sus males y no de los bienes lo quisimos despojar, no se tocó en cosa alguna. A esta hora todos los atunes que en la corte estaban y los mas peces que en ella se hallaron naturales y extrangeros recorrieron á palacio; la vuelta fué tan grande, y el ruido y voces tan espantoso, que el rey en su retraimiento lo oyó, y preguntando la causa, le dijeron todo lo pasado, de que se espantó y alteró en gran manera, y como cuerdo parecióle : que Dios te guarde de piedra y dardo, y de atun denodado : determinó por entónces no salir al ruido, y asimismo mandó que nadie saliese de palacio, mas que allí se hiciesen fuertes hasta ver la intencion de Licio. Y así sé yo que bien estarian en el real palacio y delante de él mas de quinientos mil atunes, sin otros muchos géneros de pescados que en la corte á sus negocios asistian; mas á mi ver, si la cosa hubiera de pasar adelante, tan poca defensa pienso tuvieran como otros : mas Dios nos guarde que tu ley y á tu rey guardarás. Dejáronnos solos en la ciudad, y todos desampararon sus casas y haciendas, no se teniendo en ellas por seguros; y los que no se iban al real palacio salíanse huyendo al campo y lugares apartados, por manera que se podrá decir : dependen ciento de un malo, pues por aquel malo padecieron y fueron muertos y amedrentados muchos que por ventura no tenian culpa. Mandamos pregonar que ninguno de los nuestros fuese osado de entrar en ninguna

casa, ni tomar un caracol que ageno fuese, sopena de muerte, y así se hizo.

CAPITULO XI.

Como, pasado el alboroto del capitan Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harian, y como enviaron su embajada al rey de los atunes.

Esto pasado entramos en nuestro consejo para ver lo que haríamos; algunos hubo que dijeron ser bien volvernos á nuestro alojamiento y hacernos fuertes en él, ó contratar amistad y confederacion con solos los que al presente teníamos por enemigos, y con vernos airados, y ver nuestro gran poder, holgarian de nuestra amistad y nos darian favor : el parecer del bueno y muy leal Licio no fué este, diciendo que si esto se hiciese que haríamos verdad la enemistad y mentira de nuestro enemigo, haciéndonos fugitivos y dejando nuestro rey y naturaleza, mas que era mejor hacerlo saber al rey nuestro señor. Y que si su alteza fuese bien informado de la mucha causa que hubo para lo hecho, mayormente aquella postrera y mas peligrosa traicion del traidor ser contra la voluntad y mando de su alteza, pues queriendo sobreseer el negocio como su alteza enviaba á mandar con el portero al alcalde, usó de mandado para que su maldad y no el querer del rey su señor fuese cumplido. Y que visto esto por su alteza y que no habia sido desacato ni atrevimiento á su real corona lo hecho, sino servicio á su justicia debido; con este parecer nos arrimamos los mas cuerdos. Pues en este consejo acordamos enviarle con quien bien lo supiese á decir; sobre quien habia de hacer esto tuvimos diversos pareceres, porque unos decian que fuesen todos y le suplicasen se parase á una *finiestra* (1) á oir; otros dijeron que parecia desacato y era mejor ir diez ó doce de nos; otros dijeron que como estaba enojado no se desenojase en ellos; de manera que estábamos en la duda de los ratones, cuando pareciéndoles ser bien que el gato trajese al pescuezo un cascabel, contendian sobre quien se lo iria á colgar; á la fin la sábia capitana dió mejor parecer, y dijo á su varon que si servido fuese, que ella sola con diez doncellas se queria aventurar á hacer aquella embajada, y le parecia se acertaba el negocio; lo uno, porque contra ella y sus flacas servidoras no se habia el real poder de mostrar, lo otro porque ella por librar á su marido de muerte tenia menos culpa que todos, y lo demas porque pensaba sabello tan bien decir, que ántes le aplacase que indignase : á nuestro capitan le pareció bien, y á todos nosotros no mal. Y ella, apartando consigo á la hermosa Luna, que así se llamaba la hermosa atuna su hermana de quien ya dijimos, y con ellas otras nueve las mejores de hocicos y muy bien dispuestas, se fué á palacio, y llegando á las guardas les dijeron hiciesen saber al rey como la hembra de Licio su

(1) Ventana.

capitan le queria hablar, y que su alteza le diese á ello lugar, porque convenia mucho á su real servicio, y para evitar escándalos, y pacificar su corte y reino, y que por ninguna via la dejase de oir, y que si lo hiciese haria justicia, porque ella y su marido y los que con él estaban lo pedian y querian fuese bien castigado el culpado, y que si su alteza no la queria oir, que desde allí su marido Licio ponia á Dios por testigo de inocencia y lealtad, para que en ningun tiempo fuese juzgado por desleal. Y de todo esto y lo demás que habia de decir y hacer la señora capitana iba bien informada, y ella que sabia muy bien hablar; llegada al rey esta nueva, aunque muy airado estaba, mandó que le diesen lugar y entrase segura. Y puesta ante él haciendo el acatamiento, antes que comenzase su habla, el rey le dijo: ¿Paréceos, dueña, que le ha salido á vuestro marido buena obra de entre las alas? Señor, dijo ella, vuestra alteza sea servido de oirme hasta dar fin á mi habla, y despues mande lo que servido fuere, y cumplirse há todo lo mandado por vuestra alteza, sin faltar un punto. El rey dijo que dijese, aunque tiempo de mas reposo era menester para oirla. La discreta señora, cuerda y muy atentadamente, en presencia de muchos grandes que con él estaban, los cuales á aquella sazon debian de estar bien pequeños, comenzando del comienzo, muy por extenso dió cuenta al rey de todo lo que hemos contado, contando y afirmando ser así verdad, y si un punto dello saliese en todo lo que decia, fuese de ella cruel justicia hecha, como de inventora de falsedad ante la real presencia, y asimismo Licio su marido y sus valedores fuesen sin dilacion justiciados. El rey le respondió: Dueña, yo estoy al presente tan alterado de ver y oir lo que se ha hecho; por ahora no os respondo mas de que os volvais para vuestro marido, y decille heis si le parece estalle bien que levante el cerco que sobre mí tiene, y deje á los vecinos deste pueblo sus moradas, y mañana volvereis acá y daráse parte del negocio á los de mi consejo y hacerse ha lo que fuere justicia. La señora capitana, aunque desta repuesta no llevaba minuta, no le quedó en el tintero la buena y conveniente respuesta, y dijo al rey: Señor, mi marido ni los que con él vienen no tienen cerco sobre vuestra real persona, y asimismo él ni nadie de su compañía en casa alguna ha entrado sino en la de don Paver. Y así los vecinos y moradores de aquí no se quejarán con razon que en sus casas les han hecho menos una toca, y si estan en el pueblo es esperando lo que vuestra alteza les manda hacer, y para esto es mi venida: y no quiera Dios que en Licio ni en los que con él vienen haya otro pensamiento, porque todos son buenos y leales. Dueña, dijo el rey, por agora no hay mas que responder. Ella y sus dueñas, haciendo su debida mesura con gentil continente y reposo, se volvió á nosotros: y sabida la voluntad del rey, á la hora salimos de la ciudad con muy buena ordenanza, y nos metimos en el monte, mas no muy muertos de hambre, porque dimos en nuestros enemigos muertos, y aun mandamos llevar á los desarmados bastimentos para los nuestros tres ó cuatro dias con quedar tanto, que tuvo toda la ciudad y corte hartazgo; y mal pecado no rogasen á Dios que cada ocho dias echase allí otro tal nublado guardando al que rogaba; la

ciudad desembarazada de los nuestros, los moradores de ella cada cual se fué á su posada, las cuales hallaron como las dejaron, y el rey mandó que le trujesen lo que en la posada del muerto gran capitan hallasen; y fué tanto y tan bueno, que no habia rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, y aun fué esto harta parte para que el rey diese crédito á sus maldades, por parecelle no podia tener lo que se halló con justo título, sino habido mal y cautelosamente, y hurtándoselo á él. Despues de esto entró en su consejo, y como quiera que á do hay malos, alguna vez se halla algun bueno, debiéronle decir que si era así como la parte de Licio decia, no habia sido muy culpado en su hecho, mayormente pues su alteza habia mandado no hiciesen de él al presente justicia hasta ser bien informado de su culpa; junto con esto el portero que el mandato llevó declaró la cautela que el cauteloso con él habia usado, y como le metió en su posada y engañó, diciendo estar ahí los jueces, y como no lo dejó salir de ella, y la diligencia que hizo allí, y los alcaldes ante el rey dijeron como era verdad que el capitan general les habia enviado á decir que su alteza les mandaba que luego á la hora hiciesen la justicia, y por dar en ello mas brevedad no le trujesen, como se suele hacer, por las acostumbradas calles, y que ellos, creyendo que aquel fuese el mandado de su alteza, lo habian mandado degollar. Por manera que el rey conoció la gran culpa de su capitan, y fué cayendo en la cuenta, y cuanto mas en ello miraba, mas se manifestaba la verdad.

CAPITULO XII.

Como la señora capitana volvió otra vez al rey, y de la buena respuesta que trajo.

Así estuvimos aquel dia y la noche en el monte no muy descansados, y otro dia la señora capitana con su compañía tornó á palacio, y por evitar prolijidad el señor nuestro rey estaba ya harto mas desenojado, y la recibió muy bien diciendo: Buena dueña, si todos mis vasallos tuviesen tan cuerdas y sábias hembras, por ventura en sus bienes y honras aumentarian, y yo me ternia por bien andante. Digo esto porque en verdad, viendo vuestra cordura y sábias razones, habeis aplacado mi enojo y librado á vuestro marido y sus secuaces de mi ira y desgracia, y porque de ayer acá yo estoy informado mejor que estaba; decidle que sobre mi palabra venga á esta corte seguro él y toda su compañía y amigos, y por evitar escándalos por el presente le mando tenga su posada por cárcel hasta que yo mande otra cosa, y vos visitadnos á menudo, porque huelgo mucho en ver y oir vuestro buen concierto y razonamiento. La señora capitana le besó la cola dándole gracias de tan crecidas mercedes como muy bien supo; y así se volvió á nos con muy alegre respuesta, aunque algunos les pareció no lo debíamos hacer, diciendo ser mañosamente hecho para cogernos. A la fin como leales acordamos de cumplir el

mandado de nuestro rey, y ahincando sobre una prenda que eran nuestras bocas, en las cuales confiábamos cuando nuestra lealtad no nos valiese. Luego movimos para la ciudad y entramos en ella acompañados de muchos amigos, que entónces se nos mostraban con ver nuestro hecho bien hilado. Y ántes de esto no se osaban declarar por tales, conforme al dicho del sábio antiguo que dice así: cuando fortuna vuelve enviando algunas adversidades, espanta á los amigos que son fugitivos, mas la adversidad declara quien ama ó quien no. Fuimos á posar á un cabo de la ciudad, lo mas despoblado y sin embarazo que hallamos, donde estaban hartas casas sin moradores de los que nosotros sin vida hecimos; allí aposentamos lo mas congregado que pudimos, y mandamos que no saliese á la ciudad ninguno de nuestra capitanía, por parecer se hacia cumplidamente lo que su alteza mandó. En este medio la señora capitana visitaba cada dia al rey, con la cual él trabó mucha amistad, mas de lo que yo quisiera, aunque todo, segun pareció, fué agua limpia, pagando la hermosa Luna con su inocente sangre, gentil y no tocado cuerpo. Porque como ella iba con su hermana á aquellas estaciones, y como suelen decir, de tales romerías tales veneras, el rey se pagó de ella tanto que procuró con su voluntad haber su amor, y bien creo yo la hermosa Luna no lo hizo con consejo y parecer de su hermana, y así fué de ello sabedor el buen Licio, porque casi me lo declaró pidiéndome mi parecer; yo le dije me parecia no ser mucho yerro, mayormente que seria gran parte y el todo de nuestra deliberacion. Y así fué que la señora Luna privó tanto con su alteza, y él fué de ella tan pagado que á los ocho dias de su real ayuntamiento pidió lo que pidió y fuimos todos perdonados. El rey alzó el carcelage á su cuñado, mandó que todos fuésemos á palacio, Licio besó la cola del rey, y él se la dió de buena gana, y yo hice lo mismo, aunque de mala gana en cuanto hombre por ser el beso en tal lugar. Y el rey nos dijo: Capitan, yo he sido informado de vuestra lealtad, y de la poca de vuestro contrario; por tanto desde hoy sois perdonado vos y todos los de vuestra compañía, amigos y valedores que en el caso pasado os dieron favor y ayuda, y para que de aquí adelante asistais en nuestra corte, os hago merced de las casas y de lo que en ellas está, del que permitió Dios las perdiese y la vida con ellas, y os hago merced del mismo oficio que él tenia de nuestro capitan general, y de hoy mas lo ejerced y usad como sé que bien sabeis hacer. Todos nos humillamos ante él, y Licio le tornó á besar la cola, rindiéndole grandes loores por tantas mercedes, diciendo que confiaba en Dios le haria con el cargo tales y tan leales servicios que su alteza tuviese por bien habérselas hecho. Aquel dia fué informado el rey nuestro señor del pobre Lázaro atun, aunque á esta sazon estaba tan rico y alegre de verlos ser amigos que me parece jamas haber habido tal alegria. El rey me preguntó muchas cosas y en los de las armas como habia hallado la invencion de ellas, y á todo le respondí lo mejor que supe. Finalmente se holgó y preguntó con qué número de peces pensaria pelear con los armados que traimos; yo le respondí: Señor, sacada la ballena, á todo el mar junto osaré esperar y pensaré ofender. Espantóse de esto y díjome que holgaria si hiciésemos una mues-

tra ante él por ver el modo que teníamos en pelear; acordóse que el dia siguiente se hiciese, y que él saldria al campo á verlos. Y así fué que Licio, nuestro general, y yo y los demas salimos con todos los armados de nuestra compañía, y ordené aquel dia una buena invencion, aunque acá los soldados la usan: hícelos poner en ordenanza, y así pasamos ante su alteza, y hecimos nuestro caracol, y aunque el coronel Villalva y sus contemporáneos lo debian hacer mejor, y con mejor concierto, á lo menos para el mar, y como no habian visto estar ordenados escuadrones, parecióles á los que los veian maravillosa cosa: despues hice un escuadron de toda la gente, poniendo los mejores y mas armados en las primeras hileras; y hice á Melo que con todos los desarmados, y con otros treinta mil atunes saliesen á escaramuzar con nosotros, los cuales nos cercaron de todas partes, y nosotros muy en órden, nuestro escuadron bien cerrado, comenzamos á defendernos y herir y ofenderlos, de manera que no bastara todo el mar á entrarnos. El rey vió que yo habia dicho verdad, y que de aquel modo no podiamos ser ofendidos, y llamó á Licio y le dijo: Maravillosa manera se da este vuestro amigo en las armas; paréceme es esta manera de pelear para señorear todo el mar. Sepa vuestra alteza que es así verdad, le dijo el capitan general, y cuanto á la buena industria del extraño atun mi buen amigo, no puedo creer sino que de Dios viene, y que lo ha acarreado en estas partes para gran pró é honra de vuestra alteza, y aumento de sus reinos y tierra; crea vuestra grandeza que lo menos que en él hay es esto, porque son tantas y tan excelentes las partes que tiene, que nadie basta á las decir: el mas cuerdo y sábio atun que hay en el mar, virtuoso y honrado, y el atun de mas verdad y fidelidad, el mas gracioso y de buenas maneras es que yo jamas he oido decir; finalmente no tiene cosa de echar á mal, y vuestra alteza piense que no me hace decir esto la voluntad que le tengo, sino la mucha verdad que en decillo digo. Por cierto mucho debe á Dios, dijo el rey, un atun que así con él partió sus dones, y pues me decís ser tal, justo es le hagamos houra, pues á nuestra corte ha venido; sabed de él si querrá quedar con nos, y rogádselo mucho de vuestra parte y de la mia, que podrá ser no se arrepienta de nuestra compañía.

CAPITULO XIII.

Como Lázaro asentó con el rey y como fué muy su privado.

Pasado esto, el general tomó cargo de me lo decir, y el rey se volvió muy contento á la ciudad, y nosotros tambien; despues el capitan me habló diciendo lo que con el rey habia pasado, y como deseaba que le sirviese, y todo lo demas. Finalmente, yo fuí rogado; y mucho á mi honra hice mi asiento. Veis aqui vuestro pregonero de cuantos vinateros en Toledo habia, hecho el mayor de la casa real, dándome cargo de la

gobernacion de ella, y andaos á decir donaires. Di gracias á Dios, porque mis cosas iban bien en mejor, y procuré servir á mi rey con toda diligencia, y en pocos dias casi lo era yo; porque ningun negocio de mucha ó poca calidad se despachaba sino por mi mano, y como yo queria. Con todo esto no dejé sin castigo á los que lo merecian, y por mis mañas supe cómo y de qué manera la sentencia de Licio se habia dado tan injustamente, aunque al presente el rey habia puesto silencio en el caso, por ser el capitan pece de calidad y muy emparentado; de que me ví en alto presumí de repicar las campanas, y dije al rey que aquel habia sido un caso feo, y no digno de disimularse, porque era abrir puerta á la justicia; por tanto que á su servicio cumplia fuesen castigados los que tuviesen culpa. Cometiólo su alteza á mí como todo lo demas, y yo los cometí de tal suerte, que hice prender todos los falsarios que muy descuidados estaban, y puestos á cuestion de tormento, confesaron haber jurado falso en dichos y condenacion que al buen Licio se hizo. Preguntándoles porqué lo hicieron, ó qué les dió el mal capitan general porque lo hiciesen, respondieron no les haber dado ni prometido, ni eran sus amigos ni servidores. ¡Oh desalmados pecadores ó litigantes, y hombres que os quejais que vuestro contrario hace mala probanza con número de testigos falsos que tiene grangeados para sus menesteres, venid, venid al mar, y vereis la poca razon que teneis de os quejar en la tierra; porque si ese vuestro adversario presentó testigos falsos, y les dió algo por ello, ó lo premetió, y ser ántes sus amigos, por quien el otro dia hacia otro tanto! ¡mas á estos infieles peces, ni promesa, ni galardon, ni amistad lo hace hacer, y así son mas de culpar y dignos de gran castigo! y así fueron ahorcados. Supe mas, el escribano ante quien pasaba la causa, ningun escrito que por parte de Licio se presentó, ni auto que en su defensa hiciesen, admitia ni queria recibir. ¡Oh desvergüenza, dije yo, y como se sufriria en la tierra! Por cierto, ya que el escribano no fuese favorable, hiciera lo demas honestamente tomando las escrituras, y despues las pusiera en el proceso, mas no las hiciera perdedizas; mas ese otro hecho es el diablo: y asimismo se hizo de él justicia. Súpose como no fué agua limpia la mucha brevedad que se tuvo en sentencialle, y yo culpé mucho á los ministros, diciéndoles: Un pleito de dos pajas no lo determinaré en un año, ni en diez, ni aun en veinte, y la vida y honra de un noble pece deshaceis en una hora. Diéronme no sé qué excusas, las cuales no les excusáran de pena, sino que el rey mandó expresamente hubiese con ellos disimulacion por lo que tocaba al real oficio, y así lo hice, mas bien sentia habia andado en medio de ellos y del mal general, el generoso y gracioso brazo que es el que suele bajar los montes y subir los valles, y adonde esto entra todo lo corrompe; por la cual causa el rey de Persia dió un cruel castigo á un mal juez, haciéndole desollar, y teniendo tendida la piel en la silla judicial, hizo sentar en ella á un hijo del mal juez; y así el rey bárbaro proveyó por maravillosa y nueva forma, que ningun juez dende adelante no fuese corrompido. En este propósito decia el otro que do aficion reina, la razon no es entendida, y que el buen legista pocas cosas puede cometer á los jueces, mas determinallas por

leyes, porque los jueces muchas veces son pervertidos, ó por amor, ó por odio, ó por dádivas; por lo cual son inducidos á dar muy injustas sentencias, y por tanto dice la escritura: « Juez, no tomes dones que ciegan á los prudentes, y tornan al revés las palabras de los justos. » Esto aprendí de aquel mi buen ciego, y todo lo demás que sé en leyes, que cierto sabia, segun él decia, mas que Bártolo y que Séneca en doctrina, mas por hacer lo que tengo dicho que el rey me mandó, pasé por ello harto á mi pesar. En tanto que esto pasaba, el general por mando del rey habia ido con grande ejército á hacer guerra á los sollos, los cuales pronto venció poniendo su rey de ellos en sujecion, y quedó obligado á darle cada un año larga párias, entre las cuales daban cien sollas vírgenes y cien sollos, los cuales por ser de preciado sabor el rey comia, y las sollas tenia para su pasatiempo. Y despues nuestro gran capitan fué sobre las toñinas, y las venció y puso bajo nuestro poderío. Creció tanto el número de los armados y pujanza de nuestro campo que teníamos sujetos muchos géneros de pescados, los cuales todos contribuian y daban párias, como hemos dicho á nuestro rey. Nuestro gran capitan, no contento con las victorias pasadas, armó contra los cocodrilos, que son unos peces fierísimos, y viven á tiempo en tierra, y á tiempo en el agua, y hubo con ellos muchas batallas campales, y aunque algunas perdió, de las mas salió con victoria; mas no era maravilla perder algunas, porque, como dije, estos animales son muy feroces, grandes de cuerpo, tienen dientes y colmillos, con los cuales despedazan cuantos se topan delante, y con toda su ferocidad los nuestros los hubieran desbaratado muchas veces, sino que cuando se veian de los nuestros muy apremiados, dejaban el agua é íbanse en tierra, y así escapaban; y al fin el buen Licio los dejó con haber hecho en ellos grande matanza, y él asimismo recibió gran daño, y perdió al buen Melo su hermano, que fué para el ejército harta tristeza: mas como muriese como bueno fuénos consuelo, porque se averiguó que ántes que lo matasen, mató con su persona y con su buena espada (de la cual era muy diestro) mas de mil cocodrilos, y aun no lo matáran, sino que yendo ellos huyendo á tierra y él tras ellos en el alcance, no mirando el peligro, dió en tierra, y allí encalló, y como no le pudieron los suyos socorrer, los enemigos le hicieron pedazos. Finalmente, el buen Licio vino de la guerra el mas estimado pece que habia vivido en agua del mar estos diez años, trayendo grandes riquezas y despojos, con los cuales enteramente acudió al rey sin tomar para sí cosa alguna. Su alteza lo recibió con aquel amor que era justo á pece que tanto le habia servido y honrado, y partió con él muy largo, hizo mercedes muy cumplidas á los que le habian seguido, por manera que todos quedaron contentos y pagados. El rey por mostrar favor á Licio puso luto por Melo, y lo trujo ocho dias, y todos lo trujimos, porque sepa vuestra merced el luto que se pone entre estos animales cuando tienen tristeza, que en señal de luto y pasion no hablan, sino por señas han de pedir lo que quieren. Y esta es la forma que entre ellos se tiene cuando muere el marido ó la mujer ó hijo, ó principal persona valerosa, y guárdase en tanta manera que se tenia por gran ignominia, y la mayor del mar, si trayendo luto hablasen, hasta tanto

que el rey se lo enviase á mandar al apasionado, que le mandaba que alce el llanto y entónces hablan como de ántes. Yo supe entre ellos que por muerte de una dama, que un varon tenia por amiga, puso luto en su tierra que duró diez años, y no fué el rey bastante á se lo hacer quitar, porque todas las veces que se lo enviaba á decir que lo quitase, le enviaba á suplicar le mandase matar, mas que quitallo era por demas; y contáonme otra cosa de que gusté mucho, que viendo los suyos tan gran silencio, unos á un mes, otros á un año, otros á dos, cada uno segun tenia la gana de hablar, se le fueron todos, que un atun no le quedó, y con esto le duró tanto el luto, que aunque quisiera quitallo no tuviera con qué. Cuando esto me contaban, pasaba yo por la memoria unos hombres parlones que yo conocia en el mundo, que jamas cerraban la boca, ni dejaban hablar á nadie que con ellos estuviese; sino un cuento acabado, y otro comenzado, y hartas veces, porque no les tomasen la mano, los dejaban á medio tiempo, tornaban á otro, y hasta venir la noche que los despartiese como batalla, no hubiésedes miedo que ellos acabasen; y lo peor que no ven ellos cuán molestos son á Dios y al mundo, y aun pienso que al diablo, porque de parte de ser sábio huiria de estos necios, pues cada semejante quiere á su semejante: vasallos de estos barones los vea yo, y que se les muera la amiga porque me vengue de ellos.

CAPITULO XIV.

Como el rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento.

Pues tornando á nuestro negocio, y siendo pasado el luto y tristeza que todos tuvimos por la muerte de Melo, el rey mandó con gran diligencia se entendiese en rehacer el número de los armados y en buscar armas donde se hallasen, y así se hizo. En este tiempo pareció á su alteza ser bien casarme, y comunicólo con el buen Licio, al cual dió el cargo del negocio, y él se quisiera eximir de ello segun que del supe: mas por complacer al rey no osó hacer otra cosa. Y díjomelo con alguna vergüenza diciendo: que él via yo merecer mas honra segun la mucha mia; mas que el rey le habia mandado expresamente que él fuese el casamentero. Finalmente dan la ya no tan hermosa ni tan entera Luna por mia. En dicha me cabe (dije entre mí); para jugador de pelota no valdria un clavo, pues maldito el voleo alcancé sino de segundo bote, y aun plega á Dios no sea de mas, con todo á subir acierto: razon es de arcipreste á rey haber salto. Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieran á un príncipe, con un vizcondado que con ella el rey me dió, que á tenerlo en tierra me valiera algo mas que en la mar; al fin del extremo atun subí mi nombre á su señoría, á pesar de gallegos. Desta manera se estaba mi señoría triunfando la vida,

y con mi buena y nueva Luna muy bien casado, y muy mejor con mi rey, y no descuidándome de su servicio, pensando siempre como le daria placer y provecho, pues le debia tanto, y con esto en ningun tiempo y lugar lo via que no se lo alegase, fuese como fuese, y diese do diese, guardándome mucho de decirle cosa que le diese pena y enojo, teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades. Acordéme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calístenes por se las decir, y con esto nada me sucedia mal, tenia á grandes y pequeños tan somano que en tanto tenian mi amistad como la del rey. En este tiempo, pareciéndome conformar el estado del mar con el de la tierra, dí aviso al rey diciéndole seria bien, pues tiene el trabajo, que tuviese el provecho, y era que hasta entonces la corona real no tenia otras rentas sino solamente de treinta partes la una de todo lo que se vendia, y cuando tenia guerra justa y conveniente á su reino, dábanle los peces necesarios para ella, y pagábanselos, y solos diez pescados para su plato cada dia; yo le impuse en que le pechasen todos cada uno un tanto, y que fuesen los derechos como en la tierra, y que le diesen para su plato cincuenta peces cada dia. Puse mas, que cualquiera de sus súbditos que se pusiese don sin venirle por línea derecha, pagase un tanto á su alteza, y este capítulo me parece fué muy conveniente, porque es tanta la desvergüenza de los pescados, que buenos y ruines, bajos y altos, todos dones, don acá y don acullá, doña nada y doña nonada; hice esto acordándome del buen comedimiento de las mujeres de mi tierra, que ya que alguna caiga por desdicha en este mal latin, ó será hija de mesonero honrado, ó de escudero, ó casó con hombre que llaman su merced, y otras de esta calidad que ya que pongan el dicho don, estan fuera de necesidad; mas en el mar no hay hija de habacera que si casase con quien no sea oficial, no presuma dende á ocho dias poner un don á la cola, como si aquel don les quitase ser hijas de personas no honestas y que no lo tenian, y que no lo tener muchas de ellas serian por ventura en mas tenidas, porque no darian causa que las desenterrasen sus padres, y traigan á la memoria lo olvidado, y sus vecinos no tratarian ni reirian de ellas, ni de su merced que se lo consiente poner, y á ellas de suyo sabemos no ser macizas; mas en esto ellos se muestran mas bravos y livianos. Pareció bien al rey rentándole harto, aunque de allí adelante como costaba dinero pocos dones se hallaban. Destas y de otras cosillas y nuevas imposiciones mas provechosas al rey que al reino avisé yo. El rey, con verme tan solícito en su servicio, tampoco era perezoso en las mercedes, ántes eran muy contentas y largas; aprovechéme en este tiempo de mi pobre escudero de Toledo, ó por mejor decir de sus sagaces dichos, cuando se me quejaba no hallar un señor de título con quien estar, y que si lo hallara le supiera bien grangear, y decia allí el cómo del cual yo usé, y fué para mí muy provechoso, especialmente un capítulo de ella que fué muy avisado en no decir al rey cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese andar á su favor, tratar bien y mostrar favor á los que él tenia buena voluntad, aunque no lo mereciesen, y por el contrario, á los que no la tenia buena, tratándolos mal, y decir de ellos males aunque en

ellos no cupiesen, no yéndoles á la mano á lo que quisiesen hacer, aunque no fuese bueno. Acordéme del dicho Calístenes, que por decir verdades á su amo Alejandro le mandó dar cruelísima muerte, aunque esta deberia tenerse por vida siendo tan justa la causa; ya no se usa sino vivir sea como quiera, de manera que yo me arrimaba cuanto podia á este parecer, y de esta suerte cayóse la sopa en la miel y mi casa se henchia de riqueza: mas aunque yo era pece tenia el ser y entendimiento de hombre. Y la maldita codicia que tanto en los hombres reina, porque un animal dándole su cumplimiento de lo que su natural pide, no desea mas ni lo busca. No dará el gallo nada por cuantas perlas nacen en oriente, si está satisfecho de grano, ni el buey por cuanto oro nace en las Indias, si está harto de yerbas, y así todos los demas animales, solo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañado de codicia; dígolo porque con toda mi riqueza y tener, porque apenas se hallaba rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, fuí aguijonado de la codicia hambrienta y no con lícito trato; con esto hice armada para que fuese á los golfos del Leon y del Hierro, y á otros despaché á los bancos de Flandes do se perdian naos de gentes, y á los lugares do habia habido batallas, do me trujeron grande cantidad de oro, que en solo doblones pienso me trujeron mas de quinientos mil. Reíase mucho el rey de que me veia holgar y revolcar sobre aquellos doblones, y preguntábame que para que era aquella nonada, pues ni era para comer ni traer: dije yo entre mí: Si tú lo conocieses como yo, no preguntarias eso. Respondíale que los queria para contadores y con esto le satisfacia, y despues que á la tierra vine, como adelante diré, maldito aquel de mis ojos pude ver, y es que todos los que habia me los trujeron allí en el mar, y así acá no anda ya ninguno, y si lo hay débenlo tener en otro tan hondo y escondido lugar. Harto yo deseaba si ser pudiera hallar una nao que cargára de ellos, aunque le diera la mitad de mi parte al que me los diera á la mi Elvira en Toledo para con que casar á la mi niña con alguno, que bien seguro estaba haber hartos que no me la desecháran por ser hija de pregonero; y con esta gana, salí dos ó tres veces tras naos que venian de Levante dándoles gritos sobre el agua que esperasen, pensando me entenderian é imaginarian, y aunque no fuesen fieles mensajeros en llevar el tesoro ó parte de él á Toledo, con que lo aprovechasen hombres me contentaba por el amor que yo tenia á la humana naturaleza; mas luego que los llamaba, ó me veian, me arrojaban harpones ó dardos para me matar, y con esto tornábame á mi menester y bajaba á ver mi casa; otras veces deseaba que Toledo fuera puerto de mar, para podelle henchir de riquezas, porque no fuera menos de haber ni mujer é hija alguna parte. Y con estos y otros deseos y pensamientos pasaba mi vida.

CAPITULO XV.

Como andando Lázaro á caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la Verdad.

Como yo me perdí de los mios, hallé la Verdad, la cual me dijo ser hija de Dios y haber bajado de cielo á la tierra por vivir y aprovechar en ella á los hombres, y como casi no habia dejado nada por andar en lo poblado y visitado todos los estados grandes y menores, y ya que en casa de los principales habia hallado asiento, algunos otros la habian revuelto con ellos, y por verse con tan poco favor se habia retraida á una roca en la mar. Contóme cosas maravillosas que habia pasado con todos géneros de gentes, lo cual si á vuestra merced hubiese de escribir seria largo, y fuera de lo que toca á mis trabajos; cuando sea vuestra merced servido, si quiere, le enviaré la relacion de lo que con ella pasé. Vuelto á mi rey, le conté lo que con la Verdad habia pasado.

CAPITULO XVI.

Como, despedido Lázaro de la Verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre.

Yéndome á la corte consolado con estas palabras, viví alegre algunos dias en el mar; en este medio se llegó el tiempo que las atunas habian de desovar, y el rey me mandó que yo fuese aquel viage, porque siempre con ellas enviaba quien las guardase y defendiese, y al presente el general Licio estaba enfermo, el cual, si bueno estuviera, sé que hiciera este camino, y despues que yo estaba en el mar habia ido dos ó tres veces, porque cada año una vez iban en la dicha desovacion. De manera que en el dicho ejército llevé conmigo dos mil armados, y en mi compañia fueron mas de quinientas mil atunas que se hallaron preñadas; y despedidos del rey, tomamos nuestro camino, y nuestras jornadas contadas, dimos con nosotros en el estrecho de Gibraltar, y aquel pasado, venimos á Conil y á Vejer, lugares del duque de Medina Sidonia do nos tenian armado; yo fuí avisado de aquel peligro y como allí se solia hacer daño en los atunes, y aviséles se guardasen, mas como fuesen ganosas de desovar en aquella playa, y ella fuese para ello aparejada, por bien que se guardaron, en ocho dias me faltaron mas de cincuenta mil atunas. Y visto el daño como se hacia, acordamos los armados de meternos con

ellas en la playa, y mientras desovaban, si prenderlas quisiesen, herir en los salteadores y en sus redes, y hacérselas pedazos; mas saliónos al revés la fuerza y maña de los hombres, que es otra que la de los atunes: y así nos apañaron á todos con infinitas de ellas en una redada, sin recibir casi daño de nos, antes ganancias, que como mis compañeros se vieron presos, desmayaron, y por dar gemidos desampararon las armas, lo cual yo no hice, sino con mi espada me asieron, habiendo con ella hecho harto daño en las redes, juntamente conmigo á mi buena y segunda mujer. Los pescadores, admirados de verme así armado, me procuraron quidar el espada, la cual yo tenia bien asida; mas tanto por ella tiraron, que me sacaron por la boca un brazo y mano, con la cual yo tenia bien asida el espada, y me descubrieron por la cabeza la frente, ojos y narices, y la mitad de la boca. Muy espantados de tal acaecimiento me asieron muy recio del brazo y otros trabándome de la cola, me comienzan á sacar, como á cuero atestado en costal. Miré y ví cabe mí la mi Luna muy afligida y espantada, tanto y mas que los pescadores, á los cuales comenzando á hablar en lengua de hombre, yo dije: Hermanos, encárgoos las conciencias, y no se atreva alguno á visitarme con el brazo del mazo, ca sabed que soy hombre como vosotros; mas acabad de quitar la piel, y sabreis de mí grandes secretos. Esto dije porque aquellos mis compañeros estaban cabe mí, muchos de ellos muertos, hechos pedazos los testuces con unos mazos que los de la javega en sus manos para aquel menester traian, y asimismo les rogué por gentileza que á aquella atuna que cabe mí estaba diesen libertad, porque habia sido mi compañera y mujer gran tiempo. Ellos, en gran manera alterados en verme y oirme, hicieron lo que los rogué. Al tiempo que la mi compañera de mí partia llorando y espantada, le dije en lengua atunesa: Luna mia y mi vida, vete con Dios, y no tornes á ser presa, y dá cuenta de lo que ves al rey y á todos mis amigos, y ruégote que mires por mi honra y la tuya. Ella, sin me dar respuesta, saltando en el agua, se fué muy espantada. Sacáronnos de allí á mí y á mis compañeros que veia á mis ojos matar, y hacer pedazos á la lengua del agua, y á mí teníanme echado en el arena medio hombre y medio atun, como he contado, y con harto miedo si habian de hacerme ceniza. Acabada la pesca aquel dia, habiéndome preguntado, yo les dije la verdad, y rogándoles me sacasen del todo, lo cual ellos no hicieron; mas aquella noche me cargan en un acémila, y dan conmigo en Sevilla, y pónenme ante el ilustrísimo duque de Medina; y fué tanta la admiracion que con mi vista ellos y los que me veian sentian y sintieron, que en grandes tiempos no vino á España cosa que tanto espanto pusiese. Tuviéronme en aquella pena ocho dias, en los quales supieron de mí cuanto habia pasado. A cabo de este tiempo sentí á la parte que de pece tenia detrimento, y que se estragaba por no estar en el agua, y supliqué á la señora duquesa y á su marido que por amor de Dios me hiciesen sacar de aquella prision, pues á su alto poder habia venido, y dándoles cuenta del detrimento que sentia holgaron de lo hacer y fué acordado que diesen pregon en Sevilla para que viniesen á ver mi conversion, y en una plaza que ante su casa está hecho un ca-

dalso, porque todos me viesen allí. Fué juntada Sevilla, y desque la plaza se hinchió por calles, tejados y terrados no cabia la gente, luego mandó el duque que fuesen por mí y me sacasen de una jaula que luego que vine del mar me hicieron, do estuve, y fué bien pensado, porque segun la multitud de las gentes que siempre me acompañaban, si no hubiera verjas en medio de mí y de ellos, ahogáranme sin falta. ¡Oh gran Dios! decia, ¿qué es lo que en mí se ha renovado? porque hombre en jaula ya lo he visto estar y mucho á su pesar, y aves; pescado nunca lo ví. Así me sacaron y llevaron en un paves con cincuenta alabarderos que delante de mí iban apartando la gente y aun no podian.

CAPITULO XVII.

Que cuenta la conversion hecha en Sevilla en un cadalso de Lázaro atun.

Pues puesto en el cadalso, y allí tirándome unos por la parte de mi cuerpo que defuera tenia, otros por la cola del pescado, me sacaron como el dia en que mi madre del vientre me echó, y el atun se quedó solamente siendo pellejo; diéronme una capa con que me cubrir, y el duque mandó me trujesen un vestido suyo de camino, el cual aunque me arrastraba me vestí, y fuí tan festejado y visitado de gentes, que en todo el tiempo que allí estuve casi no dormí, porque de noche no dejaban de me venir á ver y á preguntar, y el que un rato de auditorio conmigo tenia se contaba por muy dichoso; al cabo de algunos dias, despues que del todo descubrí mí ser, caí enfermo porque la tierra me probó, y como estaba hecho al mantenimiento marino, y el de la tierra es de otra calidad, hizo en mí mudanza, y pensé cierto que mis trabajos con la vida habian acabado; quiso Dios de este trabajo con los demas librarme, y desque me ví para poder caminar, pedí licencia á aquellos señores, la cual de mala gana alcancé, porque me pareció quisieran tenerme consigo, por oir las maravillosas cosas que me acontecieron, y las mas que yo glosaba, á las cuales me daban entero crédito con haber visto en mí tan maravillosa mudanza. Mas en fin, sin embargo de esto diéronme la dicha licencia, y me mandaron magníficamente proveer para mi camino; y así di conmigo en Toledo, víspera de la Asuncion que pasó, el mas deseoso hombre del mundo de ver á mi mujer y á mi niña, y dalle mil abrazos, la cual manera de retozo para cuatro años iba que no la usaba, porque en el mar no se usa, que todo es hocicadas. Entré de noche y fuíme á mi casilla, la cual hallé sin gente; fuí á la de mi señor el arcipreste, y estaban ya durmiendo, y tantos golpes dí que los desperté; preguntándome quien era, y diciéndolo, la mi Elvira muy ásperamente me respondió á grandes voces: Andad para beodo, quien quiera que sois, que á tal hora andais á

burlar de las viudas; á cabo de tres ó cuatro años que al mi malogrado llevó Dios, y hundió en la mar á vista de su amo, y de otros muchos que lo vieron ahogar, venís agora á decir donaires; y tórnase á la cama sin mas me oir ni escuchar. Torné á llamar y dar golpes á la puerta, y mi señor enojado se levantó y púsose á la ventana, y á grandes voces comenzó á decir: ¡Qué bellaquería es esa, y qué gentil hecho de hombre de bien! querria saber quien sois para mañana daros el pago de vuestra descortesía, que á tal hora andais por las puertas de los que estan reposando, dando aldabadas, y haciendo alborotos, con los cuales quebrais el sueño y reposo. Señor, dije yo, no se altere vuestra merced; que si quiere saber quien soy, tambien yo lo quiero decir. Vuestro criado Lázaro de Tormes soy. Apenas acabé de decillo, cuando siento pasar cabe las orejas un guijarro pelado con un zumbido y furia, y tras aquel otro y otro, los cuales dando en los que en el suelo estaban, con lo que la calle estaba empedrada, hacia saltar vivo fuego y ásperas centellas; visto el peligro, que no esperaba razones, tomé la calle abajo ante los ojos y á buen paso me alejé, y él quedó desde su ventana dando grandes voces, diciendo: Venios á burlar y vereis cómo os irá. Eché seso amonton, y parecióme tornar á probar la ventura, porque yo no me queria descubrir á nadie, y por ser ya muy noche determiné de pasar lo que quedaba de ella por allí, y venida la mañana irme á casa; mas no me acaeció así, porque dende á poco pasó por donde yo estaba un alguacil, que andaba rondando, y tomándome la espada, dió conmigo en la cárcel, y aunque yo conocia á algunos de los gentiles hombres que de porquerones lo acompañaban, y los llamé por sus nombres y dije quien era, reíanse de mí, diciendo que mas de tres años habia que el que yo decia ser era muerto en lo de Argel, y así dan conmigo en la cárcel, y allí me tomó el dia, el cual venido, cuando los otros se visten y aderezan para ir á la iglesia á holgar una tan solemne fiesta, pensando yo haria lo mismo porque luego seria conocido de todos, entró el alguacil que me habia preso, y echándome grillos á los pies y una buena cadena gruesa á la garganta, y metiéndome en la casa del tormento, todo fué uno. Este gentilhombre que teniendo disposicion y manera para ser corregidor, y se hace pregonero, esté aqui algun dia, hasta que sepamos quien es, pues anda de noche á escalar las casas de los clérigos; pues a fé que ese sayo no se debió cortar á vuestra medida, ni trae olor de vino como suelen traer los de vuestro oficio, sino de un fino ambar; al fin vos direis, mal de vuestro grado, á quién lo hurtasteis, que si para vos se cortó, á fé que os hurtó el sastre mas de tres varas. En hora mala acá venimos, dije yo entre mí; con todo eso le hablé diciéndole que yo no vivia de aquel menester, ni andaba á hacer lo que él decia. No sé si andais, dijo, mas agora sale el arcipreste de San Salvador de la casa del corregidor diciendo que anoche le quisieron robar, y entrar la casa por fuerza, si con buenos guijarros no se defendiera, y que decia el ladron que era Lázaro de Tormes, un criado suyo; le dije como os topé cabe su casa y me dijo lo mismo, y por eso os manda poner á buen recaudo. El carcelero dijo: Ese que decis, pregonero fué en esta ciudad, mas en lo de Argel murió, y bien le conocia yo, perdó-

nelo Dios, hombre era para pasar dos azumbres de vino de una casa á otra sin vasija. ¡Oh desventurado de mí! dije yo, que aun mis fortunas no han acabado; sin duda de nuevo tornan mis desastres: ¿qué será esto que aquellos que yo conozco y conversé y tuve por amigos me niegan y desconocen? mas no podrá tanto mi mala fortuna que en esto me contraríe, pues mi mujer no me desconocerá, como sea la cosa que en este mundo mas quiero y ella quiere. Rogué mucho al carcelero, y pagúeselo, que fuese á ella y le dijese que estaba allí, que me viniese á hacer sacar de la prision, y él riendo de mí tomó el real, y dijo lo haria, mas qué le parecia que no traia juego de veras, porque si yo fuera el que decia él lo conociera, porque mil veces le habia visto entrar en la cárcel, y acompañar los azotados, y que fué el mejor pregonero y de mas clara y alta voz que en Toledo hubo: al fin con yo importunalle, fué y pudo tanto que trujo consigo á mi señor, y cuando le iba á hablar que lo metió do yo estaba, trujeron una candela; aquella alegría que los del limbo debieron sentir al tiempo de su libertad sentí, y dije llorando de tristeza, y mas de alegría: ¡Oh mi señor Rodrigo de Yepes, arcipreste de San Salvador! mirad cual está el vuestro buen criado Lázaro de Tormes atormentado y cargado de hierros, habiendo pasado tres años las mas extrañas y peregrinas aventuras que jamas oidas fueron. Él me llegó la candela á los ojos, y dijo: La voz de Jacob es, y la cara de Esau. Hermano mio, verdad es que en la habla algo os pareceis, mas en el gesto sois muy diferente del que decis. A esta hora caí en la cuenta, y rogué al carcelero me hiciese merced de un espejo, y él lo trujo; y cuando en él me miré, vime muy desemejado del ser de ántes, especialmente del color que solia tener como una muy rubicunda granada, digo como los granos de ella, y agora como la misma gualda, y figuras tambien muy mudadas; yo me santigüé y dije: Agora, señor, no me maravillo, estándolo mucho de mí mismo, que vuestra merced ni nadie de mis amigos no me conozcan, pues yo mismo me desconozco; mas vuestra merced me la haga de sentarse, y vos, señor alcalde, nos dad un poco lugar y verá como no he dicho mentira. Él lo hizo y quedando solos le dí todas las señas de cuanto habia pasado despues que lo conocia, y tal dia esto, y tal dia esto otro; despues le conté en suma todo lo que habia pasado, y como fuí atun, y que del tiempo que estuve en el mar y del mismo mantenimiento y del agua, me habia quedado aquel color, y mudado el gesto, el cual hasta entonces yo no me habia mirado. Finalmente, despues quedóse muy admirado y dijo: Eso que vos decis muy notorio se dijo en esta ciudad, que en Sevilla se habia visto un atun hombre, y las señales que me dais tambien son verdaderas, mas todavía dudo mucho; lo que haré por vos será traer aquí á Elvira mi ama, y ella por ventura os conocerá mejor, y le dí muchas gracias y le supliqué me diese la mano para la besar, y me echase su bendicion como otras veces habia hecho; mas no me la quiso dar. Pasé aquel dia y otros tres, al cabo de los cuales una mañana entra el teniente de corregidor con sus ministros y un escribano y comiénzanme á preguntar, y si no lo han por enojo, á querer ponerme á caballo, ó por mejor decir verdad, en potro. No pude contenerme de no

derramar muchas lágrimas dando muy grandes suspiros y sollozos, quejándome de mi sobrada desventura, que tan á la larga me seguia; con todo esto con las mejores y mas razones que pude, supliqué al teniente que por entónces no me tormentase, pues harto lo estaba yo, y porque lo contentase viese mi gesto, al cual llegando la luz dijo : Por cierto este pecador yo no sé que fuerza podrá hacer en las casas, mas él sin ella está á lo que parece, segun su disposicion muestra; dejémosle agora hasta que mejore ó se muera, y dallehemos por libre, y así me dejaron. Supliqué al carcelero tornase á casa de mi señor y le rogase de su parte, y suplicase de la mia cumpliese la palabra que me habia dado de traer consigo á mi mujer, y tornéle á dar otro real; porque estos nunca echan paso en vano, y él lo hizo y me trujo recaudo, que para el dia siguiente ambos me prometieron de venir; consolado con esto, aquella noche dormí mejor que las pasadas, y en sueños me visitó mi señora y amiga la Verdad, y mostrándose muy airada me dijo : Tú, Lázaro, te quieres castigar; prometiste en la mar de no me apartar de tí, y desque saliste casi nunca mas me miraste. Por lo cual la divina justicia te ha querido castigar, y que en tu tierra y en tu casa no halles conocimiento, mas que te vieses puesto como malhechor á cuestion de tormento; mañana vendrá tu mujer, y saldrás de aquí con honra, y de hoy mas haz libro nuevo. Y así se me despidió de presente. Muy alegre de tal vision, conociendo que justamente pasaba, porque eran tantas y tan grandes las mentiras que yo entretegia en lo que contaba, que aun las verdades eran muy admirables, y las que no eran pudieran de espanto matar las gentes, propuse la enmienda y lloré la culpa. Y la mañana venida, mi gesto estaba como de ántes, y de mi señor y de mi mujer fuí conocido, y llevado á mi casa con mucho placer de todos; hallé á mi niña ya casi para ayudar á criar otra. Y despues que algunos dias reposé, tornéme á mi taza y jarro, con lo cual en breve tiempo fuí tornado en mi propio gesto, y á mi buena vida.

CAPITULO XVIII.

Como Lázaro se vino á Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el rector, y como se hubo con los estudiantes.

Estando ya algun tanto á mi placer, muy bien vestido y muy bien tratado, quíseme salir de allí do estaba por ver á España, y solearme un poco, pues estaba harto del sombrío del agua. Determinando á do iria, vine á dar conmigo en Salamanca, adonde, segun dicen, tienen las ciencias alojamiento. Y era lo que habia muchas veces deseado por probar de engañar alguno de aquellos abades ó mantilargos, que se llaman hombres de licencia. Y como la villa está llena de estos, el olor tambien se siente de léjos, aunque del de sus noches Dios guarde mi casa. Fuíme

luego á pasear por la villa, y avezado de la mar, maravilléme de lo que allí veia, y bien era algo mas de lo que tenia oido. Quiero contar una cosa que allí me aconteció yendo por una calle de las mas principales: un hombre á caballo en un asno, y como era guiñoso, y debia estar casado, no podia caminar adelante, ni aun volver atras, sino con gran trabajo; comienza el hombre á dar sus gritos: ¡Arre acá, señor bachiller! Con esto no me moví yo, aunque pensé en volverme; pero entendiendo él que con mas honrado nombre se moveria mas presto, comienza de decir: ¡Arre, señor licenciado, arre con todos los diablos! y dale con un aguijon que traia; viérades entonces echar coces atras y adelante, y el licenciado á una parte y el caballero á otra; nunca ví en mi vida, ni en el señorío de la mar ni en el de la tierra, licenciado de tal calidad, que tanto lugar le hiciesen todos, ni que tanta gente saliese por verlo. Conocí entónces que debia ser de los criados con alguno de nombre, y que se hacian tambien de honrar con sus nombres, como yo me habia hecho por mi valer y fuerzas en la mar entre los atunes. Pero todavía los tuve en mas que á mí, porque aunque me hicieron señoría no me dieron licencia, mas de la que yo de mí por mi esfuerzo entre ellos me tomaba. Y cierto, señor, que he yo pasado algun tiempo, que quisiera ser mucho mas el licenciado asno, que Lázaro de Tormes. De aquí vine siguiendo el ruido á dar en un colegio, adonde ví tantos estudiantes, y oí tantas voces, que no habia ninguno que no quedase mas cansado de gritar que de saber. Y entre muchos otros que conocí (aunque á mí ninguno de ellos), quiso Dios que hallé un amigo mio de los de Toledo, conocido de buen tiempo, el cual servia á dos señores, como el que arriba movió el ruido, y aun eran de los mayores del colegio; y como era criado de consejo y de mesa, habló con sus amos de mí de tal manera, que me valió una comida y algo mas. Es verdad que fué á uso de colegio, comida poca y de poco, mal guisada y peor servida; pero maldito sea el hueso que quedó sin quebrar. Hablamos de muchas cosas estando comiendo, y replicaba yo de tal manera con ellos, que bien conocieron ambos haber yo alcanzado mas por mi experiencia, que ellos por su saber. Contéles algo de lo que habia á Lázaro acontecido, y con tales palabras, que cierto todos me preguntaban adonde habia estudiado, en Francia, ó en Flandes, ó en Italia, y aun si Dios me dejára acordar alguna palabra en latin, yo los espantára; tomé la mano en el hablar por no darles ocasion de preguntar algo que me pusiese en confusion. Todavía ellos, pensando que yo era mucho mas de lo que por entónces habian en mí conocido, determinaron de hacerme defender unas conclusiones; pero, pues sabia que en aquellas escuelas todos eran romancistas, y que yo lo era tal que me podia mostrar sin vergüenza á todos, no lo rehusé, porque quien se vale entre atunes, que no juegan sino de hocico, bien se valdria entre los que no juegan sino de lengua. El dia fué el siguiente, y para ver el espectáculo fué convidada toda la universidad. Viera vuestra merced á Lázaro en la mayor honra de la ciudad, entre tantos doctores, licenciados y bachilleres, que por cierto con el diezmo se podrian talar cuantos campos hay en toda España, y con las primicias se tenia el

mundo por contento; viera tantos colores de vestir, tantos grados en el sentar, que no se tenia cuenta con el hombre, sino segun tenia el nombre. Antes de parecer yo en medio quisiéronme vestir segun era la usanza de ellos; pero Lázaro no quiso, porque pues era extrangero, y no habia profesado en aquella universidad, no se debian maravillar sino juzgar mas segun la doctrina (pues que tal era esta) que no segun el hábito, aunque fuese desacostumbrado. Ví á todos entónces con tanta gravedad y tanta mesura, que si digo la verdad, puedo decir que tenia mas miedo que vergüenza, ó mas vergüenza que miedo no se burlasen de mí: puesto Lázaro en su lugar (y cual estudiante yo) viendo mi presencia doctoral, y que tan bien sabia tener mi gravedad como todos ellos, quiso rectorel ser el el primero que conmigo argumentase, cosa desacostumbrada entre ellos. Así me propuso una cuestion harto difícil y mala, pidiéndome le dijese cuantos toneles de agua habia en la mar; pero yo, como hombre que habia estudiado y salido poco habia de allá, súpele responder muy bien, diciendo que hiciese detener todas las aguas en uno, y que yo lo mensuraria muy presto, y le daria de ello razon muy buena. Oida mi respuesta tan breve y tan sin rodeos, que mal año para el mejor la diera tal, viéndose en trabajo pensando ponerme, y viendo serle imposible hacer aquello, dejóme el cargo de mensurarla á mí, y que despues yo se lo dijese. Avergonzado el rector con mi respuesta, échame otro argumento pensando que me sobrada á mí el saber ó la ventura, y que como habia dado resolucion en la primera, así la daria en la segunda; pídeme que le dijese cuantos dias habian pasado desde que Adan fué criado hasta aquella hora, como si yo hubiera estado siempre en el mundo contándolos con una péndola en la mano, pues á buena fe que de los mios no se me acordaban sino que un tiempo fuí mozo de un clérigo, y otro de un ciego, y otras cosas tales, de las cuales era mayor contador que no de dias. Pero todavía le respondí, diciendo que no mas de siete, porque cuando estos son acabados, otros siete vienen siguiendo de nuevo, y que así habia sido hasta allí, y seria tambien hasta el fin del mundo. Viera vuestra merced á Lázaro entonces ya muy doctor entre los doctores, y muy maestro entre los de licencia.

Pero á las tres vá la vencida, pues de las dos habia tan bien salido, que pensó el señor rector que en la tercera yo me enlodára, aunque Dios sabe qué tal estaba el ánimo de Lázaro en este tiempo, no porque no mostrase mucha gravedad, pero el corazon tenia tamañito. Díjome el rector que satisfaciese á la tercera demanda; yo muy pronto respondí que no solo á la tercera, pero hasta el otro dia se podia detener. Pidióme que á do estaba el fin del mundo. ¿Qué filosofías son estas? dije yo entre mí, ¿pues cómo? no habiéndolo andado todo, ¿cómo puedo responder? Si me pidiera el fin del agua algo mejor se lo dijera. Todavía le respondí á su argumento, que era aquel auditorio á do estábamos, y que manifiestamente hallaria ser así lo que yo decia, si lo mensuraba, y cuando no fuese verdad, que me tuviese por indigno de entrar en colegio. Viéndose corrido por mis respuestas, y que siempre pensando dar buen jaque, recibia mal mate, échame la cuarta cuestion muy entonado, pre-

guntando que cuanto habia de la tierra hasta el cielo. Viera vuestra merced mi gargajear á mis tiempos con mucha manera, y con ello no sabia qué responderle, porque muy bien podia él saber que no habia yo hecho aun tal camino; si me pidiera la órden de vida que guardan los atunes y en qué lengua hablan, yo le diera mejor razon; pero no callé con todo, antes respondí que muy cerca estaba el cielo de la tierra, porque los cantos de aquí se oyen allá, por bajo que hombre cante ó hable, y que si no me quisiese creer, se subiese él al cielo, y yo cantaria con muy baja voz, y que si no me oia, me condenase por necio. Prometo á vuestra merced que hubo de callar el bueno del rector, y dejar lo demas para los otros. Pero cuando le vieron como corrido, no hubo quien osase ponerse en ello; antes todos callaron y dieron por muy excelentes mis respuestas. Nunca me ví entre los hombres tan honrado, ni tan señor acá, y señor acullá; la honra de Lázaro de dia en dia se iba acrecentando; en parte la agradezco á las ropas que me dió el buen duque, que si no fuera por ellas, no hicieran mas caso de mí aquellos diablos de haldilargos, que hacia yo de los atunes, aunque disimulaba. Todos venian para mí, unos dándome el parabien de mis respuestas, otros holgándose de verme y oirme hablar. Habiendo visto mi habilidad tan grande, el nombre de Lázaro estaba en la boca de todos, y iba por toda la ciudad con mayor zumbido que entre los atunes. Mis convidados quisiéronme llevar á cenar con ellos, y yo tambien quise ir, aunque rehusé segun la usanza de allí á la primera, fingiendo ser por otros convidado. Cenamos, no quiero decir qué, porque fué cena de licencia aquella, aunque bien ví que la cena se aparejó á trueco de libros, y así fué tan noble. Despues de haber cenado y quitados los manteles de la mesa, tuvimos por colacion unos naipes, que suelen ser allá cotidianos, y cierto que en aquello algo mas docto estaba yo, que no en las disputas del rector. Y salieron en fin dineros á la mesa, como quiera que ello fuese. Ellos, como muy diestros en aquella arte, sabian hacer mil traspantojos, que á ser otro dejára cierto el pellejo, porque al medio mal me iba; pero á la fin les traté tan bien que ellos pagaron por todos, y demas de la cena, embolsé mis cincuenta reales de ganancia en la bolsa. Tomaos, pues, con aquel, que entre los atunes habia sido señoria, de Lázaro se guardaran siempre, y por despedirme de ellos, les quisiera hablar algo en lengua atunesa, sino que no me entendieran Despues temiendo no me pusiesen en vergüenza, porque no les faltara ocasion, partíme de allí pensando que no todavía puede suceder bien. Así determiné volverme dándome verdes con mis cincuenta reales ganados, y aun algo mas que por honra de ellos al presente callo, y llegué á mí casa, adonde lo hallé todo muy bien, aunque con gran falta de dinero. Aquí me vinieron los pensamientos de aquellos doblones que se desaparecieron en el mar, y cierto que me entristecí, y pensé entre mí que, si supiera me habia de suceder tan bien como en Salamanca, pusiera escuela en Toledo, porque cuando no fuera sino por aprender la lengua atunesa, no hubiera quien no quisiera estudiar. Despues, pensándolo mejor, ví que no era cosa de ganancia porque no aprovechaba algo; así dejé mis pensamientos atras, aunque bien quisiera

quedar en una tan noble ciudad con fama de fundador de universidad muy celebrado y de inventor de nueva lengua nunca sabida en el mundo entre los hombres. Esto es lo sucedido despues de la ida de Argel; lo demas con el tiempo lo sabrá vuestra merced, quedando muy á su servicio

LAZARO DE TORMES.

SEGUNDA PARTE

DE LAZARILLO DE TORMES,

SACADA DE LAS CRÓNICAS ANTIGUAS DE TOLEDO,

POR H. DE LUNA,

INTÉRPRETE DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

A LOS LECTORES.

La ocasion, amigo lector, de haber hecho imprimir la segunda parte de Lazarillo de Tormes, ha sido por haberme venido á las manos un librillo que toca algo de su vida, sin rastro de verdad. La mayor parte de él se emplea en contar como Lázaro cayó en la mar, donde se convirtió en un pescado, llamado atun, y vivió en ella muchos años, casándose con una atuna de quien tuvo por hijos tres peces como el padre y la madre. Cuenta tambien las guerras que los atunes hacian, siendo Lázaro el capitan, y otros disparates tan ridículos como mentirosos, y tan mal fundados como necios. Sin duda que el que lo compuso quiso contar un sueño necio, ó una necedad soñada. Este libro, digo, ha sido el primer motivo que me ha movido á sacar á luz esta segunda parte al pié de la letra, sin quitar ni añadir, como la ví escrita en unos cartapacios en el archivo de la jacarandina de Toledo, que se conformaba con lo que habia oido contar cien veces á mi abuela y tias al fuego las noches de invierno, y con lo que me destetó mi ama : por mas señas, que disputaban muchas veces ellas, y otras vecinas, como habia podido ser que Lázaro hubiese estado tanto tiempo dentro del agua (como se cuenta en esta segunda parte) sin ahogarse. Las unas decian en pro, las otras en contra : aquellas acotaban el mesmo Lázaro, que dice no le podia entrar el agua, por estar lleno y colmado de vino hasta la boca. Un buen viejo experimentado en nadar, para probar ser cosa hacedera, interpuso su autoridad, diciendo habia visto un hombre, que entrando á nadar en el Tajo, se zambulló y metió en unas cavernas, desde que el sol se puso hasta que salió, que con su resplandor pudo atinar el camino, y cuando todos sus parientes y amigos estaban hartos de llorarle y buscar su cuerpo para darle sepultura, salió sano y salvo. La otra dificultad que en su vida hallaban era el no haber ninguno conocido ser Lázaro hombre, y que todos los que le veian lo juzgasen por pez : á esto respondia un buen canónigo (que por ser muy viejo estaba todo el dia al sol con las hilanderas de rueca) haber sido mas posible : ateniéndose á la opinion de muchos autores antiguos y modernos, entre los cuales son Plinio, Eliano, Aristóteles, Alberto Magno, los cuales certifican haber en la mar unos pescados, que á los machos llaman tritones, y á las hembras neréidas, y á todos hombres marinos, los cuales de la cintura arriba tienen

figura de hombres perfectos, y de allí abajo de peces; y yo digo que aunque esta opinion no fuera defendida de autores tan calificados, bastaba para excusa de la ignorancia española la licencia que los pescadores tenian de los señores inquisidores; pues fuera un caso de inquisicion, si dudaran de una cosa que sus señorías habian consentido se mostrase por tal. A este propósito (aunque sea fuera del que trato ahora) contaré una cosa que sucedió á un labrador de mi tierra, y fué, que enviándole á llamar un inquisidor para pedirle le enviase de unas peras que le habian dicho tenia extremadas, no sabiendo el pobre villano lo que su señoría le queria, le dió tal pena que cayó enfermo, hasta que por medio de un amigo suyo supo lo que le queria: levantóse de la cama, fuése á su jardin, arrancó el árbol de raiz, y lo envió con la fruta, diciendo no queria tener en su casa ocasion de que le enviasen á llamar otra vez; tanto es lo que los temen, no solo los labradores y gente baja, mas los señores y grandes, todos tiemblan cuando oyen estos nombres inquisidor é inquisicion mas que las hojas del árbol con el blando céfiro. Esto es lo que he querido advertir al lector para que pueda responder, cuando en su presencia se verificasen tales cuestiones; y asimismo le advierto me tenga por coronista, y no por autor de esta obra, con que podrá pasar una hora de tiempo: si le agradare aguarde la tercera parte con la muerte y testamento de Lazarillo, que es lo mejor de todo, y sino, reciba la buena voluntad. Vale.

CAPITULO PRIMERO.

Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Argel.

Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Dígolo á propósito, que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me habia ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba tanto en la buena y abundante, como en la mala y desastrada vida. Estando pues gozando el mejor tiempo que patriarca gozó; comiendo como fraile convidado, y bebiendo mas que un saludador; mejor vestido que un teatino, y con dos docenas de reales en la bolsa mas ciertos que revendedora de Madrid; mi casa llena como colmena, con una hija injerta á canutillo, y con un oficio que me lo podia envidiar el echaperros de la iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Argel, nueva que me inquietó é hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé Gonzalez (que buen siglo haya), con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado, no de guiar á un astuto ciego, ratonar el pan del avariento clérigo, servir al pelon escudero, y finalmente gritar las faltas agenas; mas el ejemplo y dechado fué de dar vista á los moros ciegos en sus errores, de abrir y romper los atrevidos y corsarios bajeles, de servir á mi valeroso capitan de la órden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulando que todo lo que ganase seria para mí (como lo fué); finalmente, quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando á Santiago y cierra España. Despedíme de mi amada consorte y cara hija; esta me rogó

no me olvidase de traerla un morico, y la otra que me acordase de enviarle con el primer mensagero una esclava que la sirviese, y algunos cequíes berberiscos con que se consolase de mi ausencia. Pedí licencia al arcipreste mi señor, á quien encargué el cuidado y regalo de mi mujer é hija, prometiéndome haria con ellas como si fueran propias suyas. Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van á la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de grande cantidad de amigos y vecinos que iban al mesmo viage llevados del deseo de mejorar su fortuna. Llegamos á Murcia con intencion de irnos á embarcar á Cartagena, donde me sucedió lo que no quisiera, por conocer que la fortuna, que me habia puesto en lo mas alto de su rueda voltaria y subido á la cumbre de la bienaventuranza terrestre con su curso veloz, comenzaba á despeñarme á lo mas infimo : fué, pues, el caso, que llegando á la posada ví un semi-hombre, que mas parecia cabron segun las vedijas é hilachas de sus vestidos : tenia un sombrero encasquetado, de manera que no se le podia ver la cara; la mano puesta en la mejilla, y la pierna sobre la espada que en una media vaina de cimoges traia ; el sombrero á lo picaresco, sin coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era á la francesa, tan acuchillada de rota, que no habia en donde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veia por la celosía de sus vestidos; las calzas al equivalente; las medias, una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran á lo descalzo, tan traidos como llevados. En una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado; con esta imaginacion le pregunté de dónde era, y adonde bueno caminaba. Alzó los ojos para ver quién era el que se lo preguntaba, conocióme, y yo á él : era el escudero que en Toledo serví, quedé admirado de verle en tal traje. Conocida mi admiracion, dijo : No me espantaria, Lázaro amigo, te maravillase verme como me ves, pero presto no lo estarás si te cuento lo que por mí ha pasado desde el dia que yo te dejé en Toledo hasta hoy. Tornando á casa con el trueque del doblon para pagar á mis acreedores, encontré con una arrebozada que, tirándome del herreruelo, con lágrimas y suspiros mezclados con sollozos, me pidió con encarecimiento la favoreciese en una necesidad que se le ofrecia : roguéle me diese cuenta de su pena, que mas tardaria en dármela que yo en dalle remedio : ella sin dejar el llanto, con una vergüenza virginal dijo, que la merced que le habia de hacer, y ella me suplicaba le hiciese, era la acompañase hasta Madrid, en donde le habian dicho estaba un caballero, que no se habia contentado con deshonrarla, sino que ademas le habia llevado todas sus joyas, sin tener respeto á la palabra de esposo que le habia dado, y que si yo queria hacer por ella esto, ella haria por mí lo que una mujer obligada debia. Consoléla lo mejor que pude dándole esperanzas, que si su enemigo estaba en el mundo, se tuviese por desagraviada. En conclusion, sin tornar el pié atras partimos á la corte, hasta donde la hice la costa. La señora, que sabia bien adonde iba, me llevó á una bandera de soldados, donde la recibieron con alegría y la llevaron delante del capitan, para que la pusiese en la lista de las cicatriceras, y tornándose á mí con

una cara de poca vergüenza dijo : A Dios, seor peligordo, pues esta no es para mas. Viéndome burlado, comencé á echar espumajos por la boca, diciéndole, que si como era mujer fuera hombre, la sacaria el alma de cuajo. Un soldadillo de los que allí estaban se llegó á mí y me hizo una mamona, no osando darme un bofeton, que si me lo hubiera dado, allí podian abrir la sepultura : como ví aquel negocio mal encaminado, sin decir chus ni mus, me fuí mas que de paso, por ver si me seguiria algun soldado de talle para matarme con él : porque si me pusiera con aquel soldadejo, y le matara (como sin duda hiciera), ¿qué honra ó qué fama ganaria? mas si hubiera salido el capitan ó algun valenton, les hubiera dado mas cuchilladas que arenas hay en el mar. Como ví que ninguno osaba seguirme, fuíme muy contento.

Busqué una comodidad, y por no haberla hallado tal cual merecia, estoy como ves : verdad es que he podido ser repostero, ó escudero de cinco ó seis remendonas, oficios que aunque muriese de hambre no los tomaria. Concluyó el bueno de mi amo con decir que por no haber hallado unos mercaderes de su tierra, que le prestasen dineros, estaba sin ellos y no sabia adonde ir aquella noche. Yo que le entendí la leva, le convidé con la mitad de mi cama y cena; admitió el convite. Cuando nos quisimos acostar, le dije quitase los vestidos de encima del lecho que era pequeño para tanta gente. A la mañana quise levantarme sin hacer ruido, eché mano á mis vestidos, y fué en vago, porque el traidor me los habia hurtado é ídose con ellos. Pensé quedarme muerto en la cama de pura pena, y me hubiera sido mejor por evitar tantas muertes como despues recibí ; dí voces apellidando : ¡Al ladron, al ladron! Subieron los de casa y hallá-ronme como el nadador, buscando con que cubrirme por los rincones del aposento : se reian todos como locos, y yo renegaba como carretero; daba al diablo al ladron fanfarron que me habia tenido la mitad de la noche contando grandezas de su persona y linage. El remedio que por entónces tomé (porque ninguno me lo daba) fué ver si los vestidos de aquel matasiete me podian servir, hasta que Dios me deparase otros : pero era un laberinto, ni tenian principio ni fin : entre las calzas y sayo no habia diferencia ; puse las piernas en las mangas, y las calzas por ropilla, sin olvidar las medias que parecian mangas de escribano; las sandalias me podian servir de cormas, porque no tenian suelas: encasquetéme el sombrero poniendo lo de arriba abajo, por estar menos mugriento. De la gente de á pié y de á caballo que iban sobre mí, no hablo. Con esta figurilla fuí á ver á mi amo que me habia enviado á llamar, el cual espantado de ver aquella madagaña, le dió tal risa, que las cinchas traseras se aflojaron, é hizo flux : por su honra es muy justo se pase en silencio. Despues de haber hecho mil paradillas, me preguntó la causa de mi disfraz; contéselo, y lo que de ello resultó fué, que en lugar de tener lástima de mí, me reprendió y echó de su casa, diciendo : que como aquella vez habia acogido aquel hombre en mi cama, otro dia haria lo mismo con alguno que le robase.

CAPITULO II.

Como Lázaro se embarcó en Cartagena.

De cosecha tenia el no durar mucho con mis amos : así lo hice con este, aunque sin culpa mia; víme desesperado, solo y afligido, en traje que todos me daban de codo y se burlaban; unos me decian: No está malo el sombrerillo con puerta falsa, parece tocado de flamenca; otros : La ropilla es al uso, parece pocilga de puercos, pues demas que vuestra merced está dentro : le corren tan gordos que los podria matar y enviar salados á la señora su mujer. Díjome un mochiller : Seor Lázaro, por Dios que las medias le hacen buena pantorrilla. Las sandalias son á lo apostólico, replicó un barrachel; es que el señor va á predicar á los moros. Tanto me decian y corrian, que estuve determinado á tornarme á mi casa; no lo hice por pensar que la guerra seria muy pobre si en ella no se ganaba mas de lo perdido : lo que mas sentia era que huian de mí como de un apestado. Embarcámonos en Cartagena : la nave era grande y bien abastecida : izaron las velas y diéronlas al viento, que la llevaba é impelia con grande velocidad. La tierra se nos escondió, y el mar se embraveció con un viento contrario, que levantaba las velas hasta las nubes : la borrasca crecia y la esperanza faltaba : los marineros y pilotos nos desahuciaron : los gemidos y llantos eran tan grandes, que me pareció estábamos en sermon de pasion : con la grande bataola no se entendia nada de lo que se mandaba : unos corrian á una parte, otros á otra : parecíamos caldereros : todos se confesaban con quien podian, y tal hubo que se confesó con una *piltrafa*, y ella le dió la absolucion tan bien como si hubiera cien años que ejercitara el oficio. A rio revuelto ganancia de pescadores; como ví que todos estaban ocupados, dije entre mí : Muera Marta y muera harta. Bajé á lo hondo de la nave, donde hallé abundancia de pan, vino, empanadas, conservas, que nadie les decia : ¿Qué haceis hay? comencé á comer de todo y á henchir mi estómago por hacer provision hasta el dia del juicio. Llegóse á mí un soldado pidiéndome le confesase, y espantado de verme con tan buen aliento y apetito, preguntóme cómo podia comer viendo la muerte al ojo : díjele lo hacia por miedo de que el agua de la mar que habia de beber cuando me ahogase no me hiciese mal : mi simplicidad le hizo sacar la risa de los carcañales. A muchos confesé que no decian palabra con la agonía, ni yo la escuchaba con la prisa de tragar. Los capitanes y gente de consideracion, con dos clérigos que habia, se salvaron en el esquife : yo estaba mal vestido, y así no cupe dentro. Cuando estuve harto de comer, fuíme á una pipa de buen vino, y trasmudé en mi estómago todo lo que cupo : olvidéme de la tormenta y aun de mí mismo. La nave dió al través, y el agua entraba por ella como por su casa : un cabo de escuadra me asió de las manos, y con la agonía de la muerte me dijo le escuchase un pecado que

me queria confesar, y era que no habia cumplido una penitencia que le habian dado de ir en romería á Nuestra Señora de Loreto, habiendo tenido mucha comodidad para ello, y que entónces que queria no podia: y yo le dije, que con la autoridad que tenia se la conmutaba, y que en lugar de ir á Nuestra Señora de Loreto, fuese á Santiago: ¡Ay señor! dijo él, ¡cuánto quisiera yo cumplir esa penitencia! mas el agua empieza á entrarme por la boca, y no puedo. Si así es, le repetí, os doy por penitencia, que bebais toda la de la mar: mas no la cumplió, que muchos hubo allí que bebieron tanto como él. Llegando á mi boca le dije: A otra puerta, que esta no se abre, y aunque la abriera, no pudiera entrar, porque mi cuerpo estaba tan lleno de vino, que parecia cuero atisbado. Al estallido de la nave acudió gran cantidad de pescados: parecia les habian dado socorro con los del navio: comian de las carnes de los miserables ahogados (y no en poca agua), como si pacieran en prado concejil. Quisieron hacer ejecucion en mi persona: puse mano á mi tizona, y sin detenerme en pláticas con tan ruin gente, daba en ellos como asno en centeno verde. Silvando me decian: No queremos hacerte mal, salvo saber si tienes buen gusto. Tanto hice, que en menos de medio cuarto de hora, maté mas de quinientos atunes, que eran los que querian hacer *gaudeamus* con estas carnes pecadoras. Los pescados vivos se cebaron en los muertos, y dejaron la compañía de Lázaro que no les era provechosa. Víme señor en la mar sin contradicion ninguna. Discurrí de unas á otras partes, donde ví cosas increibles: infinidad de osamenta y cuerpos de hombres: hallé cantidad de cofres llenos de joyas y dineros: muchedumbre de armas, sedas, lienzos y especería. Todo me daba envidia, y todo lástima por no tenerlo en mi casa: con que, como decia el vizcaino, comiera el pan empringado con sardinas. Hice todo lo que pude, y no hice nada. Abrí una gran arca, é henchila de doblones y joyas preciosísimas: tomé algunas sogas de muchas que allí habia, con que la até, y añudando unas á otras, hice una tan larga, que me pareció bastante para llegar á la superficie del agua. Si puedo sacar estas riquezas de aquí (decia entre mí), no habrá bodegonero en el mundo mas regalado que yo: haré casas: fundaré rentas, y compraré un jardin en los cigarrales: mi mujer se pondrá don, y yo señoría: casaré á mi hija con el mas rico pastelero de mi tierra: todos vendrán á darme el parabien, y yo les diré que lo he bien trabajado, sacándolo, no de las entrañas de la tierra, pero del corazon de la mar: no mojado de sudor, mas remojado como curadillo seco. En mi vida he estado tan contento como entónces, sin considerar que si abria la boca, quedaria allí con mi tesoro sepultado hasta ciento y un año.

CAPITULO III.

Como Lázaro salió de la mar.

Viéndome tan cerca de morir, temia : y tan cercano de ser rico, me alegraba : la muerte me espantaba, y el tesoro me deleitaba, para huir de aquella y gozar de este. Desnudéme los andrajos que mi amo primero me habia dejado por el servicio que le habia hecho : atéme la soga al pié, y comenzé á nadar (que aunque sabia poco, la necesidad me ponia alas en los pies y remos en las manos). Los pescados que alrededor estaban acudieron á picarme, haciéndome caminar con sus rempujones, que me servian como de estribo : ellos picando y yo coceando, llegamos hasta la superficie del agua donde me sucedió una cosa, que fué causa de toda mi desdicha. Los pescados y yo encontramos con unas redes que unos pescadores habian tendido, los que sintiendo la pesca enredada tiraron con tanta furia, y el agua me comenzó á entrar no con menor, que sin poder resistir me comencé á ahogar, y lo hubiera hecho si los marineros, con su prisa acostumbrada, no sacaran la presa á los barcos. Doy al diablo el mal sabor; en todos los dias de mi vida he bebido cosa peor. Súpome á los meados del señor arcipreste, que un dia mi mujer me hizo beber diciendo ser vino de Ocaña. Puestos en el barco los peces y yo á revuelta de ellos, comenzaron á tirar de la cuerda, por la cual (como dicen) sacaron el ovillo. Halláronme atado á ella, y admirados decian : ¿Qué pescado es este que tiene las facciones de hombre? ¿si es diablo ó fantasma? tiremos de esta soga, veremos qué trae asido al pié. Tiraron con tanta fueza que el barco se iba á lo hondo : conociendo el peligro la cortaron, y con ella las esperanzas á Lázaro de hacerse de los godos. Pusiéronme boca á bajo para que echara el agua que habia bebido : vieron que no estaba muerto (que no hubiera sido para mí lo peor) : diéronme un poco de vino, con que como lámpara con aceite torné en mí. Hiciéronme mil preguntas, á ninguna respondí, hasta que me dieron de comer, y cobrando aliento, lo primero que les pregunté fué por la corma que traia atada al pie : dijéronme como la habian cortado por librarse del peligro en que se habian visto. Allí se perdió Troya, y Lázaro sus bien colocados deseos : allí comenzaron sus dolores, angustias y tormentos. No hay mayor dolor en el mundo que haberse visto rico, y en los cuernos de la luna, y verse pobre y sujeto á necios. Todas mis quimeras se fundaban en el agua, y ella me las anegó todas. Conté ó los pescadores lo que ellos y yo habíamos perdido en haberme cortado las pihuelas. Fué tan grande el enojo que recibieron, que uno de ellos se quiso desesperar. El mas cuerdo de todos dijo : seria bueno me tornasen á la mar, y que me aguardasen allí hasta que saliese : siguieron todos el voto de este, y no obstante los inconvenientes que yo les representé, estaban en sus trece : diciendo, que pues sabia el camino, me era fácil (como si fuera ir á la pastelería ó

al bodegon): cególos tanto la codicia, que me querian ya echar, si mi dicha ó desdicha no ordenase llegase donde estábamos un barco que venia á ayudarles á llevar la pesca: callaron porque los otros no supiesen el tesoro que habian descubierto: fuéles forzoso por entónces dejar su mala intencion; llegaron los barcos á la lengua del agua, echáronme entre los pescados para disimular, con intencion de tornarme á buscar cuando pudiesen. Tomáronme entre dos y llevaron á una cabañuela que cerca tenian. Uno que no sabia el misterio, les preguntó qué era aquello: respondiéronle ser un mónstruo que habian cogido con los atunes. Puesto en aquella pobre zahurda, les rogué me diesen algunos andrajos con que cubrir mi desnudez y con que poder salir delante de los hombres: Eso será, dijeron ellos, despues de haber hecho cuenta con la huéspeda: no entendí entónces esta gerigonza. Extendióse la fama del mónstruo por la comarca: venia mucha gente á la choza para verme: los pescadores no me querian mostar diciendo aguardaban licencia del señor obispo é inquisidores para mostrarme, y que hasta entónces era excusado. Yo estaba atónito, sin saber qué decir ni hacer, no adivinando su intencion: sucedióme lo que al cornudo, que es el postrero que lo sabe. Inventaron, pues, estos diablos una invencion, que el mismo Satanás no hubiera urdido otra semejante, que pide un nuevo capítulo y una nueva atencion.

CAPITULO IV.

Como llevaron á Lázaro por España.

La ocasion hace al ladron: los pescadores echando de ver se les ofrecia tan buena, asiéronla de la melena, y aun de todo el cuerpo. Viendo que acudia tanta gente al nuevo pescado, determinaron desquitarse de la pérdida que habian hecho cortándome la soga del pié, y así enviaron á pedir licencia á los señores inquisidores para mostrar por toda España un pez, que tenia cara de hombre: alcanzáronla con facilidad, por medio de un presente que del mejor pescado que habian cogido hicieron á sus señorías. Cuando el buen Lázaro estaba dando gracias á Dios por haberle sacado del vientre de la ballena (que fué un milagro tanto mayor, cuanto mi industria y saber era menor, nadando como una barra de plomo), tomáronme entre cuatro de aquellos, que parecian mas verdugos de los que crucificaron á Jesucristo, que hombres: atáronme las manos y pusiéronme una barba y casquete de musgo, sin olvidar los mostachos, que parecia salvage de jardin. Envolviéronme los pies en espadañas: víme como trucha montañesa. Lloraba mi desdicha: gemia quejándome de mi hado ó fortuna: decia, ¿qué es esto que tanto me persigues? en mi vida te ví, ni te conozco; pero si por los efectos se rastrea la causa, por lo que de tí he experimentado creo no hay sirena, basilisco, vívora, ni leona parida mas cruel que tú: subes á los hombres con halagos y caricias á la cumbre de tus deleites y riquezas, dejándolos de allí despeñar

en el abismo de todas las miserias y calamidades, tanto mayores cuanto tus favores lo habian sido. Oyó mi soliloquio uno de aquelles horreros, y con voz carretil me díjo : Si el señor atun habla mas palabra, le pondrán en sal con sus compañeros, ó lo quemaremos como á mónstruo : los señores inquisidores han mandado, prosiguió, lo llevemos por las villas y lugares de España, á enseñarlo á todos como portento y mónstruo de natura. Yo les juraba que no era atun, mónstruo ni otra cosicosa, mas que hombre, tanto como cualquiera hijo de vecino, y si habia salido de la mar, era por haber caido en ella con los que se ahogaron en la armada de Argel. Eran sordos, y tanto peores, cuanto menos querian entender. Viendo que mis ruegos eran tan perdidos como la legía con que lavan la cabeza al asno, tuve paciencia aguardando á que el tiempo, que todo lo cura, curase mi mal, que procedia de aquellos malditos metamorfosios. Pusiéronme en una media cuba, hecha al modo de un bergantin, que llena de agua, y yo sentado en ella, me llegaba hasta los labios : no me podia levantar en pié por tenerlos atados con una soga de la cual salia un cabo por entre los cellos de aquel pelambre, de suerte que si por malos de mis pecados pipeaba, me hacian dar un camarujo, como rana, y beber mas agua que hidrópico : cerraba la boca hasta que sentia que el que tiraba aflojaba; entonces sacaba la cabeza fuera como tortuga y escarmentaba en la mia propia. Puesto de esta suerte me mostraban á todos, y eran tantos los que acudian á verme (pagando cada uno un cuartillo) que en un dia ganaban doscientos reales. Crecia la codicia á medida de la ganancia, la cual les hizo dudar de mi salud; para conservarla entraron en bureo, si seria bueno sacarme las noches del agua, por temer que la mucha humedad y frialdad no me acortase la vida, que ellos querian mas que á la propia (por el provecho que de ella se les seguia). Determinaron estuviese siempre en ella, creyendo que la costumbre se tornaria en naturaleza; de manera que el pobre Lázaro estaba como arroz ó como cáñamo en balsa. A la piadosa consideracion del benigno lector dejo lo que en tal caso podia sentir, viéndome preso con tan extraño género de prision. Cautivo en tierra de libertad y aherrojado por la malicia de aquellos codiciosos titiriteros, y lo peor y que mas sentia era, serme necesario contrahacer el mudo sin serlo, ni aun podia abrir la boca, porque al punto que la abria, estaba tan alerta mi centinela, que sin que nadie lo pudiera ver, me la henchia de agua temiendo no hablase. Mi comida era pan remojado, que los que venian allí echaban para verme comer : de manera que en seis meses que en aquel baño estuve, maldita otra cosa comí : perecia de hambre, mi bebida era agua de la cuba, que por no ser muy limpia, era mas sustanciosa, particularmente que con la frialdad me dieron unas camarillas, que me duraron lo que me duró aquel purgatorio aguado.

CAPITULO V.

Como llevaron á Lázaro á la corte.

Llevarónme aquellos sayones de ciudad en villa, y de villa en aldea, y de aldea en cortijo, mas alegres con la ganancia que pascua de flores. Burlábanse del pobre Lázaro y cantaban diciendo: ¡Viva, viva el pescado que nos da de comer sin trabajo!

El atahud iba encima de un carro; acompañábanme tres: el carretero, el que tiraba de la cuerda cuando yo queria hablar, y el relator de mi vida: este hacia las arengas contando el extraño modo que habian tenido en pescarme, y mintiendo mas que sastre en víspera de Pascua. Cuando caminábamos por despoblados, me permitian hablar, que fué la mayor cortesía que dellos recibí: preguntábales quién diablos les habia puesto en la cabeza me llevasen de aquella manera puesto en piscina. Respondíanme que si no lo hacia así moriria al punto, pues siendo como era pescado, no podia vivir fuera del agua. Viéndolos tan porfiados determiné de serlo, y así me lo persuadia, pues que todos me tenian por tal, creyendo que el agua de la mar me habria mudado, siendo la voz del pueblo, como dicen, la de Dios: y así de allí adelante no hablaba mas que en misa. Entráronme en la corte, donde la ganancia era grande por ser la gente de ella amiga de novedades, á quien siempre acompaña la ociosidad. Entre muchos que vinieron á verme fueron dos estudiantes que considerando por menudo la fisonomía de mi rostro, dijeron á medio tono jurarian en una ara consagrada, que yo no era pescado sino hombre, y que si ellos fueran ministros de justicia sacaran la verdad en limpio, limpiándonos á todos las espaldas con una penca. Rogaba á Dios en mi alma que lo hiciesen, con tal que me sacasen de allí; quise ayudarles, diciendo: Los señores bachilleres tienen razon; mas apenas habia abierto la boca, cuando mi centinela me la habia metido en el agua: los gritos que dieron todos cuando me zambullí (ó me zambulleron) impidió que los buenos licenciados pasasen adelante en su discurso. Echábanme pan, y yo lo despachaba antes que se remojase mucho: no me daban la mitad de lo que comiera. Acordábame de la abundancia de Toledo y de mis amigos los alemanes, y de aquel buen vino que solia pregonar. Rogaba á Dios repitiese el milagro de la cena de Galilea, y que no permitiese que muriese á manos del agua mi mayor enemigo. Consideraba lo que aquellos estudiantes habian dicho, que por el ruido nadie lo entendió: confirméme en que era hombre, y por tal me tuve de allí adelante, aunque mi mujer me habia dicho muchas veces era una bestia, y los muchachos de Toledo me solian decir: Señor Lázaro, encasquétese un poco el sombrero que se le ven los cuernos: todo esto y el llevarme en remojo me habia hecho dudar si era hombre perfecto ó no: mas desde que oí hablar á aquellos benditos zahorís del mundo, no dudé mas en ello, y así procu-

raba librarme de las manos de aquellos caldeos. Una noche en el mayor silencio de ella, viendo que mis guardas dormian á pierna suelta, procuré soltarme, mas por estar las cuerdas mojadas me fué imposible: quise dar voces: pero consideré que no me serviria de nada, pues el primero que las oyese me taparia la boca con un azumbre de agua. Viendo cerrada la puerta á mi remedio, con gran impaciencia empecé á revolcarme en aquel cenagal, y tanto hice y forcejeé que la cuba se trastornó y yo con ella: derramóse toda el agua: viéndome libre grité pidiendo favor: los pescadores despavoridos conociendo lo que yo habia hecho acudieron al remedio que fué taparme la boca, hinchiéndomela de yerba, y para confundir mis voces las daban ellos mayores apellidando justicia, justicia; y diciendo y haciendo tornaron á henchir la cuba de un pozo que allí estaba, con una presteza increible: el huésped salió con una alabarda, y todos los de la posada, cuales con asadores y cuales con palos: acudieron los vecinos y un alguacil con seis corchetes, que por allí acertó á pasar; el mesonero preguntó á los marineros qué era aquello: respondieron ser ladrones que les querian hurtar su pez: él como un perdido gritaba: ¡A los ladrones, á los ladrones! unos miraban si saldrian por la puerta ó si saltarian de un tejado á otro: ya mis custodios me habian tornado á la tina. Sucedió que el agua que de ella se habia derramado cayó toda por un agujero á un aposento mas bajo, sobre una cama donde dormia la hija de casa; la cual movida de caridad habia acogido en ella á un clérigo que para su contemplacion habia venido á aposentarse allí aquella noche. Espantáronse tanto del diluvio del agua que sobre su cama caia, y de las voces que todos daban, que sin saber qué hacer, se echaron por una ventana desnudos como Adan y Eva, pero sin hojas de higuera en sus vergüenzas. Hacia una luna muy clara, que su claridad podia competir con la del que se la daba; al punto que los vieron, apellidaron: ¡Ladrones, tengan los ladrones! Los corchetes y alguacil corrieron tras ellos, y á pocos pasos los alcanzaron, porque como iban descalzos, las piedras no les dejaban huir; y sin ser oidos ni vistos los llevaron á la cárcel. Los pescadores salieron muy de mañana de Madrid á Toledo sin saber lo que Dios habia hecho de la simple doncellita y del devoto clérigo.

CAPITULO VI.

Como llevaron á Lázaro á Toledo.

La industria de los hombres es vana: su saber, ignorancia, y su poder flaqueza, cuando Dios no le fortalece, enseña y guia. Mi trabajo sirvió solo de acrecentar el cuidado y solicitud de mis guardas, los cuales enojados del asalto de la noche pasada, me dieron tantos palos por el camino, que me dejaron casi por muerto, diciendo: Maldito pescado, ¿queriais iros? ¿no conoceis el bien que os hacen en no mataros? sois como la encina, que no dais el fruto sino á palos. Molido, reprendido y

muerto de hambre, me entraron en Toledo: aposentáronse junto á Zocodover en casa de una viuda, cuyos vinos solia yo pregonar. Pusiéronme en una sala baja, adonde acudia mucha gente. Entre otros vino mi Elvira con mi hija de la mano: cuando la ví no pude detener dos hilos de lágrimas que rebentaron de mis ojos. Lloraba y suspiraba, pero entre cuero y carne, porque no me privasen de lo que tanto amaba, y de la vista de lo que quisiera tener mil ojos para ver; aunque fuera mejor que los que me privaban de la palabra lo hicieran de la potencia visiva, porque mirando atentamente á mi mujer, la ví, ¡no sé si lo diga!... víla la tripa á la boca: quedé espantado y atónito; aunque si tuviera juicio no tenia de qué, pues el arcipreste mi señor me habia dicho cuando salí de aquella ciudad para la guerra, haria con ella como si fuera suya propia. De lo que mas me pesaba era de no poder persuadirme estaba preñada de mí, pues habia mas de un año que estaba ausente. Cuando moraba con ella y vivíamos en uno, y me decia: Lázaro, no creas te haga traicion, porque si lo crees, haces muy mal, quedaba tan satisfecho, que huia de pensar mal de ella, como el diablo del agua bendita: pasaba la vida alegre, contento y sin celos, que es enfermedad de locos. Muchas veces he considerado entre mí, que esto de hijos consiste en la aprension; porque ¡cuántos hay que aman á los que piensan serlo suyos sin tener mas de ellos que el nombre! ¡y otros que por alguna quimera que se les pone en el capricho, los aborrecen por imaginar que sus mujeres les han puesto la madera tinteril en la cabeza! Comencé á contar los meses y dias; hallé cerrado el camino de mi consolacion: imaginé si mi buena consorte estaba hidrópica: duróme poco esta pia meditacion, porque al punto que de allí salió, comenzaron dos viejas á decirse una á otra: ¿Qué os parece de la arcipresta? no le hace falta su marido. ¿De quién está preñada? preguntó la otra. ¿De quién? prosiguió la primera: del señor arcipreste, y es tan bueno que por no dar escándalo si pare en su casa sin tener marido, la casa el domingo con Pierres el gabacho, que será tan paciente como mi compadre Lázaro. Este fué el toque y el *non plus ultra* de mi paciencia: comenzóseme á abrir el corazon sudando dentro del agua, y sin poder irme á la mano me caí desmayado en la pocilga: el agua se entraba á mas andar por todas las puertas sin resistencia alguna, dando muestras de estar muerto, harto contra mi voluntad, la cual fué de vivir todo lo que Dios quisiera y yo pudiese, á pesar de gallegos y de la adversa fortuna. Los pescadores afligidos hicieron salir fuera á todos, y con grande diligencia me sacaron la cabeza fuera del agua: halláronme sin pulso, y sin aliento, y sin él se lamentaban, llorando la pérdida que para ellos no era pequeña. Sacáronme fuera de la tina: procuraron hacerme vomitar lo que habia bebido; mas fué en vano, porque la muerte habia cerrado la puerta tras sí. Viéndose en blanco, y aun *in albis*, como domingo de Cuasimodo, no sabian imaginar el remedio, ni aun dar un medio á su pena y fatiga: salió decretado por el concilio de tres, que la noche venida me llevasen al rio y me echasen dentro con una piedra al cuello para que me sirviese de sepulcro la que lo habia hecho de verdugo.

CAPITULO VII.

De lo que sucedió á Lázaro en el camino del rio Tajo.

Ninguno desespere por mas afligido que se vea, pues cuando menos se catará abrirá Dios las puertas y ventanas de su misericordia, y mostrará no serle nada imposible, y que sabe, puede y quiere mudar los designios de los malos en saludables y medicinales remedios para los que en él confian. Pareciéndoles á aquellos sayones de ramplon, que la muerte no se burlaba, siendo costumbre suya no hacerlo, me metieron en un costal, y atravesándome en un macho, como zaque de vino, ó por mejor decir de agua, estando lleno de ella hasta la boca, se encaminaron por la cuesta del Cármen con mas tristeza, que si llevaran á enterrar al padre que los habia engendrado y á la madre que los parió. Quiso mi buena suerte que cuando me pusieron sobre el mulo, fué de pechos y tripas: como iba boca abajo, comencé á echar agua por ella, como si hubieran levantado las compuertas de una represa ó esclusa. Torné en mi acuerdo y cobrando aliento conocí estar fuera del agua y de aquel desdichado pelambre. No sabia donde estaba, ni adonde me llevaban: solo oí decir: Importa para nuestra seguridad buscar un pozo muy hondo para que no lo encuentren tan presto. Por el hilo saqué el ovillo: imaginándome lo que era, y viendo que no podia ser mas negro el cuervo que las alas, oyendo ruido de gente cerca, dí voces diciendo: ¡Aquí de Dios, justicia, justicia! Los del ruido eran la ronda, que acudieron á mis gritos con las espadas desnudas: reconocieron el costal y hallaron al pobre Lázaro hecho un abadejo remojado. En cuerpo y alma, sin ser oidos ni vistos, nos llevaron á todos á la cárcel: los pescadores lloraban por verse presos, y yo reia por estar libre. Pusiéronlos á ellos en un calabozo y á mí en una cama. A la mañana siguiente nos tomaron nuestros dichos; ellos confesaron la traida y llevada por España, mas que lo habian hecho creyendo era pescado, habiendo para ello pedido licencia á los señores inquisidores. Yo dije la verdad de todo, y como aquellos bellacos me tenian atraillado y puesto de manera que no podia pipear. Hicieron venir al arcipreste y á mi buena Elvira para probar si era verdad que yo fuese el Lázaro de Tormes que decia: dijo ser verdad que parecia en algo á su buen marido; mas que creia no era él, porque aunque habia sido una gran bestia, ántes seria mosquito que pez, y buey que pescado: diciendo esto y haciendo una grande reverencia se salió. El procurador de mis verdugos requirió que me quemasen, porque sin duda era mónstruo, y que él se obligaba á probarlo. ¡Eso seria el diablo, decia yo entre mí, si hay algun encantador que me persigue, transformándome en lo que le dá gusto! Los jueces le mandaron callar. Entró el señor arcipreste, que viéndome tan descolorido y arrugado, como tripa de vieja, dijo no me conocia en la cara, ni talle. Trújele á la memoria algunas cosas pasadas y muchas se-

cretas, que entre nosotros habian pasado; particularmente le dije se acordase de la noche que vino desnudo á mi cama, diciendo tenia miedo de un duende que habia en su aposento, y se habia acostado entre mi mujer y mí. Él, porque no pasase adelante con las señas, confesó ser verdad que yo era Lázaro su buen amigo y criado. Concluyóse el proceso con el testimonio del señor capitan que me sacó de Toledo y fué de los que se escaparon de la tormenta en el esquife, confesando ser yo en persona Lázaro su criado. Conformóse con esto la relacion del tiempo y lugar en que los pescadores dijeron haberme pescado. Sentenciáronlos á cada uno á doscientos azotes, y su hacienda confiscada, una parte para el rey, otra para los presos, y la tercera para Lázaro. Halláronles dos mil reales, dos mulas y un carro: de que pagadas las costas y gastos, me cupieron veinte ducados. Quedaron los marineros pelados y aun desollados, y yo rico y contento, porque en mi vida me habia visto señor de tanto dinero junto. Fuíme á casa de un amigo, donde despues de haber envasado algunas cántaras de vino para quitar el mal gusto del agua, y puesto á lo de Dios es Cristo, comencé á pensearme como un conde, comiendo como cuerpo de rey, honrado de mis amigos, temido de mis enemigos, y acariciado de todos. Los males pasados me parecian sueño; el bien presente, puerto de descanso, y las esperanzas futuras, paraiso de deleites. Los trabajos humillan, y la prosperidad ensoberbece. El tiempo que los veinte escudos duraron, si el rey me hubiera llamado primo, lo tuviera por afrenta. Cuando los españoles alcanzamos un real, somos príncipes, y aunque nos falte, nos lo hace creer la presuncion. Si preguntais á un mal trapillo quién es, responderos há por lo menos, que desciende de los godos, y que su corta suerte lo tiene arrinconado, siendo propio del mundo loco levantar á los bajos y bajar á los altos; pero que aunque así sea, no dará á torcer su brazo, ni se estimará en menos que el mas preciado, y morirá ántes de hambre, que ponerse á un oficio; y si se ponen á aprender alguno, es con tal desaire que, ó no trabajan, ó si lo hacen, es tan mal, que apenas se hallará un buen oficial en toda España. Acuérdome que en Salamanca habia un remendon que cuando le llevaban algo que remendar, hacia un soliloquio quejándose de su fortuna que le ponia en términos de trabajar en un tan bajo oficio, siendo descendiente de tal casa y de tales padres, que por su valor eran conocidos en España. Pregunté un dia á un vecino suyo, quiénes habian sido los padres de aquel fanfarron: dijéronme que su padre habia sido pisador de uvas, y en invierno matapuercos, y su madre lavavientres: quiero decir, criada de mondonguera. Habia yo comprado un vestido de terciopelo raido, y una capa traida de raja de Segovia: llevaba una espada con cuya contera desempedraba las calles. No quise ir á ver á mi mujer cuando salí de la cárcel, por hacerle desear mi visita, y para vengarme del desprecio que habia hecho de mí, en ella: creí sin duda que viéndome tan bien vestido se arrepentiria y recibiria con los brazos abiertos: mas tijeretas eran y tijeretas fueron. Halléla parida y recien casada: cuando me vió dijo gritando: ¡Quítenme de delante á ese pescado mal remojado, cara de ansaron pelado, que sino, por el siglo de mi padre, me levante y le saque los

ojos. Yo con mucha flema la respondí: Poco á poco, señora atizacandiles, que si no me conoce por marido, ni yo por mujer: dénme á mi hija, y tan amigos como ántes: hacienda he ganado, proseguí, para casarla muy honradamente. Parecíame que aquellos veinte ducados habian de ser como las cinco blancas de Juan espera en Dios, que en gastándolas hallaba otras cinco en su bolsa, mas á mí, como era Lazarillo del diablo, no me sucedió así, como se verá en el siguiente capítulo. El señor arcipreste se opuso á mi demanda, diciendo que no era mia, y para prueba de ello me mostró el libro del bautismo, que confrontado con los capítulos matrimoniales, se veia que la niña habia nacido cuatro meses despues que yo habia conocido á mi mujer. Caí de mi asno, en que hasta entónces habia estado á caballo, creyendo ser mi hija la que no lo era. Volví las espaldas tan consolado como si jamas las hubiera conocido. Fuí á buscar á mis amigos, contéles el caso, consoláronme, que fué menester poco para ello. No quise tornar al oficio de pregonero, porque aquel terciopelo me habia sacado de mis casillas. Yéndome á pasear hácia la puerta de Visagra, en la de San Juan de los Reyes, encontré á una antigua conocida, que despues de haberme saludado me dijo, como mi mujer estaba mas blanda despues que habia sabido tenia dineros, particularmente porque el gabacho la habia parado como nueva. Roguéla me contase el caso; ella lo hizo, diciendo que el señor arcipreste y mi mujer se habian puesto un dia á consultar si seria bueno tornarme á recibir á mí y echar el gabacho, poniendo razones en pró y en contra: la consulta no fué tan secreta, que el nuevo velado no la entendiese, el cual disimulando, á la mañana se fué á trabajar al olivar, adonde su mujer y la mia fué á medio dia á llevarle la comida. Él la ató al pié de un árbol, habiéndola primero desnudado, donde le dió mas de cien azotes, y no contento con esto, hizo un lio de todos sus vestidos, y quitándole las sortijas se fué con todo, dejándola atada, desnuda y lastimada, donde sin duda muriera si el arcipreste no hubiera enviado á buscarla. Prosiguió diciendo, creia sin falta, que si yo echaba rogadores me recibirian como ántes, porque ella la habia oido decir: Desdichada de mí, ¿por qué no admití á mi buen Lázaro, que era bueno como el buen pan, nada melindroso, ni escrupuloso, el cual me dejaba hacer lo que queria? Este fué un toque que me trastornó de arriba abajo, y estuve por tomar el consejo de la buena vieja, pero quise comunicarlo primero con mis amigos.

CAPITULO VIII.

Como Lázaro pleiteó contra su mujer.

Somos los hombres de casta de gallinas ponederas, que si queremos hacer algun bien, lo gritamos y cacareamos; pero si mal, no queremos que nadie lo sepa, para que no nos disuadan lo que seria bueno estorbasen. Fuí á ver á uno de mis amigos, y hallé tres juntos, porque despues

que tenia dineros, se habian multiplicado como moscas con la fruta: díjeles mi deseo, que era tornarme con mi mujer, y quitarme de malas lenguas, siendo mejor el mal conocido, que el bien por conocer: afeáronme el caso, diciendo era un hombre que no tenia sangre en el ojo, ni sesos en la cabeza, pues queria juntarme con una ramera, piltrafa, escalentada, mata-candiles, y finalmente, mula del diablo, que así llaman en Toledo á las mancebas de los clérigos. Tales cosas me dijeron y tanto me persuadieron, que determiné de no rogar ni convidar. Echando de ver mis buenos amigos ¡del diablo lo fueran ellos! que su consejo y persuasiones eran eficaces, pasaron adelante diciendo me aconsejaban, como quien tan íntimo lo era suyo, sacase las manchas y quitase el borron de mi honra tornando por ella, pues iba tan de capa caida, dando una querella contra el arcipreste y contra mi mujer, pues todo no me costaria blanca, ni cornado, siendo ellos como eran ministros de justicia. El uno que era un procurador de causas perdidas, me ofrecia cien ducados por mi provecho: el otro como mas entendido por ser un letrado de cantoneras, me decia que si él estuviera en mí pellejo, no daria mi ganancia por doscientos: el tercero me aseguraba (que como corchete que era lo sabia muy bien) haber visto otros pleitos menos claros, mas dudosos, que habian valido á los que los habian emprendido una ganancia sin cuento; cuanto mas que creia que á los primeros encuentros del dómine Bacalarius, me hinchiria á mí las manos, y se las untaria á ellos, porque desistiésemos de la querella, rogándome que tornase con mi mujer, resultándome de ello mas honra y provecho, que no si yo lo hacia. Encarecieron la cura arregostándome con buenas esperanzas. Cogiéronme del pié á la mano, sin saber qué responder á sus argumentos sofísticos, aunque bien se me alcanzaba ser mejor perdonar y humillarse, que no llevar las cosas á punta de lanza, cumpliendo el mandamiento de Dios mas dificultoso, que es el amor á los enemigos, y mas que mi mujer no me habia hecho obras de ello; al contrario, por ella habia comenzado á alzar cabeza y á ser conocido de muchos, que con el dedo me señalaban diciendo: Veis aquí al pacífico Lázaro: por ella comencé á tener oficio y beneficio. Si la hija que el arcipreste decia no ser mia, era ó no, Dios escudriñador de los corazones lo sabe, y podria ser que así como yo me engañé, él pudiera engañarse tambien, como puede suceder que alguno de los que leyendo mis simplicidades, riendo se hinche la boca de agua, y las barbas de babas, sustente á los hijos de algun reverendo; trabaje, sude y afane por dejar ricos á los que empobrecen su honra, creyendo por cierto, que si hay mujer honrada en el mundo es la suya: y aun podria ser que el apellido que tienes, amigo lector, de Cabeza de Vaca, lo hubieses tomado de la de un toro. Mas dejando á cada uno con su buena opinion, todas estas buenas consideraciones no bastaron, y así dí una querella contra el arcipreste y contra mi mujer. Como habia dinero fresco, en veinte y cuatro horas los pusieron en la cárcel, á él en la del arzobispo, y á ella en la pública. Los letrados me decian no reparase en los dineros que me podia costar aquel negocio, pues todo habia de salir de las costilas del dómine; y así por hacerle mas mal, y que fuesen mayores las cos-

tas, daba cuanto me pedian. Andaban listos, solícitos y bulliciosos; sentian el dinero como las moscas la miel; no daban paso en vano. En menos de ocho dias el pleito estuvo muy adelante y mi bolsa muy atras. Las probanzas se hicieron con facilidad, porque los alguaciles que los habian preso, los hallaron en fragante delito y los llevaron á la cárcel en camisa como estaban: los testigos eran muchos, y sus dichos verdaderos. Los buenos del procurador, letrados y escribanos, que conocieron la flaqueza de mi bolsa, comenzaron á desmayar; de suerte, que para hacerles dar un paso, era menester meterles mas espuela que á mula de alquiler. La remision fué tan grande, que conocida por el arcipreste y los suyos, comenzaron á gallear, untándoles las manos y los pies á los suyos: parecian pesas de reloj, que subian á medida que los mios bajaban. Diéronse tal maña, que en quince dias salieron de la cárcel bajo fiado, y en menos de ocho, con testigos falsos condenaron al pobre Lázaro á pedir perdon, en costas y destierro perpétuo de Toledo. Pedí perdon, como era justo lo hiciese, quien con veinte escudos se habia puesto á pleitear con quien los contaba á espuertas. Dí hasta mi camisa para ayuda de pagar las costas, saliendo en porreta á cumplir mi destierro. Víme en un instante rico, pleiteando contra una dignidad de la santa iglesia de Toledo, empresa solo para un príncipe; respetado de mis amigos, y puesto en predicamento de hombre honrado que no sufria moscas en la matadura, y en el mismo me hallé echado, no del paraiso terrenal, cubiertas mis vergüenzas con hojas de higuera, mas del lugar que mas amaba y de donde tantos regalos y placeres habia recibido, cubierta mi desnudez con andrajos, que en unos muladares habia hallado. Acojíme al consuelo comun de todos los afligidos, creyendo que pues estaba en lo mas bajo de la rueda de la fortuna, necesariamente habia de volver á subir. Acuérdome ahora de lo que oí decir una vez á mi amo el ciego, que cuando se ponia á predicar era un águila; que todos los hombres del mundo subian y bajaban por la rueda de la fortuna, unos siguiendo su movimiento, y otros al contrario, habiendo entre ellos esta diferencia: que los que iban segun el movimiento con la facilidad que subian, con la misma bajaban; y los que al contrario, si una vez subian á la cumbre, aunque con trabajo, se conservaban en ella mas tiempo que los otros. Segun esto yo caminaba á pelo y con tanta velocidad, que apenas estaba en lo alto, cuando me hallaba en el abismo de todas las miserias. Víme hecho pícaro de mas de marca, habiendo sido hasta entónces recoleto, pude muy bien decir: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Encaminéme hácia Madrid pidiendo limosna, que lo sabia muy bien hacer: molinero solia ser, volvíme á mi menester. Contaba á todos mis cuitas, unos se dolian y otros se reian de mí, y algunos me daban limosna; con ella como no tenia hijos ni mujer que sustentar, me sobraba la comida y aun la bebida. Aquel año habian cojido tanto vino, que á las mas puertas que llegaba me decian si queria beber, porque no tenian pan que darme; jamás lo rehusé, y así me sucedió algunas veces en ayunas haber envasado cuatro azumbres de vino, con que estaba mas alegre que moza en víspera de fiesta. Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que

las otras no merecen este nombre: si los ricos la gustasen, dejarian por ella sus haciendas, como hacian los antíguos filósofos, que por alcanzarla, dejaban lo que poseian, digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y picaral es una misma; solo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseian por su amor, y los pícaros sin dejar nada la hallan. Aquellos despreciaban sus haciendas, para contemplar con menos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes: estos para correr á rienda suelta por el campo de sus apetitos: ellos las echaban en la mar, y estos en sus estómagos: los unos las menospreciaban como caducas y perecederas: los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdice de su profesion; de manera que la vida picaresca es mas descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como por camino mas libre, menos peligroso y nada triste.

CAPITULO IX.

Como Lázaro se hizo ganapan.

No hay oficio, ciencia ni arte, que si se ha de saber con perfeccion, no sea necesario emplear la capacidad del mas agudo entendimiento del mundo: á un zapatero que haya ejercitado treinta años su oficio, decidle que os haga unos zapatos anchos de puntas, altos de empeine y cerrados de lazo: ¿harálos? Primero que os haga un par como le pedis, os perderá los pies. Preguntad á un filósofo, porqué las moscas cagan en lo blanco negro, y en lo negro blanco: pararse há tan colorado, como moza á quien se lo vieron afeitar á la candela, y no sabrá qué responder; y si á esto responde, no lo hará á otras mil niñerías.

Encontré junto á Illescas un archipícaro, conocílo por la punta: me llegué á él como á un oráculo, para preguntarle el cómo me habia de gobernar en la nueva vida sin perjuicio de barras: respondióme, que si queria salir limpio de polvo y paja, juntase á la ociosidad de María, el trabajo de Marta: á saber que con ser pícaro añadiese serlo de cocina, del mandil, del rastro, ó de la soguilla, que era como poner una salvaguardia á la picardía. Díjome mas; que por no haberlo hecho así al cabo de veinte años que ejercitaba su oficio, el dia anterior le habian dado doscientos por holgazan: agradecíle el aviso y tomé su consejo. Cuando llegué á Madrid compré una soguilla, con que me puse en medio de la plaza, mas contento que gato con tripas. Dios y en hora buena, el primero que me engüeró fué una doncella (él me perdone si miento) de hasta diez y ocho años, mas relamida que monja novicia; díjome la siguiese; llevóme por tantas calles que pensé lo habia tomado á destajo, ó que se burlaba de mí: á cabo de rato llegamos á una casa, que en el postiguillo, patio y mujercillas que allí bailaban, conocí ser del partido:

entramos en su celda, donde me dijo si queria me pagase de mi trabajo antes que de allí saliese: respondile, bastaba cuando llegásemos á donde llevaba el lio: cargué con todo, y encaminándose á la puerta de Guadalajara, allí me dijo se habia de poner en un carro para ir á la feria de Nájera. La carga era ligera, por ser lo mas de ella salserillas, redomas de aceites y aguas: en el camino supe usaba de aquel oficio. El primero que me dió canilla, dijo ella, fué el padre rector de Sevilla, de donde soy natural, el cual lo hizo con tanta gracia, que desde aquel dia le soy muy devota: encomendóme á una beata con quien estuve bien proveida de lo necesario mas de seis meses: de allí me sacó un capitan llevándome de ceca en meca, y de zoca en colodra hasta donde me veis: ¡y pluguiera á Dios jamas hubiera salido de la proteccion de aquel buen padre que me trataba como á hija y me amaba como si fuera su hermana! al fin me ha sido necesario trabajar para ganar mi vida. En estas llegamos al carro que estaba para partir, puse en él lo que llevaba, pidiéndole me pagase mi trabajo. La descosida dijo, que de muy buena gana, y levantando el brazo me dió tan gran bofetada, que me echó en el suelo, diciendo: ¿Es tan bozal que pide dineros á las de mi oficio? ¿no le dije antes que partiésemos de la casa llana, se pagase en mí si queria? Saltó en el carro como un caballejo; picó dejándome picado: quedé mas corrido que mona, sin saber lo que me habia sucedido, considerando que si el fin de aquel oficio era tal como el principio, medraria bien al cabo del año. No me habia apartado de allí, cuando llegó otro carro que venia de Alcalá de Henares. Saltaron en tierra los que venian dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes. Uno de la órden de San Francisco, me dijo si le queria hacer caridad de llevarle su hato hasta su convento: díjele con alegría que sí, porque bien eché de ver que no me engañaria como habia hecho la berrionda. Carguémele, y era tan pesado, que apenas lo podia llevar; mas con la esperanza de la buena paga me esforcé. Llegué al monasterio muy cansado, porque estaba léjos: tomó el fraile su lio, y diciendo: Sea por el amor de Dios, cerró tras sí la puerta: aguardé allí hasta que saliese á pagarme; mas viendo que tardaba, llamé á la portería. Salió el portero preguntándome lo que queria: díjele me pagase el porte del hato que habia traido. Respondióme fuese con Dios que ellos no pagaban nada, y cerró la puerta diciendo no llamase mas, porque era hora de silencio, y que si lo hacia me daria cien cordonazos: quedéme helado. Un pobre de los que estaban en la portería me dijo: Hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dineros, porque viven de mogollon. Ellos, repliqué, pueden vivir de lo que quisieren, que mi trabajo me pagarán, ó yo no seré quien soy. Torné á llamar con gran cólera: salió el lego motilon con mayor, y sin decir qué haces ahí, me dió un rempujon, que me echó en el suelo como si fuera pera madura, y poniéndose de rodillas sobre mí, me dió media docena de rodillazos y otros tantos cordonazos, con que me dejó magullado, como si hubiera caido sobre mí la torre del reloj de Zaragoza. Quedéme allí tendido mas de media hora sin poderme lavantar: consideraba mi mala dicha, y las fuerzas de aquel irregular tan mal empleadas, que mejor estuviera sirviendo al

rey nuestro señor, que no comiendo las limosnas de los pobres; aunque ni para aquello son buenos, porque son carnes holgazanas. El emperador Carlos V mostró bien esto, cuando el general de los franciscos le ofreció veinte y dos mil frailes para la guerra, que no pasasen de cuarenta años, y que llegasen á los veinte y dos. El invicto emperador respondió que no los queria, porque habria menester veinte y dos mil ollas todos los dias para sustentarlos: dando á entender, ser mas hábiles para comer que para trabajar. ¡Dios me lo perdone! que desde aquel dia aborrecí tanto á estos religiosos legos que me parecia cuando los veia ver un zángano de colmena, ó una esponja de la grasa de la olla. Quise, pues, dejar aquel oficio, mas aguardé pasasen las veinte y cuatro horas.

CAPITULO X.

De lo que sucedió á Lázaro con una vieja alcahueta.

Desmayado y muerto de hambre me fuí poco á poco la calle adelante, y pasando por la plaza de la Cebada encontré una vieja rezadora con mas colmillos que un jabalí. Llegóse á mí diciendo, que si queria llevarle un cofre á casa de una amiga suya que estaba cerca de allí, me daria cuatro cuartos. Cuando lo oí dí gracías á Dios que de una boca tan hedionda como la suya salia una tan dulce palabra como era que me daria cuatro cuartos: díjele que sí, de muy buena gana, aunque mas buena era la de empuñar aquellos cuatro cuartos, que no de llevar carga, pues mas estaba para ser llevado que para llevar. Cargué el cofre con gran dificultad, porque era grande y pesado: díjome la buena vieja lo llevase con tiento, porque habia dentro unas redomas de aguas que las estimaba en mucho. Respondíla no tuviese miedo, que yo iria poco á poco; porque aunque quisiera no pudiera hacer otra cosa, por estar tan hambriento que apenas podia menearme. Llegamos á la casa donde llevábamos el arcon: recibiéronle con grande alegría, particularmente una doncellita cariampollar y repolluda (que tales sean las musarañas de mi cama, despues de bien harto) la cual con rostro alegre dijo queria guardar el cofre en su retrete. Llevélo á él; la vieja le dió la llave diciéndole lo guardase hasta que volviese de Segovia, adonde iba á visitar una parienta suya, y de donde pensaba volver dentro de cuatro dias. Abrazóla despidiéndose de ella: díjole dos palabras al oido, de que quedó tan colorada la doncella, que parecia una rosa; y aunque me pareció bien, mejor me hubiera parecido si estuviera harto. Despidióse de todos los de aquella casa, pidiendo perdon al padre y á la madre de la niña del atrevimiento: ellos le ofrecieron su casa para servirse de ella: dióme cuatro cuartos, diciéndome á la oreja, que á la mañana siguiente volviese á su casa y me haria ganar otros tantos. Fuíme mas alegre que una Pascua, y que dia de San Juan: cené con los tres, guardando uno para pagar la cama. Consideraba

la virtud del dinero, que al punto que aquella vieja me dió aquellos pocos cuartos, me hallé mas ligero que el viento, mas esforzado que Roldan y mas fuerte que Hércules. ¡Oh dinero que no sin razon la mayor parte de los hombres te tienen por dios! Tú eres la causa de todos los bienes, y el que acarreas todos los males. Tú eres el inventor de todas las artes, y el que las conservas en su perfeccion: por tí las ciencias son estimadas y las opiniones defendidas, las ciudades fortalecidas, y sus fuertes torres allanadas, los reinos restablecidos y al mismo tiempo perdidos. Tú conservas la virtud, y tú mismo la pierdes: por tí las doncellas castas se conservan, y las que lo son dejan de serlo: finalmente no hay dificultad en el mundo que para tí lo sea, ni lo mas escondido que no penetres; cuesta que no allanes, ni collado humilde que no ensalces.

Venida la mañana fuí á casa de la vieja, como me lo habia mandado: díjome volviese con ella á traer el cofre que habia llevado el dia ántes. Dijo á los señores de la casa que volvia por él, porque en el camino de Segovia, á media legua de Madrid, habia encontrado á su parienta que venia con la misma intencion que ella, de verla; y que lo habia de menester luego, á causa de la ropa limpia que en él habia, para aposentarla. La niña de la rollona la volvió la llave besándola y abrazándola con mas ahinco que la primera vez; y volviéndose á hablar al oido, me ayudaron á cargar mi cofre, que me pareció mas ligero que el dia ántes porque mi vientre estaba mas lleno. Bajando por la escalera encontré con un estorbo, que el diablo sin duda habia puesto allí; tropecé, y rodando con él bajé hasta el recibimiento donde estaban los padres de la inocente niña. Rompíme las narices y las costillas. Con los golpes que el diablo del arca dió, se abrió y apareció dentro un galan mancebo, con su espada y daga. Estaba vestido de camino; no tenia herreruelo; las calzas y ropilla eran de raso verde, con plumage del mismo color; ligas encarnadas con medias de nácar; zapato blanco y alpargatado. Púsose en pié con buen donaire, y haciendo una grande cortesía y reverencia, se salió por la puerta afuera. Quedaron atónitos de la repentina vision, y mirándose el uno al otro parecian matachines. Habiendo vuelto de su éxtasis, llamaron á gran prisa á dos hijos que tenian, y contándoles el caso con grande alboroto tomaron sus espadas diciendo: ¡Muera muera! salieron á buscar al pisaverde; mas como iba de prisa no le pudieron alcanzar. Los padres que quedaron en casa cerraron la puerta y acudieron á vengarse de la alcahueta, mas esta que habia oido el ruido y sabido la causa, se salió por una puerta falsa siguiéndola siempre la novia. Halláronse burlados y atajados, y bajaron á dar en mí, que estaba derrengado sin poderme mover, que si no fuera por esto hubiera seguido las pisadas del que me causó tanto mal. Llegaron los hermanos sudando y jadeando, jurando y votando que pues no habian alcanzado al infame habian de matar á su hermana y á la tercera; mas cuando les dijeron que se habian ido por la puerta trasera, allí fué el blasfemar, jurar y renegar. El uno decia: ¡Que no encontrára yo ahora aquí al mismo diablo con una caterva infernal para hacer en ellos tanto estrago como si fueran moscas! venid, venid, diablos; ¿mas para qué os llamo? pues cierto

que adonde estais temeis mi cólera y no osareis poneros delante. ¡Si yo hubiera visto aquel cobarde, con solo soplar, lo hubiera aventado adonde jamas se hubieran oido nuevas de él! El otro proseguia: ¡Si le hubiera alcanzado, el mayor pedazo que de él quedára habia de ser la oreja! mas si está en el mundo, y aunque no lo esté, no se escapará de mis manos, porque yo lo buscaré aunque se esconda en las entrañas de la tierra. Estas fanfarronadas y fieros decian, y el pobre Lázaro aguardaba que todos aquellos nublados descargarian sobre él. Mas miedo tenia de los muchachos, que habia diez ó doce, que de aquellos valentones. Chicos y grandes de tropel arremetieron á mí: los unos me daban de coces, los otros de puñadas; estos me tiraban de los cabellos, y aquellos me abofeteaban. No salió en vano mi temor, que las muchachas me metian las agujas de á blanca, que me hacian poner el grito en el cielo: las esclavas me pellizcaban haciéndome ver las estrellas: los unos decian, matémosle; los otros, mejor será echarlo en la letrina. El martilleo era tan grande que parecia majaban granzas, ó mazos de batan, que no cesaban. Viéndome sin aliento, cesaron de herirme, mas no de amenazarme. El padre, como mas maduro, ó como mas podrido, dijo me dejasen, y que si yo decia la verdad de quien era el robador de su honra, no me harian mas mal. No les podia satisfacer su deseo, porque ni sabia quien era, ni lo habia visto en mi vida hasta que salió del ataud; pero como no les decia nada tornaron de nuevo. Allí era el gemir, allí el llorar mi desdicha, allí el suspirar y renegar de mi corta fortuna, pues siempre hallaba nuevas invenciones para perseguirme. Díjeles, como pude, me dejasen, que yo les contaria lo que habia en aquel caso: hiciéronlo, y yo les dije al pié de la letra lo que pasaba; pero no daban crédito á la verdad. Viendo que la tempestad no cesaba, determiné engañarlos, si podia, y así les prometí de enseñarles el malhechor. Cesaron de martillear sobre mí, ofreciéndome maravillas: preguntáronme cómo se llamaba y en donde vivia: respondíles que no sabia el nombre, ni menos el de su calle; pero que si ellos me querian llevar, porque ir por mis pies era imposible, segun me habian maltratado, les enseñaria su casa. Holgáronse de ello; diéronme un poco de vino, con que torné algun tanto en mí, y bien armados me tomaron entre dos, de los sobacos, como á dama francesa, y me llevaron por Madrid. Los que me veian decian: A ese hombre lo llevan á la cárcel, otros, al hospital, y ninguno daba en el blanco. Iba confuso y atónito sin saber qué hacer ni decir, porque si queria llamar ayuda, habian de dar queja de mí á la justicia, que la temia mas que á la muerte: huir era imposible, no solo por el quebrantamiento pasado, pero por ir en medio del padre, hijos y parientes, que para el caso se habian juntado ocho ó nueve, y iban todos como unos San Jorges. Cruzamos calles, pasamos callejas, sin saber adonde estaba, ni adonde los llevaba. Llegamos á la Puerta del Sol, y por una calle que á ella sale, ví venir un galancete pisando de punta, la capa por debajo del brazo, con un pedazo de guante en una mano, y en la otra un clavel, braceando, que parecia primo hermano del duque del Infantado: hacia mil ademanes y contorsiones. Al punto le conocí, que era mi amo el escudero, que me habia hurtado el

vestido en Murcia: y sin duda que algun santo me lo deparó allí (porque yo no habia dejado ninguno en las letanías que no hubiese llamado). Como ví la ocasion que me mostraba su calva, asíla del copete, y con una piedra quise matar dos pájaros, vengándome de aquel fanfarron, y librándome de aquellos sayones. Así les dije: Señores, alerta, que el galan robador de vuestra honra viene aquí, que ha mudado de vestido. Ellos ciegos de cólera, sin hacer mas discurso, me preguntaron quién era: señáleselo: arremetieron á él y asiéndole de los cabezones le echaron en el suelo, dándole mil coces, puntapies y mojicones. Uno de los mozalvillos, hermano de la doncella, le quiso meter la espada por el pecho; mas su padre lo estorbó, y apellidando á la justicia lo maniataron. Como ví el juego revuelto y que todos estaban ocupados, tomé las de villadiego, y lo mejor que pude me escondí. Mi buen escudero me habia conocido, y pensando que eran algunos deudos mios que le pedian mi vestido, decia: Déjenme, déjenme, que yo pagaré dos vestidos; mas ellos le tapaban la boca á puñadas. Ensangrentado, descalabrado y molido le llevaron á la cárcel, y yo me salí de Madrid, renegando del oficio, y aun del primero que lo habia inventado.

CAPITULO XI.

Como Lázaro se partió para su tierra, y de lo que en el camino le sucedió.

Quise ponerme en camino, mas las fuerzas no llegaban al ánimo, y así me detuve en Madrid algunos dias; no lo pasé mal porque ayudándome de muletas, no pudiendo caminar sin ellas, pedia limosna de puerta en puerta, y de convento en convento, hasta que me hallé con fuerza de ponerme en camino: dime prisa á ello por lo que oí contar á un pobre, que al sol con otros se estaba espulgando: era la historia del cofre como la he contado, añadiendo que aquel hombre, que habian puesto en la cárcel pensando era el del arca, habia probado lo contrario, porque á la hora que habia pasado el caso, estaba ya en su posada, y persona del barrio le habia visto con otro vestido del con que lo habian prendido; mas que con todo eso lo habian sacado á la vergüenza por vagamundo, y desterrádolo de Madrid; y así él, como los parientes de la doncella buscaban un ganapan, que habia sido el que lo habia urdido, con juramento que el primero que lo encontrase lo habia de acribillar á estocadas. Abrí el ojo, y púseme en uno un parche, rapándome la barba como cucarro: quedé con tal figurilla, seguro de que la madre que me parió no me hubiera conocido. Salí de Madrid con intencion de irme á Tejares por ver si, tornando al molde, la fortuna me desconoceria. Pasé por el Escorial, edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacia (porque aun no estaba acabado) tal que se puede contar entre las maravillas del mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado á edificarle

allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero sí la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con solo ponerse á la sombra no enfada el calor, ni la frialdad ofende, siendo por extremo sano. A menos de una legua de allí encontré con una compañía de gitanos, que en un casal tenian su rancho : cuando me vieron de lejos, pensaron era alguno de los suyos, porque mi traje no prometia menos; mas de cerca se desengañaron. Esquiváronse algun tanto, porque segun eché de ver, hacian una consulta ó leccion de oposicion : dijéronme que aquel no era el camino derecho de Salamanca, pero sí el de Valladolid. Como mis negocios no me forzaban mas á ir á una parte que á otra, díjeles, que pues así era queria antes que volviese á mi tierra ver aquella ciudad. Uno de los mas ancianos me preguntó de donde era, y sabiendo que de Tejares, me convidó á comer por amor de la vecindad de los lugares, porque él era de Salamanca : admití el convite, y por postres me pidieron les contase mi vida y milagros. Hícelo sin hacerme de rogar con las mas breves y sucintas palabras, que cosas tan grandes permitian. Cuando llegué á tratar de la cuba, y de lo que en Madrid me habia sucedido en casa de un mesonero, dióles muy gran risa, particularmente á un gitano y á una gitana, que daban las carcajadas de mas de marca. Comencé á correrme poniéndome colorado : el gitano compatriota que conoció mi corrimiento dijo : No se apure, hermano, que estos señores no se rien de su vida, siendo ella tal, que pide antes admiracion que risa; y pues tan por extenso nos ha dado cuenta de ella, justo es le paguemos en la misma moneda, fiándonos de su prudencia, como él lo ha hecho de la nuestra; y si estos señores me dan licencia contarle hé de donde la risa procedió. Todos le dijeron la tenia, pues sabian que su mucha discrecion y experiencia no le dejarian pasar los límites de la razon. Sepa, pues, prosiguió él, que los que allí rien y carcajean, son la doncella y clérigo, que saltaron por la ventana *in puribus*, cuando el diluvio de su cuba los quiso anegar : ellos, si gustan, le contarán los arcaduces por donde han venido al presente estado. La gitana flamante pidió licencia, captando la benevolencia del ilustre auditorio, y así con voz sonora, reposada y grave relató su historia del modo siguiente : «El dia que salí ó salté, por mejor decir, de casa de mi padre y me llevaron á la trena, me pusieron en un aposento mas oscuro que limpio, y mas hediondo que adornado : al dómine Urvez, que está presente y no me dejará mentir, le metieron en el calabozo, hasta que dijo ser clérigo, que del mismo lo remitieron al señor obispo de anillo, que le dió una muy grande reprension por haberse pensado ahogar en tan poca agua, y haber dado tal escándalo; pero con la promesa que hizo de ser mas cauto, y de atar su dedo de modo que la tierra no supiese sus entradas y salidas, le soltaron mandándole no dijese misa en un mes. Yo quedé en guarda del alcaide, que como era mozo y galan, y yo niña, y no de mal talle, me bailaba el agua delante. La cárcel era para mí jardin y Aranjuez de deleites : mis padres, aunque indignados de mi libertad, hacian lo que podian para que la tuviese; pero en vano, porque el alcaide ponia los medios posibles para que no saliese de su poder. El señor licenciado que está presente andaba al rededor de la cár-

cel como perro de muestra, por ver si podia hablarme; hízolo por medio de una buena tercera, que era un águila en el oficio, vistiéndolo con una saya y cuerpo de una criada suya, y poniéndole un rebozo por la barba como si tuviera dolor de muelas. De la vista resultó la traza de mi salida. La noche siguiente se hacia un sarao en casa del conde de Miranda, y al final habian de danzar unos gitanos. Con ellos se concertó Canil (que así se llama ahora el señor vicario) para que le ayudasen en sus pretensiones: hiciéronlo tan bien, que mediante su industria, gozamos de la libertad deseada, y de su compañía, que es la mejor de la tierra. La tarde antes del sarao hice al alcaide mas monerías que gata tripera, y mas promesas que el que navega con borrasca: obligado de ellas respondió no con menos, rogándome le pidiese, que mi boca seria la medida, como no fuese carecer de mi vista. Agradecíselo mucho, diciéndole que el carecer de la suya seria para mí el mayor mal que me podia venir. Viendo la mia sobre el hito, roguéle que aquella noche, pues podia, me llevase á ver el sarao: parecióle cosa dificultosa; pero por no desdecirse, y porque el cieguecillo le habia tirado una flecha, me lo prometió. El alguacil mayor estaba tambien enamorado de mí, y habia encargado á todas las guardas, y al mismo alcaide tuviesen cuenta con mi regalo, y que ninguno me traspusiese: por hacerlo mas secreto me vistió como page, con un vestido de damasco verde, pasamanos de oro; el bohemio de terciopelo del mismo color, forrado de raso amarillo; una gorra con garzota y plumas, con un cintillo de diamantes; una lechuguilla con puntas de encage; medias pajizas, con ligas de gran balumba; zapatillo blanco picado y espada y daga dorada á lo de aires bola. Llegamos á la sala donde habia infinidad de damas y caballeros: ellos galanes y bizarros, y ellas gallardas y hermosas: habia muchos arrebozados y embozadas. Canil estaba vestido á la valentona, y en viéndome se me puso al otro lado, de manera que yo estaba en medio del alcaide y de él. Comenzó el sarao, donde ví cosas que por no hacer á mi cuento dejaré: salieron los gitanos á bailar y voltear: sobre las vueltas se asieron dos de ellos de palabras, y de unas en otras, desmintió el uno al otro. El desmentido le respondió con una cuchillada en la cabeza, haciéndole echar tanta sangre de ella que parecia habian muerto un buey. Los asistentes, que hasta entónces habian pensado ser burlas, se alteraron, gritando; aquí de la justicia; los ministros de ella se alborotaron; todos los circunstantes metieron mano á las espadas; yo saqué la mia, y cuando me ví con ella en la mano me puse á temblar de miedo de ella. Prendieron al delincuente, y no faltó quien, echado para ello, dijese que estaba allí el alcaide á quien lo podian entregar: el alguacil mayor le llamó para encargarle el homicida. Quisiera llevarme consigo; pero por miedo que no me conociesen me dijo me retirára á un rincon, que me mostró, y que no me apartase de allí hasta que él volviese. Cuando ví aquella ladilla despegada de mí, tomé de la mano al dómine Canil, que estaba sin moverse de mi lado, y en dos brincos salimos á la calle donde hallamos á uno de estos señores, que nos encaminó á su rancho. Cuando el herido, que ya todos tenian por muerto, echó de ver que estaríamos libres, se

levantó diciendo: Señores, basta de burla, que yo estoy sano, y esto no ha sido sino para alegrar la fiesta. Quitóse una caperuza dentro de la cual estaba una vegiga de buey, que encima de un buen casco acerado tenia llena de sangre preparada, y con la cuchillada se habia reventado. Todos comenzaron á reir de la burla, sino el alcaide, para quien fué muy pesada: torció al lugar señalado, y no hallándome en él, comenzó á buscarme preguntando á una gitana vieja si habia visto un page de tales y tales señas. Ella que estaba advertida le dijo que sí, y que le habia oido decir, cuando salió de la mano con un hombre, vámonos á retirar á San Felipe: fuése con grande prisa á buscarme, mas en vano, porque él iba hácia oriente, y nosotros huíamos al occidente. Antes que saliésemos de Madrid, habíamos trocado mi vestido, y del que me dieron, encima doscientos reales: vendí el cintillo en cuatrocientos escudos: dí á estos señores en llegando doscientos, porque así se lo habia prometido Canil. Este es el cuento de mi libertad, si el señor Lázaro quiere otra cosa mande, que en todo se le servirá como su gallarda presencia merece.» Agradecíle la cortesía, y con la mejor que pude me despedí de todos: el buen viejo me acompañó media legua; preguntéle en el camino si los que estaban allí eran todos gitanos nacidos en Egipto: respondióme que maldito el que habia en España, pues que todos eran clérigos, frailes, monjas ó ladrones, que habian escapado de las cárceles, ó de sus conventos; pero que entre todos, los mayores bellacos eran los que habian salido de los monasterios, mudando la vida contemplativa en activa. Tornóse con esto á su rancho, y yo á caballo en la mula de san Francisco me dirigí á Valladolid.

CAPITULO XII.

De lo que le sucedió á Lázaro en una venta, une legua ántes de Valladolid.

Que rumiar llevé para todo el camino de mis buenos gitanos, de su vida, costumbres y tratos. Espantábame mucho cómo la justicia permitia públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de apóstatas y escuela de maldades; particularmente me admiré de que los frailes dejasen su vida descansada y regalona, por seguir la desastrada y aperreada del gitanismo; y no hubiera creido ser verdad lo que el gitano me dijo, si no me hubiera mostrado á un cuarto de legua del rancho, detras de las paredes de un arrañal, un gitano y una gitana, él rehecho y ella carillena; él no estaba quemado del sol, ni ella curtida de las inclemencias del cielo. El uno cantaba un verso de los salmos de David, y la otra respondia con otro: advirtióme el buen viejo, que aquellos eran fraile y monja, que no habia mas de ocho dias que habian venido á su congregacion con deseo de profesar mas austera vida. Llegué á una venta una legua antes de Valladolid, en cuya puerta ví

sentada á la vieja de Madrid con la doncellita de marras : salió mi galancete á llamarlas para que entrasen á comer; no me conocieron por ir tan disfrazado, siempre con mi parche en el ojo, y mis vestidos á lo bribonesco; mas yo conocí ser el Lázaro que habia salido del monumento que tanto me habia costado. Púseme delante de ellos, para ver si me darian algo; no me podian dar, pues no tenian para ellos. El galan, que habia servido de despensero, fué tan liberal, que para él, para su enamorada y para la vieja alcahueta, habia hecho aderezar un poco de hígado de puerco con una salsa : todo lo que habia en el plato, lo hubiera yo traspalado en menos de dos bocados. El pan era tan negro como los manteles, que parecian túnica de penitente ó barredero de horno. Coma, mi vida, le decia el señor, que este manjar es de príncipes : la tercera comia y callaba por no perder tiempo, y por ver que no habia para tantos envites; comenzaron á fregar el plato que le quitaban el betun : acabada la triste y pobre comida, que mas hambre que hartura les habia causado, el señor enamorado se escusó con decir que la venta estaba mal provista. Viendo que allí no habia nada para mí, pregunté al huésped si habia que comer, díjome que segun la paga : quísome dar una poca de asadura : preguntéle si tenia otra cosa : ofrecióme un cuartillo de cabrito que aquel enamorado no habia querido por ser caro : quise hacerles un fiero, y así dije me le diese : púseme con él á los pies de la mesa, donde era de ver el mirar de ellos : á cada bocado tragaba seis ojos, porque los del enamorado, los de la señora y los de la alcahueta estaban clavados en lo que comia. ¿Qué es esto? dijo la doncella, ¿aquel pobre come un cuartillo de cabrito, y para nosotros no ha habido mas que una pobre patorrilla? El galan respondió habia pedido al huésped algunas perdices, capones ó gallinas, y que habia dicho no tenia otra cosa que darle : yo que sabia el caso, y que por no gastar, ó por no tener de que hacerlo, les habia hecho comer con dieta, quise comer y callar : parecia aquel cabrito piedra iman; cuando menos me caté, los hallé á todos tres encima de mi plato. La sin vergüenza cachondilla tomó un bocado y dijo : Con vuesa licencia, hermano, y ántes de tenerla, ya lo habia metido en la boca. La vieja replicó : No le quiteis á este pecador su comida. No se la quitaré, dijo ella, porque yo se la pienso pagar muy bien; y diciendo y haciendo comenzó á comer con tanta prisa y rabia, que parecia no lo habia hecho en seis dias : la vieja tomó un bocado por probar qué gusto tenia; el galan diciendo, esto les agrada tanto, se hinchó la boca con un tasajo como un puño. Viendo pues que se desmandaba, tomé todo lo que habia en el plato y me lo meti de un bocado : como era tan grande no podia ir atrás, ni adelante. Estando en este conflicto, entraron por la puerta dos caballeros armados con jacos, casquetes y rodelas : traia cada uno un pedreñal al lado, y otro en el arzon de la silla : apeáronse dando las mulas á un criado de á pié : dijeron al huésped si habia algo que comer : él les dijo habia muy buen recado y que entretanto que lo aderezaba, si sus mercedes se servian, podian entrarse en aquella sala. La vieja, que al ruido habia salido á la puerta, entró con las manos en la cara, haciendo mil inclinaciones, como fraile novicio : hablaba por ceo; retorcíase hácia una y

otra parte, como si estuviera de parto, dijo lo mas bajo y mejor que pudo : ¡Perdidos somos! los hermanos de Clara, que este era el nombre de la doncelluela, estan en el portal. La mozuela comenzó á desgreñarse y mesarse, dándose tan grandes bofetadas, que parecia endemoniada. El galancete, que era animoso, las consolaba diciendo, no se afligiesen, que donde él estaba no habia de que temer : yo, atisbando, con la boca llena de cabrito, cuando oí que aquellos valentones estaban allí, pensé morir de miedo, y lo hubiera hecho; mas como mi gaznate estaba cerrado, el alma se tornó á su lugar, por no hallar la puerta abierta. Entraron los dos Cides, y al punto que vieron á su hermana y á la alcahueta, dijeron gritando : Aquí estan, aquí las tenemos, aquí morirán. A los gritos fué tal mi espanto, que dí en el suelo : con el golpe eché el cabrito que me ahogaba. Pusiéronse las dos detras del caballerejo, como pollos debajo de las alas de la gallina, cuando huyen del milano : él con gentil ánimo metió mano á su espada, y se fué para ellos con tanta furia, que de espanto se quedaron hechos dos estátuas : heláronseles las palabras en la boca, y las espadas en las vainas. Preguntóles qué querian ó qué buscaban, y diciendo esto arremetió al uno y le sacó la espada, poniéndosela en los ojos, y la otra al otro : á cada movimiento que él hacia con las espadas, temblaban como las hojas en el árbol. La vieja y la hermana que vieron tan rendidos á los dos Roldanes, se llegaron á ellos y los desarmaron : el ventero entró al ruido que todos hacíamos (porque ya yo me habia levantado y tenia al uno de la barba). Parecióme aquello á los toros uncidos de mi tierra, que cuando los muchachos los ven huyen de ellos, mas poco á poco se les atreven, y conociendo que no son bravos, ni lo parecen, se les llegan tan cerca, que perdido el temor les echan mil estropajos. Como ví que aquellas madagañas no eran lo que parecian, me animé y acometí á ellos, con mas ánimo que mi mucho temor pasado permitia. ¿Qué es esto? dijo el huésped, ¿en mi casa tanto atrevimiento? Las mujeres, el caballerete y yo comenzamos á gritar, diciendo eran ladrones que nos venian siguiendo para robarnos : el ventero que los vió sin armas, y á nosotros con la victoria, dijo : ¿Ladrones en mi casa? y echó mano de ellos, y ayudándole nosotros los metió en un sótano, sin valerles razon que alegasen en contrario. El criado de los dos, que venia de dar recado á las mulas, preguntó por sus amos, y el ventero le puso con ellos : tomó sus maletas, cojines y porta-manteos, y los encerró; repartiéndonos las armas, como si fueran suyas, no nos pidió nada de la comida por que firmásemos la sumaria que contra ellos habia hecho, en que como ministro de la inquisicion, que decia era, y como justicia de aquel pago, condenó á los tres á galeras perpétuas, y á doscientos azotes al rededor de la venta. Apelaron á la chancillería de Valladolid, adonde el buen mesonero con tres criados suyos los llevaron, y cuando los desdichados pensaron estar delante de los señores oidores, se hallaron delante de los inquisidores; porque el taimado ventero habia puesto en el proceso algunas palabras, que ellos habian dicho contra los oficiales de la santa inquisicion (crímen imperdonable). Pusiéronlos en oscuros calabozos, de donde, como ellos pensaron, no pudieron escribir á su pa-

dre, ni avisar á persona alguna para que los ayudasen, y donde los dejaremos bien guardados para tornar á nuestro huésped, que lo encontramos en el camino. Díjonos como los señores inquisidores le habian mandado hiciese parecer ante ellos á los testigos que firmaban en el proceso; pero que él como amigo nos avisaba nos escondiésemos. La doncellita le dió una sortija que tenia en su dedo, rogándole hiciese de modo que no fuésemos á su presencia: prometióselo: el ladron habia dicho aquello por hacernos huir, porque si quisiesen oir los testigos no se descubriese su bellaquería (que no era la primera). Dentro de quince dias se hizo auto público en Valladolid, donde ví salir entre los otros penitentes á los tres pobres diablos, con mordazas en las bocas, como blasfemos, que habian osado poner la lengua en los ministros de la santa inquisicion, gente tan santa y perfecta como la justicia que administran. Llevaban corozas y un sambenito cada uno, en que iban escritas sus maldades, y las sentencias que por ellas les daban: pesóme de ver aquel pobre mozo de mulas, que pagaba lo que no debia: de los otros no tenia tanta lástima, por la poca que de mí habian tenido: confirmaron la sentencia del huésped, añadiendo á cada uno trecientos azotes, de manera que les dieron quinientos, y los enviaron á galeras, donde se les pasaron los fieros y bravatas. Yo busqué mi fortuna: muchas veces encontré en el prado de la Magdalena á las dos amigas, sin que jamas me hubiesen conocido, ni supiesen que yo las conocia. Al cabo de los pocos dias ví á la doncellica de religiosa en la casa de poco trigo, donde ganaba para sustentar á su respeto y á ella: la vieja ejercitaba su oficio en aquella ciudad.

CAPITULO XIII.

Como Lázaro sirvió de escudero á siete mujeres juntas.

Llegué á Vallodolid con seis reales en la bolsa, porque la gente que me veia tan flaco y descolorido, me daba limosna con mano franca y yo la recibia, no con escasa: fuíme derecho á la ropería, donde por cuatro reales y un cuartillo, compré una capa larga de bayeta, que habia sido de un portugués, tan raida como rota y descosida. Con ella, y con un sombrero alto como chimenea, ancho de ala, como de fraile Francisco, que compré por medio real, y con un palo en la mano, me paseaba por el lugar: los que me veian se burlaban de mí; cada uno me decia su apodo: los unos me llamaban filósofo de taberna; otros: Veis allí á san Pedro vestido en víspera de fiesta; otro: ¡Ah señor ratiño! ¿quiere sebo para sus botas? No faltó quien dijese parecia alma de médico de hospital: yo hacia orejas de mercader y pasaba por todo. A pocas calles andadas encontré con una mujer de verdugado y chapines de mas de marca, puesta la mano en la cabeza de un muchacho, un manto de

soplillo, que la cubria hasta los pechos: preguntóme si sabia de un escudero: respondíle no sabia de otro sino de mí, y que si le agradaba podia disponer como de cosa propia. Concertéme con ella en dame acá esas pajas; prometióme tres cuartillos de racion y quitacion: tomé posesion del oficio dándole el brazo; arrojé el palo, porque no tenia de él necesidad, pues solo lo traia para mostrarme enfermo y mover á piedad. Envió el niño á casa mandándole dijese á la moza tuviese la mesa puesta y la comida aderezada: trújome mas de dos horas de ceca en meca, y de zoca en colodra; á la primera visita que llegamos me advirtió la señora, que cuando ella llegase me habia de adelantar á la casa adonde iba preguntando por la señora ó señor de la casa, y decir Juana Perez, mi señora, que este era su nombre, quiere besar á su merced las manos: advirtióme tambien que jamas me habia de cubrir delante de ella, cuando estuviese parada en alguna parte: díjele que yo sabia la obligacion de un criado, y así cumpliria con ella. Grande era el deseo que tenia de ver la cara de mi ama reciente; mas no podia por ir rebozada: díjome que no me podia tener solo para ella; pero que buscaria algunas vecinas suyas á quien sirviese, entre las cuales me darian la racion que me habia prometido, y que entretanto que todas no concurriesen, que seria con brevedad, ella me daria su parte. Preguntóme si tenia donde dormir; respondíle que no: No os faltará, dijo ella, porque mi marido es sastre y os acomodareis con los mancebos: no podiais, prosiguió, hallar en la ciudad mejor comodidad, porque ántes de tres dias tendreis seis señoras, que cada una os dará un cuarto. Quedé medio atónito de ver la gravedad de aquella mujer, que parecia por lo menos lo era de algun caballero Pardo, ó de algun ciudadano rico: espantóme tambien de ver que para ganar tres pobres cuartillos cada dia, habia de servir á siete mujeres; pero consideré que valia mas algo que nada, y que aquel no era oficio trabajoso, de lo que yo huia como del diablo, porque siempre quise mas comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando. Dióme el manto y los chapines en llegando á casa, para que los diese á la criada. Ví lo que deseaba: no me dejó de agradar la mujercilla; era briosa, morenica y de buen talle; solo me desagradó que la relucia la cara como cazuela barnizada: dióme el cuarto diciendo acudiese cada dia dos veces, una á las ocho de la mañana, y otra á las tres de la tarde, para ver si ella queria salir de casa. Fuíme á una pastelería, y con un pastel de á cuarto dí fin á mi racion. Todo lo demas del dia pasé como camaleon, porque ya habia acabado la limosna que en el camino me habian dado, y no osaba ponerme á pedirla, porque si mi ama lo supiera me comiera. Fuí á su casa á las tres: díjome que no queria salir pero que me advertia que de allí adelante no me pagaria el dia que no saliese, y que si no salia mas de una vez al dia, no me daria mas de dos maravedises; mas me dijo: Que pues ella me daba cama, la habia de preferir á las demas, intitulándome por su criado. La cama era tal, que merecia bien esto y mas: hízome dormir con los aprendices encima de una gran mesa, sin maldita otra cosa, que una manta raida para cubrirnos: pasé dos dias con la miseria que con cuatro maravedises podia comprar: al

cabo de ellos entró en la cofradía la mujer de un zurrador, que regateó mas de una hora los dos ochavos. Finalmente en cinco dias tuve siete amas, y de racion siete cuartos. Comencé á comer espléndidamente, bebiendo, no de lo peor; aunque no de lo mas caro, por no tender la pierna mas de hasta donde llegaba la sábana: las otras cinco dueñas eran una viuda de un corchete; la mujer de un hortelano; una sobrina, que decia ser, de un capellan de las descalzas, moza de buen fregado; y una mondonguera, que era á quien yo mas queria, porque siempre que me daba el cuarto me convidaba con caldo de mondongo: y ántes que de su casa saliese, habia embasado tres ó cuatro escudillas con que pasaba una vida, que Dios nunca me la dé peor. La última era una beata; con esta tenia mas que hacer que con todas, porque jamas hacia sino visitar frailes, con quienes cuando estaba á solas, no habia juglar como ella: su casa parecia colmena: unos entraban, otros salian, y todos le traian las mangas llenas, y á mí, porque fuese fiel secretario, me daban algunos pedazos de carne, que de su racion se metian en las mangas. En mi vida he visto mayor hipócrita que esta. Cuando iba por las calles, no alzaba los ojos del suelo, no se le caia el rosario de la mano, siempre lo rezaba por la calle: todas las que la conocian la pedian rogase á Dios por ellas, pues que sus oraciones eran tan aceptas: ella las respondia era una grande pecadora; y no mentia, que con la verdad engañaba. Cada una de estas mis amas tenia su hora señalada: cuando me decian no querer salir de casa, iba á la otra, hasta que acababa mi tarea: señalábanme el tiempo en que debia volver á buscarlas, y esto sin falta, porque si por malos de mis pecados tardaba un poco, la señora delante de las que estaban en la visita me decia mil perrerías, y me amenazaba, que si continuaba en mis descuidos, buscaria otro escudero mas diligente, cuidadoso y puntual. Quien la oia gritar y amenazar con tanto orgullo, sin duda creia me daba cada dia dos reales, y de salario cada año treinta ducados. Cuando iban por las calles, parecian la mujer del presidente de Castilla, ó por lo menos de un oidor de chancillería. Sucedió un dia, que la sobrina del capellan, y la corcheta, se encontraron en una iglesia, y queriéndose volver las dos á sus casas á un mismo tiempo, sobre á quien habia yo de acompañar la primera, hubo una riña tan grande, que parecia estábamos en el horno (1); tiraban de mí, la una por un cabo, la otra por otro, con tanta rabia que me despedazaron la capa. Quedé en pelota, porque debajo de ella maldita otra cosa tenia, sino un andrajo de camisa, que parecia red de pescar. Los que veian las carnes que por la desgarrada camisa descubria, reian á boca llena: la iglesia parecia taberna. Los unos se burlaban del pobre Lázaro: los otros escuchaban á las dos damas, que desenterraban sus abuelos. Con la prisa que tenia de recoger los pedazos de mi capa, que de maduros se habian caido, no pude escuchar lo que se decian; solo oí decir á la viuda: ¿De

(1) En muchos pueblos hay hornos públicos que llaman de poya, adonde cada vecino puede llevar su pan á cocer, pagando un pequeño estipendio al arrendatario del horno: y como se reunen muchas mujeres, sobre á quién le toca la primera, etc, arman una algazara, y á veces riñas que aturden el barrio. (*Nota del editor.*)

dónde le viene á la piltrafa tanto toldo? ayer era moza de cántaro, y hoy lleva ropa de tafetan, á costa de las ánimas del purgatorio. La otra le respondia: Ella la muy descosida la lleva de burato, ganada con un *Deo gratias*, *y sea por amor de Dios*, y si yo era moza de cántaro, ella lo es hoy *de jarro*. Los presentes las separaron, que se habian ya comenzado á asir de la melena. Acabé de recoger los pedazos de mi podre herreruelo, y pidiendo dos alfileres á una que se halló allí, la acomodé como pude, con que cubrí mis vergüenzas: dejélas riñendo y fuíme á casa de la sastresa, que me habia mandado acudiese á acompañarla á las once, porque habia de ir á comer á casa de una amiga suya. Cuando me vió tan mal tratado, me dijo gritando: ¿Pensais ganar mis dineros y venirme á acompañar como un pícaro? con menos de lo que os doy á vos, podria tener otro escudero con calzas atacadas, bragueta, capa y gorra; y vos no haceis sino borrachear lo que os doy. ¡Qué borrachear, decia yo entre mí, con siete cuartos que gano el dia que mas! pasando muchos que mis amas por no pagar un cuarto no querian salir de su casa. Hízome hilbanar los pedazos de mi capa, y con la prisa que se daban, pusieron unos pedazos de abajo arriba: de aquella manera fuí á acompañarla.

CAPITULO XIV.

Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite.

Ibamos á paso de fraile convidado, porque la señora temia que no habria harto para ella: llegamos á casa de su amiga, donde habia otras mujeres de las convidadas: preguntaron á mi ama si era yo capaz para guardar la puerta: díjoles que sí: dijéronme: Quedaos, hermano, que hoy sacareis el vientre de mal año. Acudieron muchos galancetes, sacando cada uno de su faltriquera, cual una perdiz, cual una gallina; uno sacaba un conejo, otro un par de palominos: este un poco de carnero: aquel un pedazo de solomo; sin faltar quien sacase longaniza, ó morcilla: tal hubo que sacó un pastel de á real envuelto en su pañuelo: diéronlo al cocinero, y entretanto retozaban con las señoras y daban en ellas como asno en centeno verde: lo que allí pasó, no me es lícito decirlo, ni al lector contemplarlo. Acabada esta comedia, vino la comida: las señoras comieron los *Kyries*, y los galanes bebieron el *Ite missa est*. No quedaba nada en la mesa que las damas no metiesen en sus faltriqueras, envolviéndolo en sus mocadores: sacaron los postres los galanes de las suyas: unos manzanas, otros queso, aceitunas, y uno de ellos, que era el gallo, y el que se las daba con la sastresa, sacó media libra de confitura. Mucho me agradó aquel modo de tener la comida tan cerca de sí, para una necesidad, y propuse de allí adelante hacer tres ó cuatro faltriqueras en las primeras calzas que Dios me deparase, y una deellas de buen cuero bien cosida para meter el caldo, porque si aquellos caba-

lleros, que eran tan ricos y principales, lo traian todo en su faltriquera, y las señoras lo llevaban cosido en las suyas, yo que no era sino un escudero de piltrafas, lo podia bien hacer. Fuímonos á comer los criados, y maldita otra cosa habia para nosotros sino caldo y sopas, que me espantó cómo aquellas damas no se las metieron en las mangas. No habíamos apenas comenzado, cuando oimos gran ruido en la sala donde estaban nuestros amos: disputaban quienes habian sido sus mujeres, y quienes eran los maridos de ellas; dejando atras las palabras vinieron á las manos, y entre col y col lechuga, dábanse puñadas, bofetadas, pellizcos, coces, bocados; desgreñábanse, mesábanse y daban tantos mojicones, que parecian muchachos de aldea cuando van á procesion. La riña se comenzó, segun pude entender, porque algunos de ellos no querian dar ni pagar nada á aquellas señoras, diciéndoles bastaba lo que habian comido. Sucedió que la justicia pasaba por la calle, y oido el ruido, llamaron á la puerta diciendo: Abran á la justicia. Oida esta palabra, huyeron los unos por aquí, los otros por allí: unos dejaban los herreruelos, los otros las espadas: esta dejaba los chapines, aquella el manto: de manera que todos desaparecieron escondiéndose cada uno lo mejor que pudo: yo, que no tenia por qué huir, estúveme quedo, y como era portero abrí, porque no me achacasen hacia resistencia á la justicia. El primer corchete que entró me asió de los cabezones diciendo fuese preso por la justicia: teniéndome asido cerraron la puerta, y fueron á buscar á los que hacian el ruido: no dejaron aposento, retrete, sótano, bodega, desvan ni letrina que no registrasen. Como no hallaron á nadie, me tomaron el dicho, confesé de P á PA los que habia en la compañía, y lo que habian hecho: espantáronse que habiendo tantos como yo decia, no pareciese ninguno; si va á decir la verdad, yo mismo me espanté de ello, habiendo doce hombres y seis mujeres; con mi sencillez les dije (y aun lo creia) que pensaba fuesen trasgos todos los que allí habian estado y hecho aquel ruido: riéronse de mí y el alguacil dijo á los que habian bajado á la bodega, si habian mirado bien todo; hizo encender una hacha y entrando por la puerta vieron rodar una cuba. Espantados los corchetes echaron á huir, diciendo: ¡Por Dios que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes! El alguacil, que era mas astuto, los detuvo diciendo no temia al diablo: fuése á la cuba y destapándola halló dentro un hombre y una mujer: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; solo digo que la violencia de su accion habia hecho rodar la cuba, y fué causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacian en secreto: sacáronles fuera: él parecia á Cupido con su flecha, y ella á Venus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habian tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habian metido en aquella cuba vacía donde proseguian su devoto ejercicio. Dejó admirados á todos la hermosura de los dos: echáronles dos capas, entregándolos á dos corchetes para que los guardáran: pasaron adelante á buscar á los otros; descubrió el alguacil una tenaja de

aceite, donde halló un hombre vestido : el aceite le llegaba á los pechos : al punto que lo descubrieron quiso saltar fuera, mas no lo hizo tan diestramente que la tenaja y él no diesen en el suelo : saltó el aceite hasta los sombreros de los ministros de justicia, y sin respeto los manchó; renegaban del oficio y aun de la puta que se lo habia enseñado : el aceitado que vió que ninguno le acometia, antes todos huian de él como de apestado, dió á huir; el alguacil gritaba : ¡Ténganlo, ténganlo! mas todos le hacian lugar : fuése por una puerta falsa meando aceite : de lo que sacó de su vestido hizo arder la lámpara de Nuestra Señora de las Congojas mas de un mes. La justicia quedó bañada en aceite; renegaban de quien allí los habia traido, y yo tambien, porque decian era el alcahuete, y como á tal me habian de emplumar; salieron como buñuelos de la sarten, dejando rastro por donde iban. Estaban tan enojados, que juraron á Dios y á los cuatro sacrosantos Evangelios, habian de hacer ahorcar á todos los que hallasen : temblábamos los presos; fueron á los alhorines á buscar otros : entraron dentro, y de encima de una puerta derramaron una talega de harina con que cegaron á todos los que dentro estaban; daban voces diciendo : ¡Resistencia á la justicia! Si querian abrir los ojos al punto se los cerraban con agua y harina : los que nos tenian nos dejaron para ir á socorrer al alguacil que gritaba como un loco. Apenas habian entrado cuando les taparon los ojos con harina y agua, andaban como gallinas ciegas : encontrábanse los unos con los otros y se descargaban golpes, que se rompian las mejillas, dientes y muelas : como los vimos de vencida dimos todos en ellos, y ellos mismos en sí propios; tanto que de cansados cayeron en el suelo, donde llovian golpes sobre ellos y granizaban coces. No gritaban ni se meneaban, como si estuvieran muertos; si alguno queria abrir la boca para ello, al punto se la hinchian de harina embutiéndolos como á capones en caponera : atámosles las manos y pies, y arrastrando como puercos los llevamos á la bodega, echándoles en el aceite como peces á freir : revolcábanse como lechones en cenagal : cerramos las puertas yéndose cada uno á su casa : el de aquella vino, que estaba en el campo, y hallando las puertas cerradas y que ninguno respondia, porque una sobrina suya, que era la que habia prestado su casa para hacer aquel convite, se habia ido á la de su padre, por temer á su tio, hizo descerrajar las puertas, y cuando vió su casa sembrada de harina y untada de aceite, se enojó tanto que daba voces como un borracho : fué á la bodega donde halló su aceite derramado, y á la justicia que se revolcaba; con la rabia que tenia de ver su hacienda desperdiciada, tomó un garrote y dió tantos palos al alguacil y corchetes, que los dejó medio muertos : llamó á sus vecinos y entre todos los sacaron á la calle; donde los muchachos les tiraban lodo, estropajos y suciedades : estaban tan llenos de harina que nadie los conocia. Cuando tornaron en sí y se vieron en la calle libres, se fueron huyendo : entonces se podia decir, tengan á la justicia que huye : dejaron sus herreruelos, espadas y dagas, sin osar jamas volver por ellas, porque nadie supiese el caso. El amo de aquella casa se quedó con todo, por el daño que habia recibido. Cuando yo salí para irme, encontré con una capa,

no mala : dejé la mia y tomé aquella : daba gracias á Dios que habia salido medrado de aquella jornada (cosa nueva para mí) pues siempre iba con las manos en la cabeza : fuíme á casa de la sastresa : hallé la casa revuelta, y al sastre su marido que la molia á palos, por haber venido sola, sin manto, ni chapines, corriendo por la calle, con mas de cien muchachos tras ella. Llegué á buena hora, porque al punto que el sastre me vió dejó á su mujer, y envistió conmigo dándome una puñada, con que me acabó de quitar los dientes que tenia. Dióme diez ó doce coces que me hicieron vomitar lo poco que habia comido. ¿Cómo, decia, bellaco alcahuete, no teneis vergüenza de venir á mi casa? Aquí pagareis las de antaño y las de ogaño : llamó á sus criados, y trayendo una manta me mantearon tan á su gusto, cuanto á mi pesar : dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí y me quise menear : caí en tierra, rompiéndome de la caida un brazo : venido el dia, poco á poco me fuí á la puerta de una iglesia, donde con voz lastimosa pedia limosna á los que entraban.

CAPITULO XV.

Como Lázaro se hizo ermitaño.

Tendido en la puerta de la iglesia y haciendo alarde de mi vida pasada, consideraba los infortunios en que me habia visto desde el dia que comencé á servir al ciego hasta el punto en que me hallaba, y sacaba en limpio que por mucho madrugar no amanece mas temprano, ni el mucho trabajar enriquece siempre; y así dice el refran, mas vale á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga : encomendéme á él para que el fin fuera mejor que habia sido el principio y el medio. Estaba junto á mí un hermanuco venerable, barba blanca, báculo y rosario en la mano, en cuyo remate colgaba una calavera, tan grande como de conejo. Como el buen padre me vió aflijido, con palabras dulces y blandas me comenzó á consolar; preguntándome de donde era, y qué sucesos me habian traido á tal término. Contéle con breves y sucintas razones el largo proceso de mi amarga peregrinacion; quedó admirado de oirme, y con piedad y lástima que mostró tener de mí, me convidó con su ermita : acepté el partido, y como pude, que no fué con poca pena, llegamos al oratorio que estaba una legua de allí en una peña : pegado á él habia un aposento con una alcoba y una cama : en el patio estaba una cisterna con fresca agua, de la cual se regaba un huertecillo, mas curioso que grande. Aquí, dijo el buen viejo, há veinte años que vivo fuera del tumulto é inquietud humana : este es, hermano, el paraiso terrestre : aquí contemplo en las cosas divinas y aun humanas : aquí ayuno cuando estoy harto, y como cuando hambriento : aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa : aquí paso en soledad cuando no tengo com-

pañía, y estoy acompañado cuando no solo: aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste: aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo: aquí pienso en mi mala vida pasada, y contemplo la buena presente: aquí finalmente es donde todo se ignora, y todo se sabe. En el alma me holgaba de oir al chocarrero ermitaño, y así le supliqué me diese alguna noticia de la vida eremítica, porque me parecia la nata de todas. ¿Cómo, respondió él, la mejor? ¡éslo tanto, que solo el que la ha gustado puede saberlo! mas la hora no nos da tiempo para mas, porque se acerca la de comer. Roguéle me curase mi brazo, que me dolia mucho: hízolo con tanta facilidad, que de allí adelante no me hizo mas mal: comimos como reyes, y bebimos como tudescos. Acaba la comida, en medio del dormir de la siesta, comenzó á gritar mi bueno del santero, diciendo: ¡Que me muero! ¡que me muero! levantéme y halléle que queria espirar. Viéndole de aquella manera, preguntéle si se moria, respondióme: Sí, sí, sí; y repitiendo sí falleció dentro de una hora. Víme aflijido considerando que si aquel hombre se moria sin testigos podian decir que yo lo habia muerto, y costarme la vida, que hasta entónces con tantos trabajos habia sustentado, y para esto no eran menester muchos testigos, porque mi talle mostraba ser ántes salteador de caminos que hombre honrado. Salí al punto de la ermita, por ver si parecia por allí alguno que fuese testigo de aquella muerte: mirando á todas partes ví un hato de ganado cerca de allí: fuí allá presto (aunque con trabajo por estar molido de la refriega sastresca), hallé seis ó siete pastores, y cuatro ó cinco pastoras á la sombra de unos sauces junto á una fuente despejada y clara: ellos tañian y ellas cantaban: los unos bailaban y los otros tocaban: este tenia de la mano á una, aquel dormia en el regazo de la otra: finalmente pasaban el calor en requiebros y palabras regaladas. Llegué despavorido á ellos, rogándoles que sin dilacion se viniesen conmigo porque el ermitaño se moria: vinieron algunos de ellos, quedando los otros á guardar el rebaño. Entraron en la ermita y preguntaron al buen ermitaño si se queria morir: dijo que sí (y mentia porque él no lo queria, hacíanselo hacer contra su voluntad). Como ví que estaba siempre en sus trece de decir que sí, díjele si queria que aquellos pastores sirviesen de albaceas y cabezaleros, respondió sí; preguntéle si me dejaba por su único y legítimo heredero, dijo que sí; proseguí si confesaba que lo que poseia y de derecho podia poseer me lo debia por servicios y cosas que de mí habia recibido, dijo otra vez sí. Aquel quisiera hubiera sido el último cuento de su vida, mas como vi que aun le quedaba aliento, porque no lo emplease en daño, proseguí con mis preguntas, haciendo que uno de aquellos pastores sentase todo lo que decia: hízolo el pastor con un carbon en una pared, porque no habia tintero, ni pluma. Díjele si queria que aquel pastor firmase por él, pues que no estaba para ello, y murió diciendo sí, sí, sí. Dimos órden de enterrarlo, hicimos una sepultura en su huerto (todo con gran prisa porque temia que resucitase); convidé á merendar á los pastores, no quisieron admitirlo, per ser hora de repastar: fuéronse dándome el pésame. Cerré bien la puerta de la ermita y dí vuelta á todo:

hallé una gran tenaja de buen vino, otra de aceite, y dos orzas de miel; tenia dos tocinos, mucha cecina y algunas frutas secas, todo esto me agradaba mucho, mas no era lo que buscaba : hallé sus arcas llenas de lienzo, y en un rincon de una un vestido de mujer : esto me maravilló, y mas de que hombre tan prevenido, no tuviese dineros : quise ir á la sepultura á preguntarle donde los habia puesto : parecióme que despues de habérselo preguntado me responderia : Ignorante, piensas que estando en despoblado, sujeto á ladrones y malandrines, los habia de tener en un cofre á peligro de perder lo que amaba mas que á mi vida. Esta inspiracion, como si realmente la hubiera oido de su boca, me hizo buscar en todos los rincones, y no hallando nada, consideré, si yo hubiese de esconder aquí dineros, para que ninguno los hallase, donde los esconderia. Dije entre mí, en aquel altar; fuí á él y levanté el delante altar de la peana, que era de barro y adobes : en un lado ví una rendija por donde podia caber un real de á ocho, la sangre me comenzó á bullir y el corazon á palpitar : tomé una azada, y en menos de dos azadonazos, eché la mitad del altar á tierra, y descubrí las reliquias que allí estaban sepultadas : hallé una olla llena de dineros : contélos y habia seiscientos reales : fué tan grande el contento del hallazgo que pensé quedarme muerto : saquélo de alií, é hice un hoyo fuera de la ermita, donde los enterré, porque si me querian echar de allí, tuviese fuera lo que mas amaba : hecho esto vestíme los hábitos del ermitaño, y fuí á la villa á dar noticia de lo que pasaba al prior de la cofradía, no olvidando de tornar á acomodar el altar como ántes estaba. Hallé juntos á los cofrades, de quienes dependia aquella ermita, que era de la advocacion de San Lázaro, de donde conjeturé buen pronóstico para mí : como los cofrades me vieron ya cano y de ejemplar aspecto, que esto es lo que mas importa para tales cargos; aunque hallaron una dificultad, y fué que no tenia barba, porque como habia tan poco que me la habia tundido, no me habia aun nacido, mas esto no obstante, viendo por relacion de los pastores, que el muerto me habia dejado por su heredero, me dieron la tenencia de la capilla. Acuérdome á este propósito de barbas, de una cosa que me dijo una vez un fraile : que en una religion, de las mas reformadas, no hacian superior á ninguno que no fuese bien barbado; y así sucedia que habiendo algunos capaces para ejercitar aquel cargo, lo excluian y ponian en él á otro con tal que tuviese lana (como si el buen gobierno dependiera de los pelos, y no del entendimiento, capacidad y madurez) : amonestáronme viviese con el ejemplo y buena reputacion que mi predecesor habia vivido, siendo tal que todos le tenian por santo. Prometíles vivir como un Hércules : advirtiéronme que no pidiese limosna sino los martes y sábados; porque si la pedia otro dia, los frailes me castigarian : prometíles hacer en todo lo que me ordenasen : particularmente porque no tenia gana de enemistarme con ellos, pues habia gustado á lo que sabian sus manos. Comencé á pedir con un tono bajo, humilde y devoto, como lo habia aprendido en la escuela del ciego : hacia esto, no por necesidad, sino porque es uso y costumbre de mendigantes, que cuanto mas tienen piden mas, y con mas gusto. Las gentes que oian decir, den limosna para la

lámpara del señor san Lázaro y no conocian la voz, salian á las puertas, y viéndome se espantaban : preguntábanme por el padre Anselmo, que así se llamaba el buen Arias; díjeles se habia muerto. Los unos decian: ¡Buen siglo le dé Dios, que tan bueno era! su alma está gozando de la bienaventuranza; otros : ¡Bendito sea él, que tal vida hacia! en seis años no ha comido cosa caliente; aquellos, que se pasaba con pan y agua. Algunas piadosas mentecatas se hincaban de rodillas, invocando al padre Anselmo. Preguntóme una qué habia hecho de su hábito : díjele que era el que yo llevaba : sacó unas tijeras, y sin decir lo que queria, comenzó á cortar un pedazo de lo que primero encontró, que fué de hácia la horcajadura. Como ví que acudia á aquellas partes, comencé á gritar : viéndome tan alborotado, dijo : No se espante, hermano, que no quiero dejar de tener reliquias de aquel bienaventurado, yo le pagaré el daño del hábito. ¡Ay! decian algunos, sin duda que antes de seis meses lo canonizarán, porque ha hecho muchos milagros. Acudió tanta gente á ver su sepulcro, que la casa estaba siempre llena, y así fué necesario sacarlo á un cobertizo que estaba delante de la ermita : de allí adelante no pedia para la lámpara de san Lázaro; pero sí para la del bienaventurado Anselmo. Jamas he podido entender este modo de pedir limosna para alumbrar á los santos, ni quiero tocar esta tecla que sonará mal. No se me daba nada de no ir á la ciudad, porque en la ermita tenia todo lo que queria; mas porque no dijesen que estaba rico, y que por eso no pedia limosna, fuí el dia siguiente donde me sucedió lo que verá el que leyere.

CAPITULO XVI.

Como Lázaro se quiso casar otra vez.

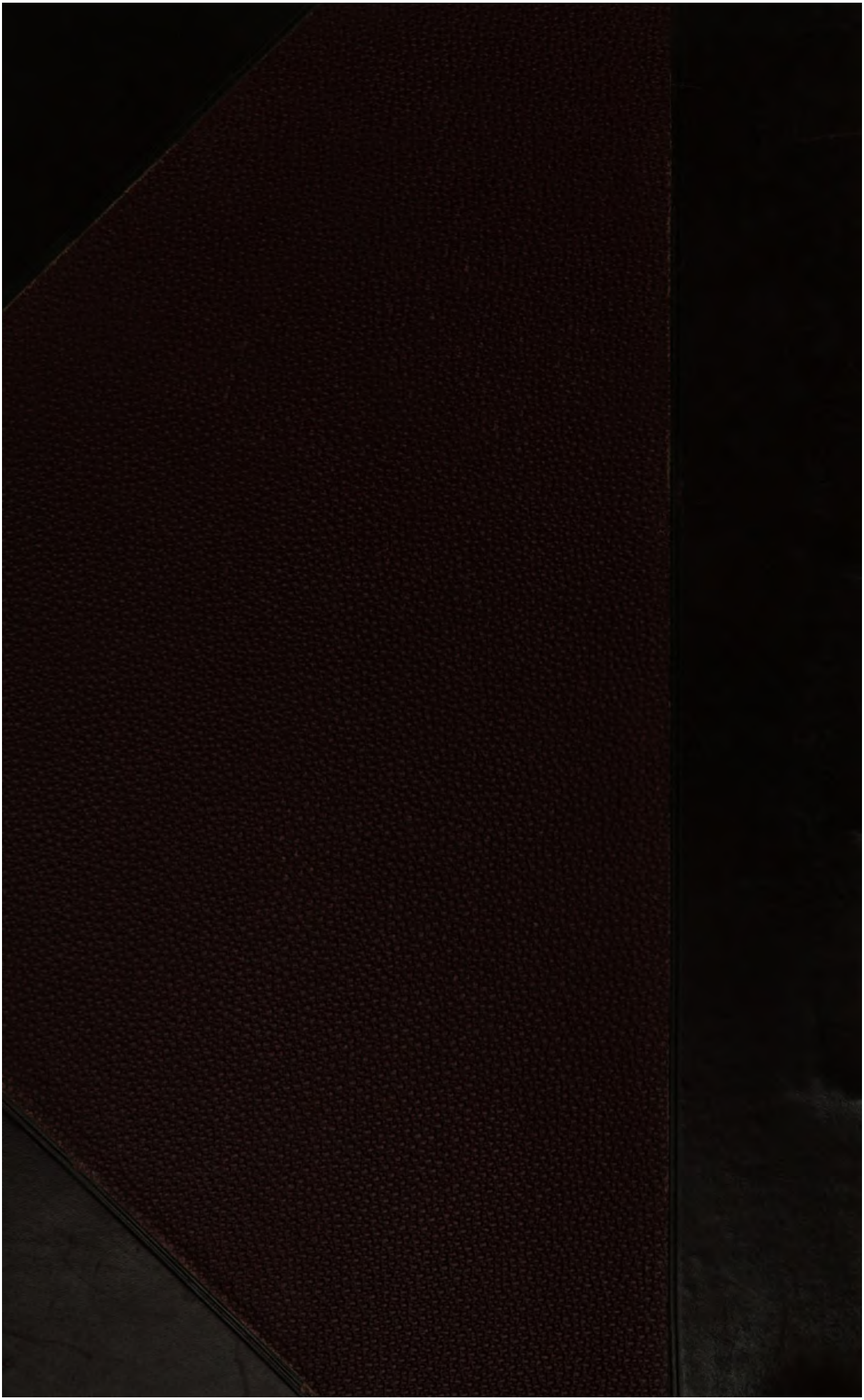
Mas vale fortuna que caballo ni mula : al hombre desdichado la puerca le pare perros : muchas veces vemos muchos hombres levantarse del polvo de la tierra, y sin saber cómo se hallan ricos, honrados, temidos y estimados. Si preguntais : ¿Este hombre es sabio? deciros han que como una mula : ¿si es discreto? como un jumento : ¿si tiene algunas buenas perfecciones? como la hija de Juan Pito. ¿Pues de dónde le ha venido tanto bien? responderos han : de la fortuna. Otros por el contrario, que son discretos, sábios, prudentes, llenos de mil perfecciones, capaces para gobernar un reino, se ven abatidos, desechados, pobres y hechos estropajos del mundo; y si preguntais la causa, deciros han : la desdicha los persigue. Esta pienso me seguia y perseguia, dando al mundo un ejemplo y dechado de lo que puede, porque desde que él se fundó no ha habido un hombre tan combatido de esta desdichada fortuna. Iba por una calle pidiendo como solia para el señor san Lázaro, porque en la ciudad no osaba pedir para el beato Anselmo : esto solo era para los bo-

zos y motolitas, que venian á tocar sus rosarios al sepulcro donde, segun su dicho, se hacian muchos milagros. Llegué á una puerta, y haciendo lo que en otras, oí que de una escalera me decian : ¿Porqué no sube, padre? suba, suba : ¿qué novedad es esta? Subí, y en medio de la escalera, que estaba un poco oscura, me asaltaron varias mujeres y niños. Unas se me colgaban del cuello, otras me trababan de las manos, metiéndome las suyas en las faltriqueras : todas me preguntaban la causa de no haberme visto en ocho dias. Cuando hubimos acabado de subir la escalera, y que con la claridad de las ventanas me vieron, se quedaron mirando las unas á las otras hechas matachines : dieron en reir, que parecia lo habian tomado á destajo : ninguna podia hablar : el primero que lo hizo fué un niño, diciendo : ¡Este no es papá! Despues que aquellas grandes crecidas de risa se mitigaron un poco, las mujeres, que eran cuatro, me preguntaron para quién pedia limosna; díjeles que para san Lázaro. ¿Cómo, dijeron ellas, pedís vos? ¿El padre Anselmo está bueno? Bueno, le respondí yo; no le duele nada, porque hace ocho dias que murió. Cuando esto oyeron dispararon á llorar, que si la risa era grande ántes, los llantos eran mayores despues. Estas gritaban, aquellas se mesaban los cabellos, y todas juntas hacian una música tan disonante, que parecian monjas encataradas. Esta decia : ¿Qué haré, desdichada de mí, sin marido, sin amparo y sin consuelo? ¿á dónde iré? ¿quién me amparará? ¡oh amarga nueva! ¿qué desdicha es esta? Aquella lamentando entonaba : ¡Oh yerno mio y mi señor! ¿cómo nos has dejado, sin despedirte de nosotras? ¡oh nietecitos mios huérfanos y desolados! ¿dónde está vuestro padre? Los niños llevaban el tiple de aquella mal acordada música : todos lloraban, todos gritaban : todo era lamentaciones y lástimas. Cuando las aguas de aquel gran diluvio cesaron un poco, se informaron de mí, cómo y de qué habia muerto : contéselo, y el testamento que habia hecho, dejándome por su legítimo heredero. ¡Aquí fué ello! las lágrimas se tornaron en rabias, los lloros en blasfemias y las lástimas en amenazas. Vos sois algun ladron que lo habeis muerto por robarlo; mas no os alabareis de ello, decia la mas moza, que ese ermitaño era mi marido, y estos tres niños sus hijos, y si vos no nos dais toda su hacienda, os haremos ahorcar : y si la justicia no lo hace, puñales y espadas hay con que sacaros mil vidas, si mil vidas tuviéreis. Díjeles como habia buenos testigos, delante de quienes habia hecho testamento. Todas esas, dijeron ellas, son marañas y embustes, porque el dia que vos decís que murió, estuvo aquí, y dijo no tenia compañía. Como ví que el testamento no se habia hecho por ante escribano, y que aquellas mujeres me amenazaban, y por la experiencia que tenia de la justicia y pleitos, determiné hablarles con blandura, por si con ella podia acabar lo que por justicia sabia habia de perder, y tambien porque las lágrimas de la recien viuda me habian atravesado las telas del corazon; y así les dije se sosegasen, que no perderian nada comnigo : que si habia aceptado la herencia habia sido por creer que el muerto no era casado, no habiendo oido decir jamas que los ermitaños lo fuesen. Ellas, pospuesta toda tristeza y melancolía, se comenzaron á reir diciendo, que bien se echaba de ver

ser nuevo y poco experimentado en aquel oficio, pues no sabia que cuando decian un ermitaño solitario, no se entendia haberlo de estar de la compañía de mujeres, no habiendo ninguno que no tuviese una por lo menos, con quien pudiese pasar los ratos que le quedaban desocupados de su contemplacion en ejercicios activos, imitando unas veces á Marta y otras á María, particularmente siendo gente que tenian mas conocimiento de la voluntad de Dios, que quiere que el hombre no esté solo; y así ellos, como hijos obedientes, tenian una ó dos mujeres, que sustentaban, aunque fuese de limosna; y con especialidad aquel desdichado que sustentaba cuatro : á esta pobre viuda : á mí, que soy su madre : á estas dos, que son hermanas, y á estos tres niños, que son sus hijos, ó á lo menos que él tenia por tales. Entónces la que decian era su mujer dijo, que no queria la llamasen viuda de aquel viejo podrido, que no se habia acordado de ella el dia de su muerte, y que aquellos niños, ella juraria no ser suyos, y que desde entónces anulaba los capítulos matrimoniales. ¿Qué contienen esos capítulos, le repliqué yo? La madre dijo : Los capítulos matrimoniales que yo hice cuando mi hija se casó con aquel ingrato, fueron los siguientes : que para decirlos es menester tomar el agua de atras. Estando en una villa llamada Dueñas, seis leguas de aquí, habiéndome quedado estas tres hijas de tres diferentes padres, que segun la mas cierta conjetura, fueron un monje, un abad y un cura, porque siempre he sido aficionada á la Iglesia, me vine á vivir á esta ciudad, por huir y evitar las murmuraciones, que en lugares pequeños nunca faltan. Todos me llamaban la viuda eclesiástica; porque por mis pecados todos eran muertos, y aunque hubo luego otros que entraron en su lugar, eran gente de poco provecho, de menos autoridad, y no queriéndose contentar contentar con la oveja, acometian á las tiernas corderillas. Viendo pues el peligro evidente, y que la ganancia no nos podia pelechar, hice alto, y asenté aquí mi real, donde á la fama de las tres mozuelas, acudieron como mosquitos al tarugo; y de todos, á ningunos me incliné tanto como á los eclesiásticos, por ser gente secreta, rica, casera y paciente. Entre otros llegó á pedir limosna el padre de San Lázaro, que viendo á esta niña le hinchó el ojo, y con su santidad y sencillez me la pidió por mujer; dísela con las condiciones y capítulos siguientes. Primera : que se obligaba á sustentar nuestra casa, y que lo que pudiésemos ganar, seria para vestirnos y ahorrar. Segunda : que si mi hija en algun tiempo tomase algun coadjutor, por ser él algo decrépito, que callaria como en misa. Tercera : que todos los hijos que ella pariese, los habia de tener por propios, á quienes desde luego prometia lo que tenia y podia tener : y si mi hija no tuviese hijos, la hacia su legítima heredera. Cuarta : que no habia de entrar en nuestra casa cuando viese á la ventana jarro, olla, ú otra basija, que era señal que no habia lugar para él. Quinta : que cuando él estuviese en casa y viniese otro, se habia de esconder donde le dijésemos, hasta que el tal se fuese. Sexta y última : que nos habia de traer dos veces á la semana algun amigo ó conocido que hiciese la costa, dándonos un buen *gaudeamus*. Estos son los artículos, prosiguió ella, con que aquel desdichado dió palabra á mi

hija, y ella á él. El casamiento quedó hecho y acabado sin tener necesidad de ir al cura, porque él nos dijo no era menester, pues lo esencial de él consistia en la conformidad de voluntades, é intencion mútua. Quedé espantado de lo que aquella segunda Celestina me decia, y de los artículos con que habia casado á su hija. Estuve perplejo sin saber qué decir, mas ellas abrieron camino á mi deseo; porque la viudeja se me colgó del cuello diciendo : Si aquel desdichado tuviera la cara de este ángel, yo le hubiera amado : y con esto me besó. Tras este beso me entró un no sé qué, que me comencé á abrasar. Díjele que si queria salir del estado de viuda y recibirme por suyo, guardaria no solo los artículos del viejo, mas todos los que quisiere añadir. Contentáronse de ello diciendo, que solo querian les entregase todo lo que en la ermita habia, que ellas lo guardarian; prometíselo, con intencion de encubrir el dinero para una necesidad. La conclusion del casamiento quedó para la mañana siguiente, y aquella tarde enviaron un carro, en que se llevaron hasta las estacas : no perdonaron al lienzo del altar, ni á los vestidos del santo. Yo estaba tan picado, que si me hubieran pedido el ave fénix, ó las aguas de la laguna Estigia, se las hubiera dado. No me dejaron sino una pobre marraga, donde me echase como un perro. Como la señora mi mujer futura, que vino con la carreta, vió que no habia dineros, se enojó porque el viejo le habia dicho que los tenia; mas no donde. Preguntóme si sabia donde estaba el tesoro : díjele que no. Ella como astuta me trabó de la mano para que lo buscásemos : llevóme por todos los rincones y escondrijos de la ermita, sin dejar la peana del altar, y como vió que estaba recien acomodada, concibió mala sospecha. Abrazóme y besóme, diciendo : Mi vida, dime donde estan los dineros, para que con ellos hagamos una boda alegre. Yo lo negué siempre, diciendo que no sabia de dineros. Sacóme de la mano é hizo diésemos una vuelta á la ermita mirándome siempre á la cara, y cuando llegamos donde yo los habia escondido, se me fueron los ojos hácia allá. Llamó á su madre diciendo cavase debajo de una piedra que yo habia puesto : topó con ellos y yo con mi muerte : disimuló diciendo : Veis aquí con que nos daremos buena vida. Hízome mil caricias, y al punto, porque se hacia tarde, se fueron á la ciudad, quedando convenidos que á la mañana yo iria á su casa, donde haríamos la mas alegre boda que jamas se vió. ¡Plegue á Dios que orégano sea! decia yo entre mí. Estuve toda aquella noche puesto entre la esperanza y el temor de que aquellas mujeres no me engañasen, aunque me parecia era imposible hubiese engaño en una tan buena cara. Esperaba gozar de aquella polluela, y así la noche me pareció un año. No era aun bien amanecido, cuando cerrando mi ermita me fuí á casarme, como quien no decia nada : no me acordaba que lo era : llegué á hora que se levantaban : recibiéronme con tan grande alegría, que me tuve por dichoso, y pospuesto todo temor, comencé a hacer y deshacer en casa, como en propia : comimos tan bien y con tanto gusto, que me parecia estaba en un paraiso. Habian convidado á comer á seis ó siete de sus amigas : despues de comer danzamos, y á mí, aunque no lo sabia hacer, me forzaron á ello. ¡Era verme bailar, con mis

hábitos de ermitaño, cosa de risa! Venida la tarde, despues de bien cenar y mejor beber, me entraron en un aposento no mal aderezado, donde habia una buena cama. Mandarónme acostar en ella: entretanto que mi esposa se desnudaba, descalzóme una criada, y dijo me quitase la camisa, porque para las ceremonias que se habian de hacer, era menester estar en cueros. Obedecí luego, entraron por el aposento todas las mujeres y mi esposa detras vestida de ceremonia, trayéndole una la cola. Así que llegaron me asieron cuatro de los pies y de los brazos y con grande diligencia me echaron cuatro lazos corredizos, y atando las cuerdas á los cuatro pilares de la cama, quedé aspado, como un san Andres. Comenzaron todas á reir al verme en aquella forma, y trayendo una un caldero de agua del pozo, y otra una olla de agua hirviendo, empezaron á echarme por todo el cuerpo jarros ya de fria, ya de caliente. Yo ponia con esto los gritos en el cielo: ellas me mandaron callar, amenazándome que de otro modo seria mas sério el chasco; y que pensase para qué habia nacido. Luego tomaron una gran Bacía con agua muy caliente y me metieron en ella la cabeza; abrasábame, y lo peor era que si queria gritar me daban tantos repizcos y azotes con los chapines, que tomé por mejor partido sufrir y dejarlas hacer cuanto quisieran: peláronme las barbas, cejas, cabellos y pestañas. Paciencia, decian ellas, que las ceremonias se acabarán presto y gozará de lo que tanto desea. Roguélas que me dejasen, pues el amor se me habia pasado; pero sin hacer caso de mis lamentos, con el tizne de las sartenes me pusieron la cara y todo el cuerpo de modo que me parecia el mismo demonio. Entónces una, la mas vivaracha y desahogada, dijo á las demas: No seria malo llamar á Pierres el capador para que lo hiciese músico. Riyeron todas la ocurrencia, y en particular mi mujer. Se preparaban á ponerlo por obra diciéndome: ¿Creia el dómine ermitaño que no hay mas que casarse, y que todo lo que le decíamos era el evangelio? pues no era ni aun la epístola. ¿De mujeres se fiaba? ahora verá el pago que lleva. Yo como me ví en un peligro tan inesperado, hice tales esfuerzos que rompí una cuerda con un pilar de la cama, y ellas temiendo acabase de romperla me desataron, y cogiendo las puntas de la manta sobre que estaba tendido, empezaron á mantearme con mucha alegría diciéndome: Estas son las ceremonias con que comienza el casamiento: mañana si quiere volver acabaremos lo demas. Yo estaba tan rendido y quebrantado, que ni aun aliento tenia para hablar. Entónces envuelto en la misma manta me llevaron entre cuatro, léjos de la casa, dejándome en medio de la calle, en donde me amaneció; y los muchachos me comenzaron á correr y hacerme tanto mal, que por huir de su furia me entré en una iglesia y puse junto al altar mayor donde cantaban una misa. Como los clérigos vieron aquella figura, que sin duda parecia al diablo que pintan á los pies de san Miguel, dieron á huir y yo tras ellos por libertarme de los muchachos. La gente de la iglesia gritaba: unos decian, guarda el diablo; otros, guarda el loco; yo tambien gritaba, que ni era diablo, ni loco, sino un pobre hombre á quien sus pecados habian puesto así. Con esto se sosegaron todos: los clérigos tornaron á acabar su misa, y el sacristan me dió un

bancal de una sepultura con que cubrirme. Púseme en un rincon considerando los reveses de la fortuna, y que por donde quiera hay tres leguas de mal camino, y así determiné quedarme en aquella iglesia para acabar allí mi vida, que segun los males pasados no podia ser muy larga, y para escusar el trabajo á los clérigos de que me fuesen á buscar á otra parte despues de mi muerte.

Esta es, amigo lector, en suma la segunda parte de la vida de Lazarillo, sin añadir ni quitar, de lo que de ella oí contar á mi bisabuela. Si te diere gusto, me huelgo, y á Dios.